

Fiódor Dostoyevski

Niétochka Nezvánova



Lectulandia

Niétochka Nezvánova o *Nétochka Nezvánova* es una obra escrita por el escritor Fiódor Dostoyevski que se publicó en 1849. La obra nos refiere la niñez (en un primer momento) de Niétochka, con un padre violinista que anda en estado de embriaguez constante, y una madre que pierde su dote casándose con su marido y que muere en la más terrible miseria. A pesar de la actitud de su padre, Niétochka lo quiere y lo va a recordar durante el resto de su historia que continúa tras la muerte de sus dos padres y la adopción en la casa del príncipe y de la tutoría de Alejandra Mijailovna. Con esta última terminará su relato al descubrir una carta que causará problemas con su marido Piotr Alexandrovich.

Lectulandia

Fiódor Dostoyevski

Niétochka Nezvánova

ePub r1.0

SlytherinEC 23.04.14

Título original: *Niétochka Nezvánova*
Fiódor Dostoyevski, 1849
Traducción: José García Mercadal
Diseño de cubierta: SlytherinEC

Editor digital: SlytherinEC
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com



... nuestra primera mirada, nuestra primera caricia, nuestro primer abrazo,
nuestro primer día de colegio, nuestro primer profesor,
nuestro primer amigo, nuestro primer amor, nuestro primer beso,
nuestro primer día de trabajo, nuestra primera vez,
nuestro primer hijo, nuestro primer libro...

gracias a todos por haber creado este sitio especial

gracias a todos por hacernos más libres

gracias a todos por este primer año de EPL

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

CAPÍTULO I

No recuerdo a mi padre, que murió cuando yo tenía dos años, y mi madre volvió a casarse. Este segundo matrimonio, aunque contraído por amor, resultó para ella fuente de dolores. Mi padrastro era músico, y su destino se denotó harto extraordinario. Era el hombre más extraño y más delicioso que he conocido. Su influencia en mis primeras impresiones de niña se hizo tan fuerte, que dejó marcada su huella durante toda mi vida. Para que mi relato sea comprensible, comenzaré por dar su biografía. Cuanto voy a decir acerca de él, lo supe más tarde por el célebre violinista B..., que fue el compañero y el amigo más íntimo de mi padrastro en su juventud.

Mi padrastro se llamaba Efimov. Nació en una posesión que pertenecía a un opulento terrateniente. Era hijo de un músico muy pobre que, después de haber hecho largos viajes, se había establecido en las tierras de aquel propietario y había ingresado en su orquesta. El amo, que vivía con lujo, amaba sobre todas las cosas y apasionadamente la música.

Cuentan que aquel hombre, que no abandonaba nunca sus tierras ni aun para ir a Moscú, decidió de pronto un día trasladarse por algunas semanas a una ciudad del extranjero con el único objeto de oír a un célebre violinista que, según decían los periódicos, iba a dar allí tres conciertos. Él poseía una orquesta bastante buena, a cuyo sostenimiento consagraba casi todas sus rentas. Mi padrastro ingresó en esta orquesta como clarinete. Tenía veintidós años cuando conoció a un hombre singular.

En el mismo distrito vivía cierto conde que en otro tiempo había poseído una gran fortuna, pero a quien arruinaba la manía de tener un teatro. Le ocurrió verse obligado a despedir, por su mala conducta, a su director de orquesta, de origen italiano. Este director de orquesta era, en efecto, un individuo lamentable. Apenas privado de su empleo, perdió en seguida todo salario; comenzó a frecuentar las tabernas de la ciudad y a beber; llegó hasta mendigar, y, en lo sucesivo, le fue imposible encontrar dónde colocarse dentro de la provincia. Mi padrastro trabó amistad con tal hombre. Aquella camaradería parecía tan inexplicable como inverosímil, pues nadie observaba en mi padrastro el menor cambio de conducta a consecuencia del ejemplo de su compañero, y el propietario, quien al principio le había prohibido tratarse con el italiano, terminó por cerrar los ojos en todo lo que se relacionara con su amistad.

Por fin, el director de orquesta murió súbitamente. Los campesinos encontraron una mañana su cadáver en una zanja, cerca de una empalizada. Se abrió una investigación, de la cual resultó que el italiano había muerto de apoplejía.

Todo su haber se hallaba en casa de mi padrastro, quien presentó inmediatamente la prueba de su derecho a la herencia: el difunto había dejado un papel en el cual declaraba que, en caso de defunción, Efimov sería su único heredero. La herencia se

componía de un traje negro que el difunto había cuidado como a las niñas de sus ojos, pues conservó siempre la esperanza de encontrar una nueva colocación, y un violín de apariencia bastante ordinaria. Nadie le disputó esta herencia; pero, algún tiempo después, el propietario recibió la visita del primer violinista del conde, portador de una carta suya. En la tal carta, el conde rogaba, suplicaba a Efimov que le vendiera el violín que le había legado el italiano, pues deseaba con interés adquirir el instrumento para su orquesta. Le ofrecía por él tres mil rublos, y añadía que ya había mandado buscar a Egor Efimov para concertar el trato en persona con él, aunque este se negase en redondo a ceder a su requerimiento. El conde terminaba diciendo que la suma que proponía representaba el precio real del violín, y que en la obstinación de Efimov encontraba algo ofensivo para él: la suposición de intentar aprovecharse de su sencillez y su ignorancia, por lo cual invitaba al propietario a que interviniera en el asunto.

El amo hizo comparecer a mi padrastro.

—¿Por qué no quieres vender tu violín? —le preguntó—. Tú no lo necesitas... Te dan por él tres mil rublos; se trata de una buena suma y eres un estúpido si piensas que en otra parte te van a dar más. El conde no tiene intención de engañarte.

Efimov contestó que por su propia voluntad no volvería a casa del conde; que si su amo se lo mandaba, obedecería la orden, aunque no vendería su violín al conde; que si pretendía adquirirlo a la fuerza, su dueño era libre de hacer lo que quisiera.

Esta respuesta hirió al amo en el punto más sensible. Se jactaba, en efecto, de saber conducirse con sus músicos, quienes, según decía, se denotaban, sin excepción, verdaderos artistas, gracias a lo cual su orquesta no solo era mejor que la del conde, sino que podía rivalizar con la de la capital. Bueno —respondió el propietario—; haré saber al conde que no quieres vender tu violín, que no deseas venderlo, pues tienes derecho a hacerlo o no, ¿comprendes?... Pero permíteme que te pregunte para qué deseas tú ese violín. Tu instrumento es el clarinete, que tocas, por cierto, bastante mal... Cédeme el violín y te daré por él los tres mil rublos.

¡Quién hubiera podido figurarse que este instrumento tenía semejante valor!... Efimov sonrió.

—No, señor; no lo venderé —insistió—. Indudablemente, usted tiene facultades para...

—Pero ¿acaso te obligo, acaso te fuerzo a ello? —arguyó el propietario fuera de sí, máxime cuando la discusión tenía lugar en presencia del violinista del conde, quien podía deducir de aquella escena que la suerte de los músicos suyos era poco envidiable—. ¡Vete ahora mismo, ingrato, donde no te vea!... ¿Qué hubieras hecho sin mi, con tu clarinete que no sabes tocar?... En mi casa estás alimentado, vestido y bien pagado; recibes tu salario con puntualidad; eres un artista y no quieres comprenderlo... No quieres... ¡Vete, y no me exasperes más con tu presencia!...

El propietario prefería siempre quitar de su vista a aquellos contra quienes se encolerizaba, pues temía no ser muy dueño de sí; además, por nada del mundo hubiera querido comportarse violentamente con un artista, como él llamaba a todos sus ejecutantes.

No se cerró, pues, el trato y el incidente parecía haber terminado así, cuando de improviso, un mes después, el violinista del conde suscitó un asunto muy grave. Bajo su propia responsabilidad presentó contra mi padrastro una denuncia, donde se proponía demostrar que este era el autor de la muerte del italiano, a quien había asesinado con propósito de lucro, a fin de convertirse en el poseedor de la cuantiosa herencia. El denunciante declaraba que el testamento constaba escrito porque se obligó a ello al difunto, y prometía presentar testigos para sostener su acusación.

Ni las súplicas ni las exhortaciones del conde y del propietario, quienes intercedieron en favor de mi padrastro, lograron decidir al violinista para que renunciase a su acusación. Se le hizo ver que el examen médico, al cual había sido sometido el cuerpo del difunto director de orquesta, estaba en toda regla; que negaba la evidencia, cegado tal vez por su cólera personal y su despecho al no poder entrar en posesión del precioso instrumento que habían querido comprar para él. El músico insistió, jurando que tenía razón; sostenía que la apoplejía no era debida a la borrachera, sino a un envenenamiento, y exigía que se abriera una nueva información. A primera vista, sus razones parecieron serias y se atendió su denuncia. Efimov fue detenido y conducido a la prisión de la ciudad. Toda la provincia se interesó en el asunto. Este se desarrolló muy de prisa y terminó con una inculpación, por denuncia calumniosa, contra el violinista. Se le infligió una justa condena; pero él insistió hasta el final y afirmó que tenía razón. Acabó, sin embargo, por confesar que no poseía ninguna prueba, que sus presuntas pruebas eran invención suya; pero al inventar todo aquello, había obrado por lógica. Aunque se había abierto nueva información y la inocencia de Efimov quedó formalmente reconocida, él continuaba convencido de que la muerte del desdichado director de orquesta fue producida por Efimov, quien le había matado, si no por medio del veneno, valiéndose de otro procedimiento cualquiera. No se ejecutó la condena. El músico cayó enfermo repentinamente a causa de una inflamación del cerebro; se volvió loco y murió en el hospital de la cárcel.

Mientras duró aquel asunto, la actitud del propietario fue de las más generosas. Multiplicó las gestiones en favor de mi padrastro, como si se hubiera tratado de su propio hijo. Varias veces fue a visitarle a la prisión para consolarle y entregarle dinero. Habiéndose enterado de que Efimov fumaba, le llevó excelentes cigarros, y cuando se reconoció la inocencia de mi padrastro, dio una fiesta en honor de toda la orquesta. El propietario consideraba el asunto de Efimov como si interesase a toda la orquesta, pues estimaba la buena conducta de sus músicos, por lo menos tanto, si no

más, que su talento.

Transcurrió todo un año. De pronto corrió el rumor de que acababa de llegar a la capital de la provincia un violinista muy conocido, un francés, que tenía intención de dar varios conciertos. Desde luego, el propietario entabló las oportunas gestiones con el fin de conseguir que fuese a su casa por algunos días. Se arregló el asunto, y el francés prometió hacerlo. Todo estaba ya preparado para su llegada, y se había invitado a casi todo el distrito, cuando, repentinamente cambiaron las cosas.

Una mañana se supo que Efimov había desaparecido. Cuantas gestiones se hicieron para encontrarle fueron inútiles. La orquesta se hallaba en una situación crítica: faltaba un clarinete. De repente, tres días después de la desaparición de Efimov, el propietario recibió una carta del francés, donde este declinaba, en términos poco corteses, la invitación que había aceptado, añadiendo, sin duda por alusión, que en adelante sería muy prudente en sus relaciones con los aficionados que tuvieran orquesta propia; no estaba dispuesto a tolerar que un verdadero talento estuviese sometido a las órdenes de un hombre que no sabía apreciar su valor, y, por último, alegaba que el ejemplo de Efimov, un verdadero artista y el mejor violinista que se había encontrado en Rusia, era la prueba evidente de la verdad de sus palabras.

Después de haber leído aquella carta, el propietario cayó en un profundo asombro. Se apenó mucho. ¿Cómo? ¡Efimov! El mismo Efimov por el cual se había interesado tanto, al que había prodigado tantos beneficios... Aquel Efimov le había calumniado de un modo vergonzoso, sin piedad, ante un artista europeo, delante de un hombre cuya opinión le era tan estimada... Además, aquella carta le parecía inexplicable bajo otro aspecto: se le aseguraba en ella que Efimov era un artista de verdadero talento, un violinista, y que no se le sabía apreciar, obligándole a tocar otro instrumento... Todo esto interesó tanto al propietario, que decidió partir sin demora para la ciudad a fin de entrevistarse con el francés. Pero en aquel momento recibió un recado del conde que le rogaba fuese cuanto antes a su casa. Estaba, según decía, al corriente de toda la historia: el virtuoso francés se encontraba entonces en su casa con Efimov, y la audacia, las calumnias de este último le habían indignado a tal punto, que ordenó retenerle. El conde añadía que la presencia del propietario era necesaria, puesto que la acusación de Efimov le alcanzaba a él mismo personalmente, que aquel asunto era muy importante y que se requería ponerlo en claro lo más pronto posible.

El propietario se trasladó en seguida a casa del conde, donde al punto fue presentado al francés. Explicó a este toda la historia de mi padrastró, agregando que nunca había sospechado que Efimov tuviera tanto talento; que, por el contrario, Efimov se había manifestado siempre como un mal tañedor de clarinete, y que aquella era la primera vez que se enteraba de que el músico que le había abandonado era violinista. Declaró que Efimov era libre, que siempre había gozado absoluta independencia, y podía irse cuando quisiera si, en efecto, se consideraba oprimido. El

francés se mostró de lo más asombrado. Llamaron a Efimov. Estaba desconocido. Se condujo vergonzosamente; respondió con ironía y mantuvo la exactitud de cuanto había referido el francés. Esto irritó en extremo al conde. Dijo con claridad a mi padrastro que era un infame calumniador, digno del más ignominioso castigo.

—No se inquiete vuestra excelencia; le conozco ya bastante —replicó mi padrastro—. Gracias a usted, pudo considerárseme como un asesino. Ya sé que usted impulsó a Alejo Nikiforovitch, su antiguo músico, a que me denunciara.

El conde temblaba de ira ante tan terrible acusación. Apenas podía contenerse. Un funcionario que había ido a casa del noble para otro asunto, y por casualidad se hallaba presente, declaró que aquello no podía quedar así; que la grosería de Efimov encerraba una acusación odiosa, falsa, calumniadora, y que pedía respetuosamente permiso para detenerle sin tardanza en la misma casa del conde. El francés estaba, asimismo, indignado, y expresó su asombro ante una ingratitud tan enorme. Entonces mi padrastro se exaltó, y afirmó que el mejor castigo era el de los Tribunales; que resultaba preferible un nuevo atentado criminal a la vida que llevara hasta entonces, tocando en la orquesta de un señor a quien no había tenido posibilidad de abandonar a causa de su miseria. Después de pronunciar estas palabras, salió del salón, acompañado de los agentes que le habían detenido. Se le encerró en una estancia apartada y se le amenazó con conducirlo a la ciudad al día siguiente.

Hacia medía noche, se abrió la puerta de la habitación del prisionero. Entró el propietario. Iba en traje de casa y en zapatillas y llevaba en la mano una linterna encendida. Evidentemente, no había podido dormirse y penosas reflexiones le habían obligado a dejar el lecho. Efimov no dormía. Miró con extrañeza a su visitante. Este soltó su linterna, y muy conmovido, se sentó en una silla frente a él.

—Egor —le dijo—, ¿por qué me has ofendido así?

Efimov no respondió. El propietario repitió su pregunta. Un sentimiento profundo, una expectante angustia vibraba en sus palabras.

—Dios sabe por qué le he ofendido así —respondió, por fin, mi padrastro, haciendo un movimiento con la mano—. Parece como si me hubiese tentado el diablo... Ni yo mismo lo sé... No podía vivir en su casa... El diablo se ha apoderado de mí...

—Egor —prosiguió el propietario—, vuelve a mi casa; lo olvidaré todo y te lo perdonaré todo. Escucha: serás el primero de mis músicos y te daré un sueldo superior al de los demás.

—No, señor, no; no me hable. ¡No puedo vivir en su casa!... Le repito que el diablo se ha apoderado de mí... Incendiaría su palacio si me quedara... A veces me invade tal congoja, que quisiera no haber nacido... Ahora no puedo siquiera responder de mí. No, señor; más vale que me deje... Todo esto data de cuando aquel diablo trabó amistad conmigo...

—¿Quién? —preguntó el propietario.

—El que reventó como un perro. Aquel maldito italiano...

—¿Fue él, Egor, quien te enseñó a tocar?

—Sí, él me enseñó varias cosas para perderme... ¡Más me valiera no haberle conocido nunca! ...

—¿Acaso era un maestro tocando el violín, Egor?

—No; tocaba mal, pero enseñaba bien. Yo lo aprendí todo. Él me enseñaba únicamente... ¡Más me habría valido que mi mano se hubiera paralizado antes de aprender este arte!... Ahora no sé yo mismo lo que quiero... Señor, aunque me dijese usted: Egor, ¿qué deseas? Puedo dártelo todo, no le pediría nada, porque yo mismo no sé qué deseo... No, señor; se lo repito una vez aún: vale más dejarme... Haré algo para que se me envíe muy lejos y termine todo...

—Egor —dijo el propietario, tras de un momento de silencio—, no te dejaré así. Si no quieres volver a mi casa, bien: eres libre y no puedo retenerte; pero no te abandonaré así... Toca algo en tu violín, Egor; toca... Te lo suplico; toca... No se trata de una orden, ¿comprendes?... Te lo suplico. Toca, Egor. Por Dios, toca lo mismo que tocaste en presencia del francés... Tú eres obstinado, y yo también. Yo también tengo mi carácter, Egor... No viviré mientras no hayas tocado en mi presencia lo que tocaste en presencia del francés...

—Bien —dijo Efimov—. Había jurado no tocar delante de usted, señor; pero ahora se ablanda mi corazón. Tocaré... Sin embargo, será por primera y última vez, y nunca más, señor, volverá a oírme, aunque me prometiese mil rublos.

Tomó entonces su violín y empezó a tocar unas variaciones sobre canciones rusas. B... afirmaba que aquellas variaciones constituían su primera obra para violín y la mejor de todas, y que nunca las había tocado tan bien y con tanta inspiración. Además, el propietario, que no podía escuchar con indiferencia la música, lloraba a lágrima viva. Cuando Efimov terminó de tocar, se levantó de la silla y sacó trescientos rublos, que alargó a mi padrastro, diciéndole:

—¡Vaya, Egor! Te haré salir de aquí y lo arreglaré todo con el conde. Pero escucha: no cuento ya contigo; puedes seguir el camino que quieras, y si alguna vez tropezamos por ese camino, todo irá mal para ti y para mí... ¡Adiós, pues!... Un consejo para lo futuro, uno solo: no bebas, y trabaja: trabaja sin descanso y no te envanezcas... Te hablo como lo haría un padre... Ten cuidado, te advierto una vez más; trabaja y huye del aguardiente, porque si bebes alguna vez a consecuencia de cualquier decepción «y tendrás muchas», entonces estarás perdido; todo se lo llevará el diablo, y el día que menos se piense se te encontrará quizá en una zanja como al italiano... Y ahora, adiós... Aguarda... Abrázame...

Se abrazaron y luego salió mi padrastro.

Era libre.

Tan pronto como se vio en libertad, se apresuró a gastarse los trescientos rublos en las ciudades vecinas, en compañía de unos granujas con quienes trataba. Por último, se quedó solo sin un céntimo y sin ninguna protección y tuvo que ingresar en la miserable orquesta de un teatrillo ambulante en calidad de primero y acaso único violín.

Todo aquello no concordaba precisamente con sus primeras intenciones, que fueron las de ir cuanto antes a Petersburgo para estudiar allí, buscar una buena plaza y hacerse artista de primer orden.

Pero no se redujo todo a tocar en la pequeña orquesta. Mi padrastro se indispuso pronto con el empresario del teatro ambulante y lo abandonó. Entonces perdió el valor, y hasta adoptó una medida desesperada que hería cruelmente su amor propio. Escribió al propietario, le enteró de su situación y le pidió dinero. La carta fue escrita en un tono bastante desenfadado.

No obtuvo respuesta. Escribió entonces una segunda carta, en la cual, con palabras muy humildes, llamando al propietario bienhechor y dándole el título de verdadero conocedor del arte, le rogaba de nuevo que acudiera en su ayuda. Al cabo llegó la respuesta. El propietario enviaba cien rublos, acompañados de algunas líneas escritas por el ayuda de cámara, en las cuales le rogaba que se abstuviera para lo sucesivo de toda petición.

Cuando mi padrastro recibió el dinero, quiso salir inmediatamente para Petersburgo. Pero una vez pagadas sus deudas, le quedó tan poco, que no pudo emprender el viaje. Se quedó, pues, en la provincia. Entró de nuevo en una pequeña orquesta, donde no se acomodó, y que abandonó bien pronto. Y pasando así de un sitio a otro, siempre con la idea de ir sin tardanza a Petersburgo, permaneció en la provincia durante seis años enteros.

Por último, se dio cuenta de una cosa. Observó con desesperación cómo había sufrido su talento, amenguando en todos sentidos por su vida desordenada y miserable, y una mañana se alejó de su empresario, cogió su violín y se dirigió a Petersburgo, viviendo casi de limosna para subvenir a los gastos del viaje.

Se instaló en cualquier parte, en una buhardilla, y entonces fue cuando conoció a B..., que llegaba de Alemania y soñaba también con hacer carrera. Desde luego trabaron amistad, y B... recuerda ahora con profunda emoción aquellas relaciones. Ambos eran jóvenes; ambos tenían las mismas esperanzas y perseguían el mismo fin. Pero B... se hallaba aún en la primera juventud; aún había experimentado pocas miserias y sufrimientos. Además, ante todo, era alemán y se dedicaba solo a conseguir su objeto obstinadamente, sistemáticamente, con la seguridad absoluta de sus energías, suponiéndose casi de antemano que era capaz de lograrlo. Su compañero, por el contrario, tenía ya treinta años y estaba fatigado, abrumado, había perdido toda confianza, y al mismo tiempo, sus primeras energías se habían agotado

durante los siete años en que había tenido que trabajar en los teatrillos de provincias o en las orquestas de los propietarios rurales para ganarse el sustento. Albergaba una sola idea: la de salir de aquella situación y economizar el dinero suficiente para ir a Petersburgo. Pero era esta una idea vaga y oscura, una especie de grito interior que, con los años, había perdido su precisión, hasta el punto de que, al encaminarse hacia Petersburgo, parecía obrar solo por la inercia de su deseo continuo de emprender semejante viaje, y no sabía bien qué era lo que iba a hacer en la capital. Su entusiasmo era contenido, irregular, bilioso, como si quisiera engañarse a sí mismo y convencerse de que su primitiva energía, el ardor y la inspiración no se habían agotado en él todavía.

Aquel entusiasmo perpetuo conmovió a B..., un hombre frío y metódico. Se había ofuscado, y consideraba a mi padrastro como a un futuro genio de la música. No podía representarse de otro modo el porvenir de su cantarada. Pero no tardaron en abrirse los ojos de B... y apreciaron la realidad. Vieron claramente que toda aquella fiebre, toda aquella impaciencia no eran otra cosa que la desesperación del talento perdido. Más aún, que aquel mismo talento no había sido nunca muy grande, y que había en él mucho de ceguera, de infatuación, de amor propio, de imaginación y una perpetua esperanza en su genio.

—Pero ¿podía asombrarme, quizá, la extraña naturaleza de mi compañero? —se preguntaba B..., al referir el caso—. Ante mi se desarrollaba una lucha desesperada, febril, de la voluntad extrema contra la debilidad interior. Durante siete años seguidos se había alimentado el infeliz con el sueño de su gloria futura, hasta el punto de que no notaba siquiera cómo perdía las nociones más elementales de nuestro arte, e incluso la técnica ordinaria de la música.

Sin embargo, en su imaginación desordenada nadan a cada momento planes, colosales para el porvenir. No contento con pretender ser un ejecutante de primer orden, uno de los más grandes violinistas del mundo; no contento con atribuirse un genio así, quería, además, hacerse compositor, aunque desconocía por completo lo que es un contrapunto. Pero lo que me extrañaba más —añadía B...—, era que, a pesar de su impotencia, de sus escasos conocimientos de la técnica musical, existía en aquel hombre una comprensión profunda, clara, y puede decirse intuitiva del arte. Lo sentía tan intensamente y lo comprendía tan bien, que no es extraño cómo se extraviaba al juzgarse a sí mismo, considerándose, en vez de un profundo e instintivo enamorado del arte, el pontífice del arte mismo, un genio. A veces, llegaba en su lenguaje primitivo, sencillo, ajeno a toda ciencia, a anunciar verdades tan profundas, que yo me quedaba estupefacto y no podía comprender cómo adivinaba todo aquello sin haber leído ni estudiado nunca nada; y le debo mucho de mi propio perfeccionamiento a causa de haber seguido sus consejos.

En cuanto a mí —continuaba B...—, confiaba, tranquilo, en mi suerte. Yo

también amaba con apasionamiento mi arte; pero estaba convencido, desde el comienzo de mi carrera, de que solo llegaría a ser, en el sentido literal de la palabra, un obrero de la ejecución. En cambio, me siento orgulloso de no haber rehuído, como el esclavo holgazán, lo que me otorgó la naturaleza, sino, por el contrario, de haberlo aumentado considerablemente: y si se alaban mis facultades, si se admira mi técnica impecable, todo se lo debo al trabajo ininterrumpido, a la absoluta conciencia de mis fuerzas y a lo alejado que estuve siempre de la ambición, de la satisfacción de mi mismo y de la pereza como consecuencia de esta satisfacción.

B... procuró, a su vez, dar consejos a su compañero, al cual se había sometido en un principio; pero este se mostró enojado y hubo entre ellos un resentimiento. Bien pronto observó B... que su camarada se tornaba por momentos más apático; la inquietud y el tedio se apoderaban de él cada vez con más frecuencia; sus transportes de entusiasmo eran cada vez más raros e iban seguidos de una tristeza taciturna y deprimente. Por fin, Efimov comenzó a descuidar el violín. Pasaba semanas enteras sin tocarlo. No se hallaba muy lejos de la caída definitiva y a poco se hundió en el vicio funesto.

Aquello contra lo cual le puso en guardia el propietario había llegado: comenzó a beber de una manera inmoderada. B... le observaba con espanto. Sus consejos no eran ya eficaces, y temía pronunciar la frase más insignificante. Poco a poco, Efimov llegó a un cinismo extremo. No experimentaba vergüenza alguna de vivir a costa de B... y aun se conducía como si ello fuese un derecho absoluto. Entre tanto, los medios de existencia se agotaban. B... daba algunas lecciones o tocaba en casa de comerciantes, de alemanes o de empleados que, aunque no eran muy ricos, pagaban de un modo aceptable. Efimov aparentaba no darse cuenta siquiera de la miseria de su compañero.

Se portaba insolentemente con él y permanecía semanas enteras sin dignarse dirigirle la palabra. Un día B... le hizo observar del modo más afectuoso que haría muy bien no abandonando su violín con el fin de no perder por completo el mecanismo. Efimov se molestó en serio, y declaró que no volverla a tocar nunca el violín, aunque se lo pidiera de rodillas.

Otra vez, necesitando B... un compañero para tocar en una reunión, le hizo la proposición a Efimov. Este se puso furioso. Dijo que no era un violinista callejero ni tan infame como B... para deshonorar el gran arte tocando delante de viles tenderos que no sabrían apreciar su mecanismo y su talento. B... no respondió; pero Efimov, reflexionando ante aquella invitación mientras se hallaba ausente su camarada, quien había salido para trabajar, supuso que B... había tenido intención de darle a entender que vivía a expensas suyas y que aquella había sido una manera de decirle que se ganara la vida. Cuando volvió B..., Efimov comenzó súbitamente a reprocharle la infamia de su acto, y dijo que no permanecería ni un minuto más a su lado.

Desapareció, en efecto, por dos días; pero volvió al tercero como si nada hubiera pasado y reanudó la vida de antes.

La costumbre, la amistad, y también la lástima hacia un hombre que se ahoga, impidieron a B... poner término inmediato a aquella vida desordenada y separarse para siempre de su compañero. Acabaron, no obstante, por rehuirse. La fortuna sonreía a B... Había adquirido una alta protección, y tuvo la suerte de dar un concierto brillante. En aquella época era ya un admirable artista, y su renombre, que crecía rápido, le valió un puesto en la orquesta de la Opera, donde obtuvo bien pronto un éxito de todo punto merecido. Cuando se separó de Efimov le envió dinero y le suplicó, con lágrimas en los ojos, que volviese al buen camino. B... no puede pensar en él ahora sin experimentar un sentimiento particular. Su amistad con Efimov constituye una de las impresiones más profundas de su juventud. Iniciaron ambos su carrera juntos; se unieron el uno al otro tan sólidamente, que las extravagancias, e incluso los defectos más groseros de Efimov aumentaban el cariño de B...

B... comprendía a Efimov. Leía en su espíritu y presintió cómo terminaría todo aquello. En el momento de separarse se abrazaron ambos llorando. Efimov, a través de sus lágrimas y sollozos, empezó a gritar, diciendo que él era un hombre perdido, un desgraciado, que lo sabía desde hacía mucho tiempo, pero que solo entonces lo veía claro.

—¡No tengo talento! —exclamó, por último, tornándose pálido como un muerto.

B... estaba muy conmovido.

—Escucha, Igor Petrovich —le dijo—. ¿Qué has hecho de ti? Te pierdes solo con tu desesperación. No tienes paciencia ni valor. Ahora, en un acceso de tristeza, supones que no tienes talento... Eso no es verdad. Tienes talento; te aseguro que lo tienes. Lo veo solo por tu manera de sentir y comprender el arte. Te lo demuestra tu propia vida. Me contaste tu vida en otro tiempo. En tu primera época, también te asaltaba la desesperación sin que te dieras cuenta de ello. Entonces también tu maestro, aquel hombre extraño, del que me has hablado tanto, despertó en ti, por vez primera, el amor al arte y adivinó tu talento. Lo poseías entonces tan decisivamente como ahora; pero no sabías qué era lo que te pasaba. No podías vivir en casa del propietario y no sabías tú mismo lo que deseabas. Tu maestro murió demasiado pronto. Te dejó solo vagas aspiraciones, y sobre todo, no te hizo ver cómo eras tú mismo. Sentías la necesidad de emprender un camino más largo, presentías que te estaban reservados otros fines; mas ignorabas cómo podrías lograrlos, y en tu angustia odiabas cuanto te rodeaba a la sazón. Tus seis años de miseria no fueron perdidos. Has trabajado, has pensado, te has reconocido a ti mismo y tus fuerzas; comprendes ahora el arte y el destino... Amigo mío, es necesario tener paciencia y valor. Te está reservada una suerte más envidiable que la mía. Eres cien veces más artista que yo; pero necesitas que Dios te dé siquiera la décima parte de mi paciencia.

Trabaja, no bebas, como te decía el bueno del propietario, y sobre todo, empieza por el principio... ¿Qué te atormenta? ¿La pobreza? ¿La miseria?... La pobreza y la miseria forman al artista. Son inseparables en los comienzos. Ahora nadie te necesita, nadie quiere conocerte... Así es el mundo. Espera; cuando se sepa que tienes talento, ya será otra cosa. La envidia, la malevolencia, y sobre todo la incomprensión te oprimirán con más fuerza que la miseria. El talento necesita simpatía; es menester que se comprenda. Y ya verás qué clase de gentes te rodean cuando te encuentres próximo al triunfo. Procurarán mirar con desprecio lo que conseguiste de ti a costa de penoso trabajo, de privaciones y noches de insomnio. Tus futuros camaradas no te alentarán, no te consolarán, no te indicarán lo que en ti haya de bueno y verdadero. Poseídos de un júbilo maligno, pondrán todos de manifiesto tus faltas. Te mostrarán precisamente lo malo que en ti encuentren, aquello en lo cual te equivoques, y en actitud tranquila y despectiva se alegrarán de tus errores, como si hubiese alguien infalible. Tú eres soberbio y te engañas con frecuencia. Te ocurrirá ofender a una nulidad que tenga amor propio, y entonces, pobre de ti... Tú serás uno solo, y ellos serán varios. Te matarán a alfilerazos. Yo mismo empiezo a experimentar todo esto.

Procura, pues, recuperar tus fuerzas desde ahora. Después de todo, no eres tan pobre. Puedes vivir todavía. No rehúses las tareas groseras. Corta leña, como yo lo hice cierta noche entre personas pobres... Pero eres impaciente; tu enfermedad es la impaciencia. No tienes bastante sencillez. Eres demasiado sagaz, reflexionas demasiado, haces trabajar al cerebro más de lo debido... Eres audaz en tus palabras y cobarde cuando debes tomar el arco en tu mano. Tienes mucho amor propio y poco atrevimiento. Sé más atrevido, espera, aprende, y si no cuentas con tus fuerzas, fíate al azar. En todo caso, no perderás nada si la ganancia es suficiente. Ya ves, para nosotros el azar es también una gran cosa...

Efimov escuchaba a su antiguo compañero con una atención profunda. Conforme hablaba este, la palidez abandonaba las mejillas de Efimov, que se coloreaban poco a poco. Sus ojos brillaban con un fuego insólito de aliento y esperanza. Bien pronto aquel noble aliento se transformaba en audacia, y luego en su acostumbrado descaro; y cuando B... terminó su exhortación, Efimov solo le escuchaba ya distraídamente y con impaciencia.

Sin embargo, le estrechó calurosamente la mano, le dio las gracias y al punto, pasando de la humildad profunda y de tristeza a la presunción y al orgullo extremados, rogó a su amigo que no se inquietara por él, diciendo que sabría arreglar su existencia, que esperaba encontrar muy pronto protección y dar un concierto, y que entonces conquistaría de un golpe la gloria y la riqueza.

B... se encogió de hombros, pero no contradijo en nada a su compañero. Se separaron. Sin embargo, aquello no duró mucho. Efimov se gastó en seguida el dinero que le había dado B..., y volvió a él para pedirle por segunda, por tercera, por

décima vez. Al cabo, B... perdió la paciencia y encargó que dijeran que no estaba en casa. Perdió de vista a Efimov.

Transcurrieron algunos años. Un día, al volver a su domicilio después de una recepción, B... tropezó en una callejuela, junto a una miserable taberna, con un hombre mal vestido y ebrio que le llamó por su nombre. Era Efimov. Había cambiado mucho. Estaba amarillento y flaco. La vida desordenada que llevaba había dejado en él su huella indeleble. B... se consideró feliz ante aquel encuentro, y sin tener tiempo de cambiar con él dos palabras, le siguió hasta la taberna, adonde Efimov le condujo. Allí, en una pequeña pieza reservada, muy sucia, examinó más de cerca a su compañero. Este iba casi cubierto de harapos, con las botas deshechas y la corbata rota, manchada de vino. Su cabeza canosa comenzaba a tornarse calva.

—¿Qué es de ti? ¿Dónde estás ahora? —interrogaba B...

Efimov se encontraba molesto, y hasta se mostraba tímido. Respondió a todo de una manera incoherente, hasta el punto de que B... creyó estar tratando con un loco. Por fin confesó Efimov que no podía hablar si no se le daba aguardiente, y que en aquella taberna desde hacía ya mucho tiempo no tenía crédito. Enrojeció al pronunciar estas palabras, aunque procuró animarse con su actitud desenvuelta. Todo aquello era feo, doloroso, lamentable y hasta tal punto desgarrador, que el bueno de B..., quien comprobó cuan justificados eran sus temores, experimentó una viva compasión. Pidió, no obstante, aguardiente. El rostro de Efimov cambió de expresión: sus ojos se llenaron de lágrimas, se sintió transido de reconocimiento y emocionado hasta el extremo de hallarse dispuesto a besar las manos de su bienhechor. Durante el almuerzo, B... se enteró, con el mayor asombro, de que el infeliz se había casado; pero su sorpresa fue aún mayor cuando le oyó decir que su mujer había labrado su desgracia, y que el matrimonio había acabado totalmente con su talento.

—¿Cómo es eso? —inquirió B...

—Querido, hace ya dos años que no he tocado un violín —explicó Efimov—. Mi mujer es una cocinera, una mujer zafia que debiera llevársela el diablo... No hacemos más que pegarnos, y eso es todo...

—¿Y por qué te casaste en esas condiciones?

—No tenía qué comer. Me puse en relaciones con ella, que poseía un millar de rublos... Me casé, perdí la cabeza; ella se había enamorado de mi... Se me colgó al cuello... ¿Quién la rechazaba?... Me bebí el dinero, chico... ¡Tanto talento, y todo se ha perdido!...

B... observó que Efimov parecía cuidar de justificarse de algo ante él.

—Lo he abandonado todo, lo he dejado todo —añadió.

Luego declaró que en aquel tiempo había alcanzado casi la perfección del violín, y que B..., uno de los primeros violinistas de la ciudad, no le llegaría a la suela del zapato, si él quisiera.

—Entonces, ¿qué significa todo esto? —preguntó B..., asombrado—. Deberías haber buscado una colocación.

—¡Para qué! —exclamó, haciendo con la mano un movimiento de indiferencia—. ¿Quién de vosotros comprende algo? ¿Qué sabéis vosotros? Nada. Eso es todo lo que sabéis... Tocar en un baile, en una reunión, y nada más... Vosotros no habéis visto ni oído nunca a un buen violinista. No vale la pena de haceros caso. Continúad siendo lo que sois.

Efimov hizo con la mano un nuevo movimiento de indiferencia y comenzó a balancearse en su silla. Estaba ya medio borracho. Luego invitó a B... a que le acompañase a su casa. B... rehusó; pero se quedó con sus señas y prometió ir a verle al día siguiente. Efimov, tranquilizado miraba con ironía a su antiguo camarada, procurando mortificarle por todos los medios. Al marchar, cogió la rica pelliza de B... y la ofreció a sus brazos, como haría un criado con su señor. Al atravesar el primer salón, hizo la presentación de B... al tabernero y al público, diciendo que era el primero y único violín de la capital... En una palabra, se portó como un verdadero sinvergüenza.

Con todo, B... fue a verle al día siguiente, por la mañana, al desván donde vivíamos entonces, todos en una sola habitación y en la mayor miseria. Yo tenía entonces cuatro años. Hacía ya dos que mi madre se había casado en segundas nupcias con Efimov. Era una mujer muy desgraciada. En otro tiempo había sido institutriz, y era muy culta y linda; pero su gran pobreza la obligó a casarse con un viejo funcionario, que era mi padre. No vivió con él más que un año: Mi padre murió de repente, y cuando su escasa herencia se hubo repartido entre los herederos, mi madre se quedó sola conmigo, obteniendo una corta cantidad de dinero, que era lo que le correspondía de la herencia. Colocarse de nuevo como institutriz, llevando un niño en sus brazos, era difícil. Entonces, no sé cómo, conoció a Efimov, y efectivamente, se enamoró de él. Mi madre era entusiasta y soñadora. Consideró a Efimov un genio; creyó en sus palabras de soberbia, que hablaban de un brillante porvenir. Su imaginación se vio halagada ante la envidiable perspectiva de convertirse en guía y apoyo de un hombre genial. Se casó con él. A partir del primer mes, se desvanecieron todos sus ensueños, y solo se presentó ante ella la miserable realidad.

Efimov, que tal vez, en efecto, se casó porque mi madre poseía un millar de rublos, una vez gastada esta suma, dejó de trabajar; y como si se estimara satisfecho de haber hallado tal pretexto, declaró inmediatamente a todo el mundo que el matrimonio había matado su talento, que le era imposible trabajar en una habitación asfixiante y en presencia de una familia hambrienta, que no le volverla jamás la inspiración en semejante ambiente y que tal desdicha era obra de la fatalidad. Diríase que él mismo había terminado por creer en la legitimidad de sus quejas, y parecía

satisfecho de haber encontrado tal excusa. Aquel pobre talento fracasado buscaba una razón exterior a la cual pudiera imputar todas sus miserias. Mas no podía hacerse a la terrible idea de que desde hacía mucho tiempo, y por siempre, se había perdido para el arte. Luchaba con apasionamiento, como presa de una pesadilla enfermiza, contra la horrible convicción. Y cuando, vencido por la realidad, se abrían sus ojos a momentos, se creía a punto de volverse loco de espanto. No podía renunciar, sin desgarrarse el alma, a lo que durante tanto tiempo había constituido su vida, y hasta en su última hora se imaginó que su talento no había desaparecido aún por completo. Durante sus horas de duda, se entregó a la bebida, lo cual hacía desaparecer su angustia. Así, pues, en aquella época quizá no supiese él mismo cuan necesaria le era su mujer. Implicaba su pretexto vivo, y en realidad, mi padrastro hubo de volverse loco ante la idea de que el día en que enterrase a la mujer que le había perdido, todo recobraría su curso normal.

Mi pobre madre no le comprendía. Verdadera soñadora, no soportó siquiera el primer choque de la terrible realidad. Se tornó iracunda, irritable, grosera; a cada instante reñía con su marido, quien se complacía en hacerla sufrir. Ella pretendía, principalmente, que él buscara trabajo. Pero la ceguera, la idea fija de mi padrastro y sus extravagancias le tornaban un ser casi inhumano y privado de todo sentimiento. No hacía más que reír, y juraba qué no tocaría un violín hasta que muriese su mujer, poniendo en esta declaración una cruel franqueza. Mi madre, quien hasta que exhaló el último suspiro lo amó apasionadamente, no podía, a pesar de todo, soportar semejante vida. Se alteró su salud. Siempre enferma, vivía en constante inquietud. Además, ella sola tenía que mantener a toda la familia. Se dedicó a cocinera, y en un principio admitió algunos huéspedes; pero su marido le quitaba todo el dinero y se veía obligada, con frecuencia, a presentar los platos vacíos a aquellos a quienes servía.

Cuando B... fue a vernos, ella se ocupaba de lavar la ropa y remendar los trajes viejos.

Así vivíamos en nuestra buhardilla. Nuestra miseria conmovió a B...

—Escucha —indicó a mi padrastro—; no dices más que necedades. ¿A qué viene afirmar que te ha matado el talento?... Ella te mantiene a ti; y tú ¿qué haces?...

—Nada —contestó el interpelado.

Pero B... no conocía aún toda la desgracia de mi madre. Su marido conducía con frecuencia a unos libertinos, y entonces, ¡cuántas cosas ocurrían, Dios mío!

B... sermoneó durante largo rato a su antiguo camarada, y por último, le dijo que, si no quería enmendarse, no vendría más en su ayuda. Le advirtió que no le daría dinero para que se lo gastara en beber, y le pidió que tocara algo para ver lo que podía hacer por él. Mientras mi padrastro iba a buscar su violín, escondidas B... le alargó dinero a mi madre. Ella lo rechazó. Aquella era la primera vez que se le ofrecía

una limosna. Entonces B... me lo entregó a mí, y la pobre mujer se deshizo en llanto.

Mi padrastro sacó el violín; pero comenzó por pedir aguardiente, diciendo que de lo contrario no podría tocar. Se compró aguardiente. Efimov bebió y se puso de buen humor.

—Por amistad hacia ti tocaré una cosa de las que yo he compuesto —dijo a B...

Y exhumó de la cómoda un abultado cuaderno completamente cubierto de polvo.

—Todo esto es mío —repuso, mostrando el cuaderno—. Verás: esto es muy distinto a la música de los bailes B... examinó en silencio algunas páginas. Después sacó la música que él llevaba y le dijo a mi padrastro que dejase a un lado sus composiciones y tocara algo de aquello.

Mi padrastro se mostró un poco ofendido. No obstante, por no perder aquella nueva ocasión, hizo lo que B... le pedía. Este comprobó entonces que, en efecto, su antiguo camarada había trabajado mucho y había hecho grandes progresos durante su separación, aunque se vanagloriaba de no haber tocado el violín desde que se efectuó su matrimonio. Había que ver el júbilo de mi pobre madre contemplaba a su marido y se sentía de nuevo orgullosa de él. El bueno de B..., muy sinceramente satisfecho de aquello, prometió buscar trabajo para mi padrastro.

En aquella época, B... tenía ya grandes relaciones y empezó inmediatamente a recomendar a su camarada, al cual le hizo dar su palabra de honor de que se conduciría bien. Entre tanto, le compró ropa nueva y le presentó a algunos personajes conocidos, de quienes dependía el empleo que deseaba obtener para él. Efimov se mostraba algo soberbio en sus expresiones; pero aceptó con el mayor júbilo la proposición de su antiguo amigo. B... refería más tarde que había sentido vergüenza de la obsequiosidad y la humildad con que mi padrastro procuraba enternecerle, temeroso de perder sus favores. Efimov, comprendiendo que se trataba de hacerle volver a la buena vida, cesó hasta de beber. Por fin se encontró una vacante en la orquesta de un teatro. Hizo brillantemente su presentación, y en un mes de aplicación y de trabajo recobró cuanto había perdido en dieciocho meses de inacción. Prometió trabajar en lo sucesivo y ser exacto en el cumplimiento de sus obligaciones.

Pero la situación de nuestra familia no se mejoró lo más mínimo. Mi padrastro no entregaba a mi madre un céntimo de su sueldo. Se lo gastaba todo bebiendo y comiendo en compañía de sus nuevos amigos, pues los adquirió pronto en gran número.

Trabó amistad preferentemente con los empleados del teatro, con los coristas y con los cómicos, en suma, con aquellos entre los cuales podía ocupar el primer puesto, evitando a las personas que tenían talento de veras. Supo inspirarles un respeto particular con su persona. Les explicó en seguida que él era un hombre desconocido, que tenía un enorme talento, que su mujer le había perdido, y en fin, que el director de orquesta no entendía una palabra de música. Se burlaba de todos

los artistas, de la orquesta, de las obras que se representaban, e incluso de los autores de estas.

Comenzó, además, a desarrollarles una nueva teoría de música. Lo hizo tan bien, que enojó a toda la orquesta; se enemistó con sus compañeros y con su jefe; se mostró grosero con sus superiores y adquirió la reputación del hombre más desequilibrado e inepto del mundo. Resultó, desde luego, insoportable para todos.

Porque era verdaderamente extraño ver a un hombre de tan poca importancia, a un ejecutante tan inútil, a un músico tan negligente con tan excesivas pretensiones y alabándose a sí mismo con tanto desparpajo.

Aquello terminó indisponiéndose mi padrastro con B... Tramó contra él falsas historias, le levantó infames calumnias que puso en circulación como si se tratara de hechos indiscutibles. Se le obligó a presentar su dimisión en la orquesta, al cabo de seis meses de malos servicios, por negligencia y por embriaguez constante. Pero no se dio mucha prisa a abandonar su puesto.

Al cabo de algún tiempo volvió a vérselo con sus andrajos de antes, pues parte de su ropa había sido vendida y otra parte empeñada. Volvió a tratarse con sus antiguos colegas, sin preocuparle lo más mínimo la satisfacción de recibir semejantes visitas. Propalaba chismes, decía necedades, se quejaba de su vida y comprometía a todo el mundo para que fuese a ver a su criminal esposa.

Indefectiblemente, encontraba oyentes que, a menudo, después de haberse bebido el dinero del camarada, se entretenían haciéndole desembuchar mil estupideces. Conviene advertir que Efimov hablaba de una manera ingeniosa, y que sus atrabiliarios discursos abundaban en cínicas expresiones que distraían a los oyentes de cierta categoría. Se le consideraba un bufón medio loco, cuya charla puede entretener a veces, cuando no se tiene otra cosa que hacer. La gente se complacía en irritarle, hablando en su presencia de cualquier nuevo violinista recién llegado. Efimov cambiaba de color entonces, se azoraba, procuraba indagar quién era el que había llegado, cuál su talento, e inmediatamente se mostraba envidioso de su gloria. Creo que solo de aquella época data su verdadera locura sistemática, su idea fija de ser el mejor violinista de Petersburgo al menos, de creerse perseguido por la desgracia y de ser objeto de toda clase de intrigas, incomprendido e ignorado. Esta última idea llegaba más bien a enorgullecerle, pues es propio de caracteres a los que les gusta considerarse ofendidos y humillados quejarse en voz alta o consolarse por lo bajo, admirando su genio desconocido.

Conocía a todos los violinistas de Petersburgo, y en su opinión, ni uno solo podía rivalizar con él. Los aficionados y principiantes que frecuentaban al desdichado loco, gustaban de citar en su presencia a cualquier violinista célebre con el fin de obligarle a hablar. Saboreaban entonces su maldad, sus acertadas observaciones, sus frases cáusticas e ingeniosas, cuando criticaba a sus rivales imaginarios. Aseguraba casi

siempre que no se le comprendía; pero, en cambio, estaba seguro de que nadie en el mundo podría presentar mejores caricaturas de las celebridades musicales contemporáneas. Los mismos artistas de quienes se burlaba le temían un poco, pues sabían su mala lengua y tenían bastante conciencia de la justicia de sus ataques y la seguridad de sus juicios. Se acostumbraron todos a verle por los pasillos y entre los bastidores del teatro. Los empleados le dejaban pasar sin oponerle dificultad alguna, como si fuese un personaje necesario y se convirtió en una especie de *Thersites*.

Aquella vida duró dos o tres años; pero por último, aun representando este ínfimo papel, consiguió hastiar a todo el mundo. Se le expulsó definitivamente, y durante los dos años postreros de su vida, mi padrastro desapareció por completo de la circulación; no se le veía ya en ninguna parte. Sin embargo, B... se lo encontró dos veces, aunque bajo un aspecto tan miserable, que la conmiseración superó al desagrado: Le llamó. Mi padrastro, ofendido, fingió no haberle oído; se caló hasta los ojos su viejo sombrero raído, y desapareció. Por fin, un día en que B... obtuvo un gran triunfo, le anunciaron que su antiguo camarada Efimov iba a felicitarle. B... salió a su encuentro. Efimov estaba borracho. Comenzó a hacer profundas reverencias casi hasta tocar el suelo, murmuró entre dientes algunas frases ininteligibles y se negó rotundamente a entrar en el cuarto. Lo cual significaba, sin duda: Nosotros, las personas desprovistas de talento, no podemos rozarnos con personas tan admirables como usted. Para nosotros, seres ínfimos y miserables, se queda el papel del criado que llega en los grandes días de fiesta para felicitar a su señor y se marcha al momento; es lo único que nos corresponde. En pocas palabras todo en su conducta era bajuno, estúpido e innoble.

Después, B... no volvió a verlo hasta el momento de la catástrofe que puso fin a aquella vida triste, lamentable, morbosa y obcecada. Acabó de una manera terrible. La tal catástrofe se halla estrechamente unida no solo a las primeras impresiones de mi infancia, sino a toda mi vida. He aquí cómo se produjo.

Pero antes debo explicar lo que fue mi infancia y lo que fue para mí aquel hombre, que determinó tan penosamente mis primeras impresiones y tuvo la culpa de la muerte de mi pobre madre.

CAPÍTULO II

Mis recuerdos no se remontan sino a una decena de años. No sé por qué; pero todo cuanto me ocurrió antes de tal época no dejó en mi impresión alguna que pueda ahora despertar un recuerdo. Pero, a partir de los ocho años y medio, lo recuerdo todo perfectamente, día por día, sin interrupción, como si cuanto me ocurrió después hubiera ocurrido ayer.

Claro que puedo recordar, como en un sueño, ciertos hechos que se remontan a fecha anterior: había siempre encendida una lamparilla en un rincón sombrío, junto a un icono antiguo... Un día me caí de un caballo, a consecuencia de lo cual, según me contaron luego, estuve enferma durante tres meses... Recuerdo también que, durante esta enfermedad, me desperté en el lecho, junto a mi madre, con quien me acostaba, completamente horrorizada por uno de mis sueños enfermizos, por el silencio de la noche y por la presencia de ratones ocultos en un rincón, y estuve temblando de miedo toda la noche, escondida bajo las sábanas, sin atreverme a llamar a mi madre, hasta que terminé por tenerle a ella más miedo que a nada.

Pero desde el instante en que comencé a tener conciencia de mi misma, me desarrollé rápidamente, de una manera por completo inesperada, y algunas impresiones, que no tenían nada de infantiles, permanecieron vivas en mi memoria. Todo se esclareció ante mí; todo se me hizo pronto comprensible. La época, a partir de la cual comencé a fijar en definitiva mis recuerdos, dejó en mí una impresión de fealdad y tristeza. Esta impresión no se borró ya, acentuándose, por el contrario, a medida que pasaban los días. Revistió de un color sombrío y extraño todo el período de mi vida transcurrido en compañía de mis padres, y al mismo tiempo, toda mi infancia. Ahora me parece haber despertado súbitamente de un sueño profundo, pues entonces, sin duda, lo que me ocurría no era para mí tan conmovedor como ahora. Me hallaba en una gran habitación asfixiante, desaseada, de techo muy bajo. Las paredes estaban pintadas de un color gris sucio. En un rincón había una enorme estufa rusa; las ventanas daban a la calle, o más bien al tejado de la casa de enfrente: eran bajas y anchas como hendiduras. Había tanta distancia del suelo al borde de la ventana, que recuerdo cómo necesitaba colocar una silla encima de un banco para alcanzar a ella, y, aun así, llegaba con dificultad a la ventana, donde me gustaba permanecer sentada cuando no había nadie en casa.

Desde nuestro aposento se descubría la mitad de la ciudad. Vivíamos bajo el tejado de una inmensa casa de seis pisos. Todo nuestro mobiliario consistía en los restos de un diván de gutapercha lleno de polvo, cuya crin se salía; una mesa de pino blanco, dos sillas, el lecho de mi madre; en un rincón, un pequeño armario abarrotado de cosas heteróclitas, una cómoda desvencijada y un biombo de papel destrozado.

Recuerdo que fue al anochecer. Todo estaba en desorden, esparcido sobre el

suelo: las escobas, los trapos, nuestra vajilla de madera, una botella rota y no sé cuántas cosas más. Mi madre se hallaba muy afligida y lloraba. Mi padrastro se sentó en un rincón, con su eterna chaqueta destrozada. Respondía a mi madre sonriendo, lo cual la afligía todavía más, y entonces rodaban de nuevo por el suelo las escobas, las vasijas, etcétera. Yo lloraba, asustada. Me interponía entre ellos, horrorizada, y cogí a mi padre, a quien sujeté de firme para defenderle con mi cuerpo. Dios sabe por qué me pareció que mi madre se irritaba injustamente contra él, quien no era culpable. Quería interceder, recibir el castigo que a él le fuera dirigido. Temía a mi mamá, y suponía que todo el mundo le tenía miedo. Mi madre, al principio, se extrañó; luego me agarró del brazo y me arrojó contra el biombo. Me di un golpe bastante fuerte en el brazo contra la cama; pero el miedo superó al dolor, y ni siquiera fruncí el ceño. Recuerdo, además, que mi madre empezó a pronunciar con vivacidad algunas palabras, señalando hacia mí.

Durante este relato, llamaré siempre padre a mi padrastro, pues hasta mucho tiempo después no me enteré de que no era mi padre.

Toda aquella escena duró dos horas, y temblando de angustia, procuré adivinar cómo terminarla. Por fin, se apaciguó la disputa y salió mi madre. Entonces mi padre me llamó, me abrazó, me acarició la cabeza y me tomó sobre sus rodillas. Me estreché fuertemente contra su pecho. Aquella era, quizá, la única vez que mi padre se mostraba cariñoso conmigo, y quizá fuese a partir de aquel momento cuando comencé a recordar las cosas con precisión. Me pareció comprender que merecía el cariño de mi padre por haber intervenido en su favor. Creo que fue entonces cuando por primera vez se me ocurrió la idea de que mi padre sufría mucho y se llevaba muchos disgustos por culpa de mi madre. Después esta idea se afirmó en mi para siempre, y cada día me indignó más.

Desde aquel momento, nació en mí un amor infinito hacia mi padre; un amor extraño y maravilloso que, al parecer, no tenía nada de infantil. Diría que era más bien un sentimiento de piedad maternal, si semejante definición de mi amor no fuese un poco ridícula, aplicada al sentimiento de una niña.

Encontraba a mi padre tan digno de lástima, le consideraba tan perseguido, tan oprimido, tan dolorido, que me parecería espantoso, inhumano, no amarle infinitamente, no consolarle, no mimarle, no compadecerle con todas mis energías. Pero hasta el presente no comprendo cómo podría ocurrírseme pensar que mi padre era un mártir, un ser desgraciado. ¿Quién había podido inspirarme aquello? ¿Cómo yo, siendo una niña, podría darme cuenta de sus desgracias personales? Y lo presentía, aunque interpretándolo todo, en mi imaginación, a mi manera. Hoy mismo, no puedo concebir cómo se formó en mí semejante impresión... Quizá mi madre fuese demasiado severa conmigo, y por eso me orienté hacia mi padre, considerándole cual si fuera un ser que sufría tanto como yo...

He referido ya el primer despertar de mi sueño infantil y mi primer impulso en la vida. Mi corazón se sintió oprimido desde el primer momento, y mi desarrollo se efectuó con una rapidez increíble y enfermiza. No podía ya contentarme solo con mis impresiones exteriores. Comencé a pensar, a reflexionar, a observar. Pero esta observación era tan prematura, que mi imaginación no podía reconstruir los hechos, si bien de pronto me veía transportada a otro mundo particular en extremo.

Todo lo que me rodeaba empezaba a semejarse a aquel cuento de hadas que mi padre me contaba muchas veces y que yo no podía confundir con la realidad. Extrañas concepciones nacían en mí. Comprendía perfectamente, sin saber por qué, cómo formaba parte de una familia extraña y cómo mis padres no se parecían mucho a las personas que con frecuencia encontraba. ¿Por qué —pensaba— veo otras personas que ni siquiera en apariencia se semejaban a mis padres? ¿Por qué descubría la risa en otros rostros, cuando en nuestra casa, en nuestro rincón, no se reía nunca ni se bromeaba jamás? ¿Qué fuerza, qué razón me impulsaba a mí, niña de nueve años, a mirar tan atentamente alrededor mío, a escuchar todas las frases de aquellos a quienes, por casualidad, encontraba en la escalera o en la calle, cuando, por la noche, con mis harapos protegidos por una vieja pelerina de mi madre, iba a la tienda, con algunas monedas de cobre, para comprar unos kopeks de azúcar, de té o de pan?...

Me daba cuenta, no sé cómo, de que en nuestro cuchitril se albergaba una desgracia espantosa y eterna. Me devanaba los sesos para adivinar la causa de todo aquello y no sabía que así me ayudaba a responderme a mi modo. Acusaba a mi madre, la juzgaba causante del mal genio de mi padre, y —lo repito—, no comprendo cómo pudo germinar en mi imaginación una concepción tan monstruosa. Adoraba a mi padre y odiaba a mi pobre madre. Aún hoy, el recuerdo de todo aquello me atormenta profundamente, dolorosamente...

He aquí otro hecho que, más todavía que el primero, contribuyó a aumentar mi extraña devoción por mi padre. Un día, a las diez de la noche, mi madre me mandó que fuese a una tienda para comprar levadura de cerveza. Mi padre no estaba en casa. Al volver, me caí en la calle y rompí el vaso. Mi primera idea fue recordar la coleta de mamá. El caso era que sentía un dolor terrible en el brazo izquierdo y no podía levantarme. Los transeúntes se aglomeraron en torno mío. Una vieja me ayudó a levantarme, y un muchacho que corría delante de mí me golpeó con una llave en la cabeza. Por fin, lograron ponerme en pie. Recogí los pedazos del vaso roto, y tambaleándome, sin poder apenas mover las piernas, me dirigí hacia nuestra casa. De pronto, distinguí a mi padre. Estaba entre la multitud, delante de una hermosa casa que se encontraba al frente de la nuestra. Aquella casa pertenecía a unos nobles. Estaba maravillosamente iluminada, junto a la escalinata había parados muchos coches, y los acordes de una música salían hasta fuera por las ventanas. Agarré a mi padre por el borde de la americana. Le enseñe el vaso roto y le expresé mi temor de

volver a casa. Estaba segura, no sé por qué, de que mi padre intercedería en mi favor. ¿Por qué estaba segura? ¿Quién me había dicho, quién me había hecho saber que él no quería a mi madre?... ¿Por qué me acerqué a mi padre sin temor alguno?...

Me tomó de la mano y empezó a consolarme; luego me dijo que quería enseñarme una cosa y me cogió en sus brazos. Yo no podía ver nada, porque mi padre me había oprimido el brazo lastimado y me estaba haciendo un daño atroz. Pero no exhalé ni un grito por temor a hacerle sufrir. Me preguntó si veía algo. Acumulando todas mis energías, procuré encontrar una respuesta que le satisficiera, y le manifesté que veía unas cortinas rojas.

Cuando pretendió trasladarme a la otra acera de la calle donde se encontraba nuestra casa, sin motivo, de repente, rompí a llorar, abrazándome a él y suplicándole que subiéramos lo más pronto posible a casa. Recuerdo que entonces las caricias de mi padre me causaban aún más pena, y no podía soportar la idea de que uno de aquellos a quienes yo deseaba amar profundamente, me acariciara y me mimara, cuando yo temía llegar a casa del otro.

Mi madre apenas se mostró enfadada y me envió a dormir. Recuerdo que el dolor de mi brazo aumentó y me dio fiebre. Aun así, yo estaba extremadamente satisfecha de que todo hubiera terminado bien, y durante toda la noche, estuve viendo en sueños la casa vecina de las cortinas rojas.

Cuando me desperté al día siguiente, mi primera idea, mi primer recuerdo fue para la casa de las cortinas rojas. Apenas salió mi madre, me subí al borde de la ventana para contemplar la casa, que desde entonces, durante mucho tiempo, atrajo mi curiosidad de niña. Me gustaba, sobre todo, verla por la noche, cuando se encendían las luces en la calle y comenzaba a brillar con un resplandor particular, como ensangrentada por sus cortinas de púrpura, puestas delante de sus ventanas espléndidamente iluminadas. Lujosos coches tirados por soberbios caballos se detenían sin cesar delante de la escalinata y todo avivaba mi curiosidad: los gritos, la aglomeración de gente frente a la escalinata, las linternas abigarradas de los carruajes y las mujeres tan bien ataviadas que descendían de ellos. Todo esto, en mi imaginación de niña, cobraba el aspecto de un lujo real y casi fantástico.

Después del encuentro con mi padre frente a la suntuosa morada, aquello me pareció doblemente maravilloso y seductor. Entonces, en mi imaginación exaltada comenzaban a nacer ideas e hipótesis fantásticas. Y no me sorprende que, viviendo entre gentes tan raras como lo eran mis padres, me convirtiera en una niña tan singular y reflexiva. Particularmente, me llamaba la atención el contraste de sus caracteres. Me asombraba, por ejemplo, que mi madre se preocupara siempre de nuestro pobre hogar, de que reprochara de continuo a mi padre que ella fuese la única que trabajaba para todos nosotros, y a pesar mío, me dirigía yo esta pregunta: ¿Por qué no la ayuda mi padre? ¿Por qué parece un extraño en nuestra casa?

Algunas palabras de mi madre despertaron en mí esta idea, y con sorpresa me enteré de que mi padre era un artista.

Esta palabra se grabó en mi memoria. Mi imaginación concibió pronto la idea de que un artista es un hombre particular que no se parece a los demás hombres. Tal vez la conducta de mi padre me indujo a formar esta idea; quizá oyese decir algo que ahora se ha escapado de mi memoria.

Pero el sentido de las palabras de mi padre se hizo extrañamente comprensible para mí cuando, un día, declaró en mi presencia, con un acento particular, que también llegaría el tiempo en que él dejaría de estar en la miseria, en que se convirtiera en gran señor y hombre rico, y que entonces nacería de nuevo cuando mi madre muriera.

Recuerdo que, al principio, sentí miedo al oír estas palabras, un miedo terrible... No pude permanecer en la habitación. Corrí al helado vestíbulo, y allí, acodada en la ventana y con el rostro entre las manos, me puse a sollozar. Después, cuando hube reflexionado, cuando me acostumbré a aquel horrible deseo de mi padre, la imaginación vino de súbito en mi ayuda: no podía ya atormentarme con una incertidumbre y necesitaba, detenerme en una suposición cualquiera. Y no sé cómo comenzó aquello; pero, por fin, fijé en mí la idea de que cuando mi madre muriese mi padre abandonaría nuestro sombrío cuchitril y se iría conmigo a cualquier otra parte. Pero ¿A dónde?... Hasta que no llegara el momento no podía sospecharlo concretamente. Recuerdo solo que cuanto podía imaginar respecto al sitio adonde iríamos juntos —pues estaba segura de que juntos partiríamos—, cuanto mis sueños podían concebir de brillante, suntuoso, magnífico, se convertiría en realidad. Creía que nos haríamos ricos en seguida. No iría ya a hacer compras a las tiendas, cosa que ya resultaba penosa en extremo, pues los niños de la casa vecina me hacían siempre objeto de sus burlas cuando salía, lo cual temía en alto grado, sobre todo cuando volvía con leche o manteca, comprendiendo que, si vertía la vasija, sería castigada con severidad.

Después, en mi sueño, supuse que mi padre se compraría, desde luego, un traje magnífico, que nos instalaríamos en una morada suntuosa, y entonces, la hermosa casa de las cortinas rojas y el encuentro acaecido con mi padre frente a ella, en cuyo interior quiso enseñarme algo, ayudaron mi imaginación. De repente, en mi pensamiento se decidió que nos instalaríamos precisamente en aquella casa, y que viviríamos allí en una atmósfera de fiesta perpetua y de felicidad infinita. Desde entonces, por la noche, contemplaba con una curiosidad las ventanas de aquella casa mágica. Me acuerdo de los invitados, que se presentaban tan bien ataviados como no había visto a nadie nunca. Oía en sueños el sonido de aquella música apacible que llegaba hasta mí a través de las ventanas. Examinaba, atenta, las sombras que se dibujaban sobre las cortinas y me esforzaba por adivinar lo que ocurría detrás de

ellas. Me parecía que allí estaba el paraíso, que aquello era una eterna fiesta. Empecé a detestar nuestro pobre alojamiento, los harapos de que iba vestida, y cuando un día mi madre, enfadándose conmigo, me ordenó que bajara del borde de la ventana, donde estaba instalada como de costumbre, se me ocurrió pensar que no quería que mirara a aquellas ventanas, que no quería que me ocupase de aquello, que nuestra dicha le era desagradable y que pretendía impedirla. Durante toda la tarde la estuve observando con desconfianza e interés.

¿Cómo habría podido nacer en mi tamaña hostilidad contra un ser tan atormentado como mi madre? Solo ahora me doy cuenta de sus sufrimientos, y no me es posible recordar su existencia de mártir sin sentir oprimido mi corazón. A la sazón, en el sombrío período de mi miserable infancia, en la época del desenvolvimiento anormal de mi primera vida, mi corazón se sentía transido de dolor y piedad a menudo, al mismo tiempo que la duda confusa invadía mi alma. Ya entonces la conciencia se despertaba en mí, y muchas veces me asaltaba la idea dolorosa de mi injusticia con mi madre. Pero éramos extrañas la una para la otra. No recuerdo haberla acariciado ni siquiera una vez. Ahora, los recuerdos más mínimos me causan daño y turban mi alma. Rememoro cómo en cierta ocasión —sin duda, lo que voy a contar es insignificante, banal; pero cosas como esta eran precisamente las que me atormentaban más y las que quedaron grabadas con más pena en mi memoria—, una noche que mi padre no estaba en casa, mi madre me mandó a una tienda para que comprase té y azúcar. Reflexionaba y no se decidía. Contaba y recontaba las monedas de cobre, de las cuales poseía una miserable cantidad. Estuvo contándolas durante media hora y no lograba terminar sus cálculos. A momentos, abrumada de dolor, le acometía una especie de torpeza. Recuerdo, como si lo estuviera viendo ahora, que murmuraba frases ininteligibles, mientras contaba el dinero despacio. Diríase que pronunciaba palabras inconscientes. Sus labios y sus mejillas estaban pálidos, sus manos temblaban, e inclinaba la cabeza, según tenía por costumbre cuando razonaba consigo misma en alta voz.

—No, no hace falta —dijo, mirándome de pronto—. Es mejor que me acueste. Y tú, Niétochka, ¿quieres irte a dormir?

Yo no respondí. Entonces levantó la cabeza y me miró dulcemente con tanta ternura y con el rostro iluminado por tal sonrisa maternal, que mi corazón comenzó a latir con fuerza e inquietud. Además, me llamó Niétochka, lo cual significaba que, en aquel momento, me amaba de veras. Ella había inventado este nombre, transformando en el afectuoso diminutivo de Niétochka mi nombre de Ana. Cuando me llamaba así, era cuando quería colmarme de caricias. Yo estaba emocionada. Deseaba abrazarla, oprimirme contra ella, llorar con ella... ¡Pobre madre! Me estuvo acariciando la cabeza durante mucho tiempo, quizá de un modo maquinal, y olvidando que se dirigía a mí, repetía sin tregua:

—Hija mía, Anita, Niétochka...

Las lágrimas acudían a mis ojos, próximas a brotar, pero las contuve. Me aguanté para que no se diera cuenta de lo que me ocurría, aunque me costó mucho trabajo. No; aquella hostilidad no podía ser natural en mí. Lo que me excitaba tanto contra ella no podía ser únicamente su severidad para conmigo. No... Era aquel amor fabuloso y exclusivo hacia mi padre lo que me perdía...

A veces me despertaba por la noche, en mi rincón, sobre mi jergoncillo, bajo una delgada sábana, y siempre tenía miedo de algo. Medio dormida, recordaba cómo, poco tiempo atrás, cuando yo era más pequeña, me acostaba con mi madre y temía despertarme por la noche. No hacía más que abrazarme a ella, cerrar los ojos, estrecharla con ahínco, y al punto volvía a dormirme. Comprendía también, en mi interior, que no podía dejar de amar a mi madre. Luego he observado que algunos niños se hallan monstruosamente desprovistos de sensibilidad, y que, cuando aman, lo hacen de una manera exclusiva. Tal era mi caso.

A veces, en nuestro tugurio, un taciturno silencio se instalaba por semanas enteras. Mis padres se hallaban hartos de reñir, y yo vivía con ellos como antes, siempre silenciosa, siempre reflexiva, siempre buscando algo en mis sueños. Al examinar a uno y a otro más atentamente, terminé por discernir cuáles eran sus relaciones mutuas. Comprendí su hostilidad continua y sorda, todo aquel dolor, toda aquella vida desordenada que se había instalado en nuestro rincón. Sin duda, no discernía las causas ni las consecuencias; había comprendido solo cuanto podía comprender. En las largas noches de invierno, acurrucada en cualquier parte durante horas enteras, los vigilaba con avidez. Observaba el rostro de mi padre, procurando adivinar en qué pensaba, qué era lo que le preocupaba; luego me conmovía, asombraba por la actitud de mi madre. Caminaba sin detenerse de un extremo al otro de la habitación durante horas enteras, a menudo aun entrada la noche, cuando sufría de insomnio. Caminaba murmurando palabras incoherentes, como si estuviera sola en la habitación, ora separando los brazos, ora cruzándolos sobre su pecho, ora retorciéndose las manos, presa de una angustia horrible e infinita. A ratos, las lágrimas corrían por sus mejillas, quizá sin saber ella misma por qué, pues a momentos se quedaba como absorta. Padecía una dolorosa enfermedad que la abstraía por completo.

Recuerdo que mi aislamiento, mi silencio, que no me atrevía a romper, me resultaba cada vez más angustiioso. Durante todo un año viví una vida consciente, reflexiva, soñadora, atormentada por aspiraciones desconocidas, vagas, que nacían en mí espontáneamente. Me encontraba en estado salvaje, como si procediera de la selva. Mi padre fue el primero en notar lo que ocurría; me llamó a su lado, y me preguntó por qué le contemplaba tan fija. No recuerdo lo que le respondí. Solo recuerdo que él reflexionó, y me dijo, por fin, mirándome, que al día siguiente

llevaría un abecedario y empezaría a enseñarme a leer. Aguardé con impaciencia aquel abecedario. Soñé con él durante la noche, sin saber, en realidad, lo que era.

Al día siguiente, mi padre comenzó, en efecto, a enseñarme a leer. Comprendí al punto lo que se exigía de mí, y aprendí rápidamente, pues sabía que ello le complacería. Aquella fue la época más feliz de mi vida.

Cuando él me felicitaba por mi inteligencia, me acariciaba la cabeza y me abrazaba, yo rompía a llorar de júbilo.

Poco a poco, mi padre me fue tomando afecto. Ya me atrevía a hablar con él, y hablábamos con frecuencia durante horas enteras sin fatigarnos, aunque a veces yo no comprendiese ni una palabra de cuanto él me decía. Pero le tenía miedo; temía que llegara a creer que me aburría hablando con él, por lo cual, acumulando todas mis energías, procuraba demostrarle que lo comprendía todo. Por último, mi padre se acostumbró a pasar conmigo toda la velada. En cuanto comenzaba a caer la tarde, volvía a casa. Yo me acercaba con el silabario. Me hacía sentarme frente a él en un banco, y terminada la lección, empezaba a leerme un libro cualquiera. Yo no entendía nada; pero reía sin cesar, creyendo proporcionarle así un gran placer. En efecto, le interesaba y le agradaba oírme reír. Por aquella época, un día, después de la lección, empezó a contarme un cuento. Era el primer cuento que yo escuchaba. Estaba encantada de oírle. Ardía en impaciencia, aguardando la continuación del relato; me sentía transportada a otro mundo, escuchándolo y cuando la historia hubo terminado, me quedé entusiasmada.

No era que el cuento hubiese obrado poderosamente sobre mí, no, sino que lo acepté todo como si fuese verdad, dando un impulso a mi inagotable fantasía, que unía la realidad a la ficción. Inmediatamente volvió a aparecer en mi imaginación la casa de las cortinas rojas, y a la vez, no sé cómo, mi propio padrastro, me pareció uno de los personajes del cuento que me narraba; luego, mi madre, que nos impedía huir lejos de ella, y por último, o más bien antes que nada, yo misma, con mis sueños maravillosos y mi cerebro colmado de quimeras. Todo aquello se mezclaba de tal modo en mi espíritu, que bien pronto constituyó la cosa más espantosa del mundo, y durante cierto tiempo perdí toda conciencia, todo sentimiento de lo verdadero y de lo real, y estuve viviendo Dios sabe dónde...

En aquella época, ardía en impaciencia por hablar con mi padre acerca de lo que nos aguardaba en el porvenir, de lo que le esperaba a él personalmente, y del lugar adonde me conduciría cuando al cabo abandonáramos nuestro tugurio. Estaba segura, por mi parte, de que aquello sucedería pronto; pero ¿cómo, en qué forma?... No lo sabía; y me mortificaba dando vueltas a mi cerebro por averiguarlo.

En ocasiones, sobre todo por la noche, me parecía que, de pronto, mi padre me iba a hacer una seña a escondidas; que me iba a llamar al llegar al vestíbulo; que yo, sin que mi madre me viese, cogería entonces mi silabario, y además, nuestro cuadro

—un cromo infame, sin marco, que teníamos clavado en la pared desde tiempo inmemorial, y que había resuelto llevarnos cuando huyéramos a cualquier parte, muy lejos—, para no volver ya nunca a casa de mi madre.

Un día que mamá no estaba en casa, escogí un momento en que mi padre estaba particularmente contento, lo cual le ocurría si bebía un poco de vino. Me acerqué a él y empecé a hablar de cosas indiferentes, con la intención de encauzar pronto la conversación hacia mi tema favorito. Cuando conseguí hacerle reír, enlazándole con fuerza, temblándome el corazón, horrorizada como si me dispusiera a decir algo misterioso y terrible, comencé a balbucear estas preguntas:

—¿Dónde nos iremos?... ¿Será en breve?... ¿Qué vamos a llevarnos? ¿Cómo viviremos?... Y, sobre todo, ¿nos iremos a la casa de las cortinas rojas?...

—¡La casa!... ¡Las cortinas rojas!... ¿Qué dices, tontuela?...

Entonces, más horrorizada aún, empecé a explicarle que, cuando mamá muriera dejaríamos de vivir en aquel desván, que él me llevaría a otra parte, y que los dos seríamos ricos y felices. Le recordé, además, que él mismo me lo había prometido. Al hablarle así, me hallaba convencida de que, en efecto, mi padre me había dicho aquellas cosas; por lo menos, eso me parecía.

—¿Mamá?... ¿Muerta?... ¿Cuando mamá se muera?... —repetió, mirándome con asombro, el semblante algo descompuesto, y frunciendo sus espesas cejas grises—. ¿Qué estás diciendo, mi pobre tontuela?...

Acabó por reñirme. Estuvo hablando durante mucho tiempo, acusándome de niña estúpida y diciéndome que no entendía nada... Y ya no recuerdo más, sino que se puso muy triste...

Yo no comprendía sus reproches. No sabía cuan penoso le resultaba que yo hubiera oído las palabras dichas a mamá por él en un momento de cólera y profunda desesperación; pero yo las había retenido y había reflexionado mucho acerca de ellas. Fuese como fuese, no podía mostrarse muy extrañado de mis palabras. Aunque sin comprender del todo por qué se enfadaba, me sentí afligida y desconcertada. Rompí a llorar. Me pareció comprender que cuanto nos esperaba era tan importante, que una niña estúpida como yo no tenía derecho a hablar de ello ni a pensarlo siquiera. Además, aunque sin comprenderlo por completo, me daba cuenta oscuramente de que había ofendido a mamá. Me embargaron el miedo y el espanto, y la duda cayó en mi alma. Entonces, viendo cómo lloraba y sufría, mi padre intentó consolarme. Enjugó mis lágrimas con mi manga y me ordenó que dejara de llorar. Ambos permanecemos silenciosos durante algún rato. Con el ceño fruncido, mi padre parecía reflexionar. Luego comenzó a hablarme de nuevo; pero, aunque presté una gran atención, lo que me decía se me antojaba hartamente vago. Después de pronunciar algunas palabras, de las cuales me acuerdo todavía hoy, me pareció que me explicaba que él era un gran artista, que nadie le comprendía, y que era un hombre de gran talento. Recuerdo que,

habiéndome preguntado si le entendía, y satisfecho, sin duda, de mi respuesta, me obligó a repetir que él tenía talento. Lo repetí. Entonces sonrió un tanto, tal vez porque a la postre encontraba él mismo ridículo hablar conmigo de un asunto tan serio.

Nuestra conversación fue interrumpida por la llegada de Carlos Feodorovich. Me eché a reír y me puse alegre cuando mi padre, señalando al recién llegado, me dijo:

—Aquí tienes a Carlos Feodorovich, que no posee pizca de talento.

Carlos Feodorovich era un personaje muy divertido. Veía yo en aquella época a tan poca gente, que me será imposible olvidarla, y la recuerdo como si la tuviera delante. Feodorovich era alemán. Su apellido de familia era el de Meyer. Había llegado a Rusia con el ardiente deseo de ingresar en el cuerpo de baile de San Petersburgo. Pero era muy mal danzarín; así, cuanto se pudo hacer con él fue emplearle en el teatro como comparsa. Desempeñaba algunos papeles mudos. En la representación de *Fortimbras* era uno de los caballeros de Verona que, en número de veinte, gritaban todos a un tiempo, blandiendo unos puñales de cartón: ¡Muramos por el rey! No había, de seguro un solo actor en el mundo que se interesara tan apasionadamente por sus papeles como Carlos Feodorovich; pero la desgracia de toda su vida era la de no haber logrado ser admitido en el cuerpo de baile. Ponía el arte de la danza por encima de todo, y sentía tanta predilección por su arte como mi padre por el del violín. Entablaron amistad por la época en que se encontraban ambos en el teatro, y desde entonces el ex comparsa no abandonó nunca a mi padre. Se veían muy a menudo, y los dos deploraban su triste suerte, considerándose uno a otro como desconocidos.

Aquel alemán era el hombre más sentimental y más afectivo del mundo, y profesaba a mi padrastro la amistad más viva y más desinteresada; pero según pude ver, mi padre no sentía por él una predilección particular: le soportaba solo a falta de otras relaciones. Además, aquel era demasiado exclusivista para comprender que la danza suponía también un arte, lo cual entristecía al pobre alemán, hasta el extremo de saltársele las lágrimas. Conociendo el punto sensible del desdichado Carlos Feodorovich, mi padre se complacía en ridiculizarle y mofarse de él cuando el alemán se exaltaba y se entusiasmaba haciendo la defensa de la danza.

Más adelante B... habló mucho de Carlos Feodorovich. Le llamaba el silbador de Nüremberg, y me contó muchos detalles acerca de su amistad con mi padre. Así, pues, me refirió, entre otras cosas, que se reunían muy a menudo, y después de haber bebido se ponían a llorar juntos, lamentando su suerte de artistas incomprensidos. Recuerdo aquellas reuniones, y recuerdo también que, considerando a aquellos dos seres originales, me ponía a llorar yo también sin saber por qué.

Esto ocurría siempre cuando mamá no estaba en casa. El alemán le tenía mucho miedo; esperaba siempre a la puerta que otro le informara, y cuando se enteraba de

que mamá se hallaba en casa bajaba inmediatamente la escalera a todo correr. Llevaba siempre consigo poemas alemanes; se exaltaba leyéndonoslos en voz alta, y los declamaba luego traduciéndolos al ruso, a fin de que pudiéramos comprenderlos.

Aquello distraía hasta más no poder a mi padre, y a mí también. Una vez encontraron no sé qué obra rusa que entusiasmó a ambos; tanto, que a partir de aquel día se reunían siempre para leer juntos. Recuerdo que se trataba de un drama en verso, original de un célebre escritor ruso. Me acordaba antes tan bien de las primeras líneas de aquella obra, que algunos años más tarde, habiendo encontrado casualmente el libro, lo reconocí sin dificultad. Trataba aquel drama de las desgracias de un gran pintor, un tal Jenaro o Jacobo, que en uno de los pasajes exclamaba: ¡Soy desconocido!, y en otro: ¡Soy reconocido!, o ¡No tengo ningún talento!, y algunas líneas más adelante: ¡Tengo un talento inmenso! Terminaba muy tristemente.

Aquel drama era, sin duda alguna, una obra de las más ordinarias; pero —he aquí el milagro— obraba de la manera más directa y más trágica en los dos lectores, que encontraban en el héroe mucha semejanza con ellos mismos. Recuerdo cómo a veces Carlos Feodorovich se exaltaba hasta el punto de que se levantaba súbitamente de su sitio, corría hasta el ángulo opuesto de la habitación y nos decía con insistencia y con lágrimas en los ojos, a mi padre y a mí —llamándome señorita—, que hiciésemos de jueces entre el público y él. Y abierta la sesión, comenzaba a bailar, a ejecutar diferentes pasos, y nos gritaba que le dijésemos en seguida si él era o no un artista, si se le podía decir que no tenía talento.

Mi padre se ponía al punto muy alegre; me guiñaba los ojos, como para prevenirme que se iba a mofar del alemán de una manera muy graciosa. Yo sentía un deseo loco de reír; pero mi padre me amenazaba con el dedo, y yo me aguantaba la risa, ahogando mis carcajadas. Y aún ahora, solo ante el recuerdo de aquellas escenas, no puedo menos de reírme. Veo al pobre Carlos Feodorovich como si le tuviera en mi presencia. Era muy bajo y muy delgado; tenía los cabellos blancos; la nariz, aquilina, roja, manchada de tabaco, y unas piernas enormemente deformadas; pero a pesar de esto, se vanagloriaba de su conformación, y llevaba unos pantalones muy ajustados. Cuando adoptaba una postura, después de dar un último salto, tendiendo hacia nosotros sus manos, y sonriendo como lo hacen los danzarines en escena al final de un paso de baile, mi padre, durante algunos instantes, guardaba silencio, como si no pudiera decidirse a formular un juicio, conservando, de intento, al danzarín en su postura; de suerte que este se balanceaba sobre un pie de un lado a otro, empleando todas sus fuerzas en guardar el equilibrio. Por fin, mi padre me miraba, poniéndose muy serio, como si me invitase a ser testigo de la imparcialidad de su juicio, en tanto que las tímidas y suplicantes miradas del bailarín se fijaban en mí al mismo tiempo.

—No, Carlos Feodorovich; no puedes lograr nada —pronunciaba, por fin, mi padre, fingiendo la mayor contrariedad, al verse obligado a formular esta verdad

amarga.

Entonces, del pecho de Carlos Feodorovich se escapaba un verdadero gemido; pero al instante recobraba ánimos por medio de movimientos acelerados, volvía a reclamar atención, afirmando que no había danzado con arreglo al buen método, y suplicándonos que le juzgásemos una vez más. Después corría de nuevo al otro ángulo de la habitación, y a veces, saltaba con tal ardor, que tocaba con la cabeza en el techo y se hacía daño; pero, como un espartano, soportaba heroicamente su dolor, tornaba a fijar una postura, tendía aún hacia nosotros sus manos temblorosas, esbozando una sonrisa, y solicitaba todavía nuestra decisión; pero mi padre era inflexible, y, como antes, repetía en un tono sombrío:

—No, Carlos Feodorovich; es tu sino, y no triunfarás nunca...

Entonces yo no me detenía ya, y me retorcí de risa. Mi padre seguía mi ejemplo. Carlos Feodorovich, comprendiendo, por fin, que nos burlábamos de él, se ponía rojo de indignación, y con lágrimas en los ojos, expresando un sentimiento tan profundo como cómico, que más tarde me produjo un enorme daño, decía a mi padre:

—¡Eres un amigo cruel!...

Luego cogía su sombrero y huía de nuestra casa, jurando y perjurando que no volvería nunca. Pero sus enojos no se prolongaban mucho. Al cabo de algunos días le veíamos reaparecer. Recomenzaba la lectura del famoso drama; vertíanse nuevas lágrimas, y luego, el ingenuo Carlos Feodorovich nos rogaba nuevamente que hiciéramos de jueces entre el público y él, pero para juzgarle en serio, como verdaderos amigos y sin burlarnos...

Una vez mi madre me envió a comprar una cosa a la tienda. Volvía, guardando cuidadosamente la moneda de plata que me habían devuelto, cuando en la escalera encontré a mi padre, que salía. Sonreí, como lo hacía siempre cuando le veía. Él se inclinó como para besarme, y vio en mi mano la moneda de plata. Olvidaba decir cómo me hallaba tan habituada a la expresión de su rostro, que a simple vista adivinaba casi siempre todos sus deseos. Cuando él estaba triste, mi corazón se ponía angustiado. En general, se alteraba mucho, sobre todo cuando no tenía dinero y cuando, por esta causa, no podía beber vino, como tenía por costumbre. En el momento en que le encontré en la escalera, me pareció que le ocurría algo de particular. Al principio no me prestó atención; pero cuando vio en mi mano la brillante moneda, se tornó rojo de súbito; luego palideció y avanzó la mano para coger el dinero. La retiró en seguida, empero. Sostenía una lucha interior. Por último, adoptando una resolución, me ordenó que subiera, y él bajó algunas gradas. Pero se detuvo de pronto y me llamó con apresuramiento. Se mostraba muy contrariado.

—Escucha, Niétochka —me dijo— dame ese dinero. Te lo devolveré. ¿Se lo darás a tu padre? Tú eres buena, ¿verdad Niétochka?

Ya iba a ceder; mas al primer momento, la idea de la cólera de mamá, la timidez,

y sobre todo, una vergüenza instintiva por mí y por mi padre, me impidieron entregarle el dinero. Comprendió al instante esto, y me dijo acto seguido:

—No, no; no me hace falta, no me hace falta.

—No, papá, tómallo. Diré que lo he perdido, que los niños de la vecindad me lo han quitado.

—Bien, bien... Ya sabía yo que tú eres una niña inteligente —repuso sonriendo, temblándole los labios, y sin disimular su júbilo, cuando se encontró con el dinero en la mano—. Eres una buena muchacha... Eres un angelito... Ven, trae; besaré tu mano.

Tomó mi mano y quiso besarla, pero yo la retiré con rapidez. Me invadió una especie de piedad, y la vergüenza comenzó a torturarme cada vez más. Corrí hacia arriba, horrorizada, abandonando a mi padre sin decirle adiós. Cuando entré en la vivienda, ardían mis mejillas y me latía el corazón, presa de un sentimiento angustioso y hasta entonces desconocido. Sin embargo, aseguré resueltamente a mi madre que había dejado caer el dinero en la nieve, y que no había podido encontrarlo. Esperaba recibir algunos golpes; pero no ocurrió nada... Claro que mamá se puso al principio fuera de sí, pues éramos muy pobres, y me regañó; pero al punto se rehízo, y dejó de reñirme, diciéndome solo que yo era una niña torpe y descuidada y que, por lo visto, debía, de quererla muy poco, cuando tan mal guardaba su dinero. Esta observación me entristeció más de lo que hubieran podido hacerlo los golpes. Mamá me conocía bien. Se había dado cuenta de mi sensibilidad, a menudo enfermiza, y con reproches amargos por mi falta de afecto, pensaba conmovirme más y obligarme así a que fuese más cuidadosa en lo sucesivo.

Al anoecer, la hora en que mi padre volvía de ordinario, fui a esperarle. Al llegar, llevándome un pastel, comenzó a decirme que lo había comprado para mí, que estaba mal robarle a mamá, que en lo sucesivo no debía pensar siquiera en semejante cosa, y que, si le obedecía, me compraría aún más pasteles. Por último, añadió que debía tener lástima de mamá, que mamá estaba muy enferma y era muy pobre, y que ella sola trabajaba para todos. Yo le escuchaba asustada, temblándome todo el cuerpo. Las lágrimas se escapaban de mis ojos. Me sentía tan emocionada, que no podía pronunciar una sola palabra ni moverme de mi sitio. Por fin, entró en la habitación, me ordenó que no llorara, y que no le dijera nada de aquello a mamá. Observé que él mismo se hallaba muy preocupado. Toda la noche la pasé presa de una especie de espanto, y por primera vez no me atreví a mirarle ni a acercarme a él. También él rehuía visiblemente mi mirada. Mamá iba y venía por la habitación, hablando sola, según su costumbre, como si estuviera en sueños. Aquella noche se encontraba mal: sufría una crisis. A la postre, tantas emociones me produjeron fiebre. Cuando me acosté, no pude dormir. Me atormentaban horribles pesadillas; no pudiendo contenerme ya, comencé a llorar con amargura. Mis sollozos despertaron a mamá.

Me llamó y me preguntó qué me ocurría. No le respondí, y redoblaron mis lágrimas. Entonces ella encendió la vela, se acercó a mí y empezó a consolarme, creyendo que tenía miedo a consecuencia de algún mal sueño.

—¡Vaya, tontina!... Todavía lloras cuando sueñas... Calla, calla...

Me besó y me dijo que me fuese a dormir a su cama; pero yo rehusé.

No me atrevía a besarla ni a irme con ella. Me atormentaban sufrimientos imaginarios. Deseaba contárselo todo. Iba a comenzar. Pero el recuerdo de mi padre y su prohibición me detuvieron.

—¡Mi pobrecita Niétochka! —exclamó mi madre metiéndome en el lecho y envolviéndome en su vieja manta, pues había notado que temblaba de fiebre—. ¡Probablemente tendrás tan poca salud como yo!

Y me miró tan tristemente, que, no pudiendo soportar su mirada, cerré los ojos y me retiré. No recuerdo cómo me dormí; pero en mi leve sueño, por largo tiempo aún, oí que mi pobre madre me hablaba. Nunca había experimentado un sufrimiento tan penoso. Mi corazón padecía hasta dolerme. Al día siguiente por la mañana me encontré mejor; me puse a hablar con mi padre sin recordarle los acontecimientos de la víspera, pues adivinaba de antemano que le sería muy desagradable. Mi padre recobró desde luego su buen humor; sus cejas, fruncidas por la inquietud, se desarrugaron, y el júbilo —una satisfacción casi infantil— se iba apoderando de él ante la presencia de mi alegría. A poco salió mamá, y mi padre, entonces, no pudo contenerse; empezó a besarme tan fuerte, que me volvía loca de entusiasmo; lloraba y reía a la vez. Por último, me dijo que me iba a enseñar una cosa que me gustaría mucho, porque yo era una muchachita lista y buena.

Se desabrochó el chaleco y sacó una llave que llevaba colgada al cuello, pendiente de una cinta negra; luego, mirándome misteriosamente, como si deseara leer en mis ojos la satisfacción que, según él, debía manifestar, abrió el cofre, y con mil precauciones extrajo de él una caja negra, de forma extraña, que yo no había visto nunca. Cogió aquella caja con algo de temblor, y su fisonomía se transfiguró en seguida: la risa desapareció de su semblante que, de pronto, adquirió una expresión grave y solemne. Por fin, con la llave, abrió la caja misteriosa y sacó de ella un objeto que tampoco había visto nunca; un objeto cuya forma me pareció al principio extraordinaria. Lo cogió cuidadosamente, respetuosamente, y me dijo que aquello era su instrumento, su violín. Entonces comenzó a explicarme en voz baja y solemne cosas que yo no comprendía. Solo he retenido en mi memoria las frases que ya conocía: que él era un artista, que tenía un gran talento, que un día tocaría el violín, y que entonces todos seríamos ricos y conoceríamos la felicidad. Las lágrimas acudían a sus ojos y corrían por sus mejillas. Yo me hallaba muy emocionada. Al cabo besó el violín, me hizo que también yo lo besara, y viendo mi gran deseo de examinarlo más de cerca, me condujo hacia la cama de mamá y me puso el violín en las manos; pero

yo comprendía que temblaba ante el temor de que lo dejara caer y se rompiera. Tomé el violín con mis manos y rocé las cuerdas, que produjeron un sonido muy débil.

—Música... —dije, mirando a mi padre.

—Sí, sí, música —confirmó él, frotándose alegremente las manos—. Eres una niña lista. Eres una buena, chiquilla...

Pero, a pesar de sus alabanzas y su entusiasmo, noté cómo temía por su violín, y me asaltó el miedo a mi vez. Se lo devolví lo antes posible. Con las mismas precauciones, el violín fue colocado de nuevo en su caja, y esta guardada bajo llave en el cofre. Luego, volviendo a acariciarme la cabeza, mi padre me prometió enseñarme aún el violín, siempre que, como entonces, fuese inteligente, buena y obediente. Así, pues, el violín disipó nuestra común tristeza. Por la tarde, al salir, mi padre me dijo al oído que no olvidara sus palabras anteriores.

Seguí creciendo en nuestro tugurio, y poco a poco, mi afecto, o más bien mi pasión —pues no conozco una palabra lo bastante enérgica para expresar con exactitud el sentimiento irresistible, pero penoso para mí misma, que experimentaba por mi padre— se convirtió en una especie de irritabilidad enfermiza. No tenía más que un único placer; pensar o soñar con él. No tenía más que una sola voluntad: hacer cuanto pudiera por proporcionarle alguna satisfacción. ¡Las veces que le esperé en la escalera tiritando, de frío!, solo por enterarme de que volvía, aunque no fuese sino un instante más pronto, y por verle lo antes posible Me ponía loca de contento cuando me acariciaba un poco, en tanto que sufría con frecuencia, por ser tan obstinadamente fría para mi madre. Había momentos en que me sentía oprimida de angustia y lástima contemplándola. En sus eternas querellas, no podía mostrarme indiferente, y teniendo que decidirme por cualquiera de los dos, me decidía por el pobre semiloco, sin más causa que la de haber impresionado a fondo mi imaginación.

¡Quién sabe!... Acaso me interesara por el porqué era muy extraño en su aspecto mismo y no tan severo ni tan sombrío como mamá, porque estaba casi loco y a menudo se manifestaban en él la bufonada y las maneras; infantiles, y porque, en una palabra, sentía menos miedo y menos respeto hacia él que hacia mamá. Se parecía más a mí. Poco a poco, llegué a comprender que yo le dominaba, le había sometido, y que ya le era necesaria. En mi interior me sentía orgullosa; triunfaba al comprender cuánta necesidad tenía él de mí y a veces, me mostraba hasta coqueta. En efecto, aquella predilección extraordinaria no dejaba de tener algo de novelesco... Pero la novela no debía durar mucho tiempo. Bien pronto perdí a mi padre y a mi madre. Sus vidas sucumbieron en una terrible catástrofe, que está grabada dolorosamente en mi memoria.

He aquí cómo se produjo.

CAPÍTULO III

Por aquel entonces todo Petersburgo se conmovió súbitamente ante una gran noticia: se anunciaba la llegada del célebre S... Cuantos pertenecían al mundo musical de Petersburgo se pusieron en movimiento. Cantantes, actores, poetas, pintores y aun aquellos que no lo eran y afirmaban con un modesto orgullo no entender la música, obtenían sus localidades. El salón, no podía contener la décima parte de los entusiastas con posibilidad de pagar la entrada, que costaba veinticinco rublos. La reputación europea de S..., su gloria coronada de laureles, la flexibilidad inalterable de su talento y los rumores que corrían de que ya solo de cuando en cuando tomaría el arco para presentarse en público, producían su efecto. En una palabra, la impresión era general y profunda.

Ya he dicho en otro lugar que la llegada de todo nuevo violinista, de toda celebridad, causaba en mi padrastro la impresión más desagradable. Siempre se apresuraba a escuchar al artista para formar su juicio acerca del talento del individuo. Le ocurría con frecuencia ponerse enfermo al escuchar las alabanzas que se dirigían al recién llegado, y no se tranquilizaba hasta descubrir los defectos del violinista y exponer con una ironía amarga su opinión en todas partes donde le fuese posible. ¡Pobre loco! No reconocía en el mundo sino un único talento, un solo artista, y naturalmente, este artista era él...

El revuelo habido a propósito de la llegada de S..., genio musical, surtió en mi padre un efecto fulminante. He de hacer observar que, durante los diez años últimos, no había llegado a Petersburgo ningún artista notable, ni siquiera muy inferior a S..., por lo cual mi padre no tenía idea alguna de los artistas europeos de primer orden. Me han referido que cuando se difundió la noticia de la llegada de S... vise a aquel presentarse de nuevo en los pasillos del teatro. Me han dicho también que estaba muy emocionado, informándose con inquietud acerca de S... y de su futuro concierto.

Desde hacía mucho tiempo no se le había vuelto a ver en los corredores, y por eso su aparición produjo mayor extrañeza. Alguien, por excitarle, le dijo, empleando un tono provocativo:

—Mi querido Egor Petrovitch, lo que va usted a escuchar mañana no es música de baile, sino una música que, después de haberla oído, no le dejará vivir.

Afirman que palideció al escuchar esta broma. Respondió, no obstante, sonriendo nerviosamente:

—Veremos. Las campanas suenan mucho detrás de las montañas. Creo que a S... no se le ha oído más que en París. Los franceses, pues, son los que han formado su reputación, y ya sabemos lo que son los franceses...

Todos los presentes estallaron en una carcajada. El desdichado se consideró ofendido; pero, conteniéndose, añadió que él no decía nada, que ya se vería, que al

día siguiente llegaría S..., y que bien pronto se descubrirían todos los milagros.

B... me ha referido que aquel mismo día, antes de anochecer, encontró al Príncipe X..., diletante muy conocido, que amaba y comprendía profundamente el arte. Caminaban juntos y hablaban del artista recién llegado, cuando de pronto, al volver una esquina, B... distinguió a mi padre parado delante del escaparate de un almacén, donde examinaba con atención un programa, en el cual, con gruesos caracteres, se anunciaba el concierto de S...

—¿Ve usted a ese hombre? —preguntó B..., señalando a mi padre.

—¿Quién es? —interrogó el Príncipe.

—Ha oído usted aludir a él. Es Efimov, de quien le he hablado varias veces, y a quien usted mismo ha concedido en distintas ocasiones su protección.

—¡Ah!, es curioso —exclamó el Príncipe—. Me ha hablado usted mucho de él. Dicen que es muy divertido... Quisiera oírle tocar...

—No vale la pena —contestó B...—; da lástima... No sé qué efecto le produciría a usted; a mí me destroza el corazón. Su vida es una tragedia lamentable, horrible... Conozco a fondo a ese hombre, y aunque ha caído muy bajo, no ha muerto en mí toda la simpatía hacia él. Dice usted, Príncipe, que debe de ser muy divertido... Cierto; pero causa una impresión hartamente dolorosa... En primer lugar, está loco; además, ese loco es un criminal, pues sin contar la suya propia, ha malogrado dos existencias: la de su mujer y la de su hija. Le conozco. Si tuviera conciencia de su crimen, moriría; lo más horroroso consiste en que hace ocho años se ha dado cuenta de su crimen, y desde entonces lucha con su conciencia por no confesarlo.

—¿Decía usted que es pobre? —inquirió el Príncipe.

—Sí; pero la miseria constituye casi una felicidad para él, pues le sirve de pretexto. Ahora puede asegurar a todo el mundo que solo la miseria le impide triunfar; que si fuese rico, tendría tiempo, se ahorraría muchos cuidados, y al fin se vería qué clase de artista es. Se casó con la extraña esperanza de que los mil rublos que poseía su mujer le permitirían reponerse. Obró entonces como un poeta, y toda su vida la ha pasado siempre así. ¿Sabe usted lo que no cesa de decir hace ocho años?... Afirma que su mujer es la causa de todas sus desgracias, que ella le detiene en todo... No hace nada, no quiere trabajar, y si se le apartara de su mujer sería la criatura más miserable del mundo.

Hace ya varios años que no ha tocado el violín. ¿Sabe usted por qué?... Porque siempre que toma el arco en su mano, se ve obligado a confesar en su fuero interno que no es un artista. Pero cuando abandona el arco conserva, al menos, la lejana ilusión de que no es certero su juicio. Se trata de un soñador. Cree que de pronto, en virtud de un milagro, se convertirá en el hombre más célebre del mundo. Su lema es: «O César, o nada»... Como si se pudiera triunfar de cualquier modo en un momento dado... Tiene sed de gloria. Y cuando un sentimiento semejante se convierte en el

móvil principal y único de un artista, este artista deja de serlo, pues ha perdido el principal instinto artístico, que es el del amor al arte por el arte, y no por la gloria o por otra cosa cualquiera. Así, cuando S... coge el arco, no existe ya nada en el mundo para él más que la música. Después del arte, lo que tiene más importancia para él es el dinero, y solo en tercer lugar está la gloria. Pero se cuida muy poco de ella ¿Sabe lo que preocupa ahora a ese desdichado? —añadió B..., señalando a Efimov—. Lo más estúpido, lo más miserable, lo más ridículo del mundo: saber si él es superior a S... o si S... es superior a él. Nada más, aunque en el fondo está completamente convencido de que él es el músico más grande del universo... Le aseguro a usted que si se le dice que no es un artista, se muere al punto, como herido por un rayo... Es, en efecto, algo terrible separarse de la idea fija a la cual se ha sacrificado toda la vida, y cuyo fundamento, por lo mismo, es serio y profundo... Al principio su vocación era realmente sincera...

—Sería curioso saber qué será lo que sienta cuando oiga tocar a S... —observó el Príncipe.

—Sí —asintió B..., pensativo—. Pero no se sabrá; se rehará inmediatamente. Su locura es más fuerte que la verdad, y al punto inventará cualquier argucia que le permita ocultar su opinión...

—¿Usted cree?...

En aquel instante, se encontraban junto a mi padre. Este pretendió hacerse el distraído; pero B... le detuvo. Mi padre dijo con indiferencia que no sabía nada de aquel acontecimiento, que estaba ocupado por un asunto mucho más interesante que todos los conciertos y todos los virtuosos extranjeros, que ya vería, por otra parte, y que, si disponía de algún tiempo, tal vez fuese a escuchar a S... Luego, en actitud inquieta, miró alternativamente a B... y al Príncipe, y, esbozando una sonrisa forzada, se echó mano al sombrero, hizo un leve movimiento de cabeza y abandonó a sus interlocutores, pretextando que tenía prisa.

Pero yo, desde la víspera, conocía las preocupaciones de mi padre. No sabía precisamente qué era lo que le atormentaba; pero veía que tenía una inquietud mortal. Mamá misma lo notó. En aquella época estaba muy enferma, y apenas podía mover las piernas. Mi padre, a cada instante, salía de casa y volvía a entrar. Por la mañana, tres o cuatro compañeros, antiguos colegas, fueron a verle, lo cual me extrañó mucho, pues a excepción de Carlos Feodorovich, no veía nunca a nadie digámoslo así, entre nosotros; todo el mundo había dejado de ir a vernos cuando mi padre abandonó en definitiva el teatro. Carlos Feodorovich llegó el último, todo sofocado. Llevaba el programa. Todo aquello me inquietaba, como si yo fuese la culpable de toda la turbación, de toda la angustia que leía en el semblante de mi padre. Hubiera querido enterarme de lo que hablaban, y por primera vez oí pronunciar el nombre de S... Oí decir después que se necesitaban, por lo menos, quince rublos para poder escuchar a

S... Recuerdo también que mi padre, sin poder contenerse, hacía grandes movimientos con la mano y aseguraba que conocía a las maravillas de ultramar, a genios extraordinarios, y también a S...; que eran todos unos judíos que venían a llevarse el dinero ruso, porque los rusos creen siempre en todas las necedades, sobre todo cuando proceden de los franceses. Comprendía ya lo que significaba la frase: «No tiene talento». Oía reír a los visitantes. Bien pronto se fueron todos, dejando a mi padre de muy mal humor. Me di cuenta de que se hallaba enojado, por cualquier motivo, contra aquel S..., y para distraerle, me acerqué a la mesa, cogí el programa y empecé a leer en voz alta el nombre aquel. Luego, riendo y mirando a mi padre, que permanecía sentado en una silla, pensativo, concluí:

—Probablemente, será un artista como Carlos Feodorovich. Tampoco triunfará.

Mi padre se estremeció, y como si tuviera miedo, me arrebató el programa de la mano, dio un grito, golpeó con el pie en el suelo, tomó su sombrero y se dispuso a salir de la habitación. Pero se volvió en seguida y me llamó a la puerta. Allí me besó; luego, con una especie de inquietud, con una especie de temor disimulado, comenzó a decirme que yo era una niña inteligente y buena que, de seguro, no querría entristecerle, y que esperaba de mí un gran favor; pero no me dijo cuál. Además, me costaba trabajo escucharle. Veía que sus palabras y sus caricias no eran desinteresadas, y todo aquello me trastornaba. Comencé a sentirme terriblemente inquieta por su causa...

Al día siguiente, que era la víspera del concierto, durante la comida, mi padre pareció completamente consternado. Había cambiado mucho, y a cada instante miraba a mamá. Por último, quedé asombrada cuando se puso a hablar con ella. Me quedé asombrada, porque no le hablaba casi nunca.

Después de comer, empezó a alabarme particularmente. A cada instante, con distintos pretextos, me llamaba hacia la puerta de la escalera y miraba mucho alrededor, como si temiera ser cogido en falta; me acariciaba la cabeza, me besaba y me decía al mismo tiempo que yo era una niña buena y obediente que, sin duda, amaba a mi padre, y que con seguridad haría cuanto él me dijese. Todo aquello me causaba una angustia espantosa. Por fin, cuando por décima vez me llamó, quedé explicado todo. En una actitud dolorosa, mirando con inquietud a todas partes, me preguntó si yo sabía dónde había guardado mamá los veinticinco rublos que trajo la víspera por la mañana. Ante aquella pregunta, enloquecí de terror. En aquel momento se oyó ruido en la escalera, y mi padre, asustado, me abandonó y se fue.

No volvió hasta la noche, confuso, triste y preocupado. Se sentó silenciosamente en la silla y empezó a mirarme con una especie de júbilo. Yo estaba temerosa y me esforzaba en evitar sus miradas.

Por fin, mamá, que se había quedado todo el día en la cama, me llamó, me dio dinero, y me mandó que fuese a comprar té y azúcar. Tomábamos té muy de tarde en

tarde; mamá no se permitía ese verdadero lujo, dada la escasez de nuestros medios, sino cuando se sentía enferma y febril.

Recogí el dinero y salí. Tan pronto como llegué a la puerta, eché a correr como si temiera que fueran a alcanzarme. Pero sucedió lo que yo me temía. Mi padre se reunió conmigo cuando ya me hallaba en la calle, y me hizo volver a la escalera.

—Niétochka —dijo con voz temblorosa—, querida mía, escucha: dame ese dinero, y mañana...

—¡Padre, padrecito! —exclamé suplicante, poniéndome de rodillas—. No puedo, es imposible: mamá necesita té. No se debe disponer del dinero de mamá; es imposible. Otra vez será...

—Entonces, ¿no quieres?... ¿No quieres? —murmuré, delirante—. Entonces, ¿tú no me amas?... Está bien. Ahora te repudio. Quédate con tu madre. Yo me iré y no te llevaré conmigo; ¿oyes, mala hija?... ¿Oyes?

—¡Padrecito! —grité, llena de horror—. ¿Qué voy a hacer ahora? —me pregunté, retorciéndome las manos y agarrándole de la americana—. Mamá llorará. Mamá me reñirá mucho.

Parecía no haber esperado semejante resistencia. Sin embargo, tomó el dinero. Por fin, no sintiéndose con fuerzas para escuchar mis súplicas y mis sollozos, me dejó en la escalera y bajó corriendo.

Yo subí a casa; pero ya en la puerta de nuestro cuarto, me abandonaron las fuerzas. No me atreví a entrar; no podía entrar. Todo mi corazón se alteraba y trastornaba. Con el rostro hundido en las manos, me senté junto a la ventana, como el día en que oí expresar a mi padre su deseo de que mamá muriera...

Me hallaba sumida en una especie de inconsciencia, y temblaba al escuchar el menor ruido en la escalera. Por fin oí que subían apresuradamente. Era él. Conocí sus pasos.

—¿Estás aquí? —murmuró.

Me dirigí hacia él.

—Toma —dijo, poniéndome el dinero en la mano—. Tómalo. Ahora no soy ya tu padre. Amas a tu madre más que a mí. Pues vete a casa de tu madre. No quiero ya conocerte.

Al decir estas palabras me rechazó y descendió de nuevo le escalera apresuradamente.

Llorando con desconsuelo, eché a correr detrás de él.

—¡Padre, padrecito, yo te obedeceré! —voceaba—. ¡Te quiero más que a mamá! Toma el dinero. ¡Tómallo!

Pero no oyó, y desapareció de mi vista...

Durante toda la noche me creí próxima a la muerte, temblando de fiebre. Recuerdo que mamá me habló, me llamó para que fuese a su lado. Pero yo no la oía

ni veía nada. Por fin se produjo la crisis. Empecé a gritar y a llorar. Mamá, horrorizada, no sabía qué hacer. Me llevó a su cama, y no recuerdo ya cómo me dormí, rodeando su cuello con mis brazos y temblando de miedo a cada instante. Pasó la noche. Por la mañana me desperté tarde. Mamá no estaba ya en la casa. Era el momento en que se encontraba siempre fuera para ir a su trabajo. Mi padre estaba allí con un extraño, y los dos hablaban en voz alta. Yo esperaba con impaciencia a que saliera el visitante, y cuando me encontré sola con mi padre me arrojé en sus brazos sollozando, y hube de suplicarle que me perdonara mi conducta del día anterior.

—¿Vas a ser una niña buena como antes? —me preguntó severamente.

—Sí, padrecito —le respondí—. Te diré dónde guarda mamá el dinero. Ayer estaba en una cajita...

—¿Dónde? —indagó, animándose de súbito y levantándose de la silla—. ¿Dónde está?

—Está guardado, padrecito —indiqué—. Espera hasta la noche, cuando mamá vaya a cambiar, pues el dinero suelto se ha gastado ya todo.

—Necesito quince rublos, Niétochka, ¿comprendes?... Proporcionámelos hoy, y mañana te lo devolveré todo... Y luego iré a comprarte pasteles y nueces... Te compraré también una muñeca mañana mismo... Y todos los días te haré regalos, si eres buena...

—No, padre; no es menester. No quiero pasteles. No los comeré. ¡Te los devolvería! —protesté, sollozando, pues una terrible angustia me oprimía el corazón.

Comprendí en aquel momento que mi padre no me tenía lástima, que no me quería, puesto que no veía cómo le amaba yo y suponía que obraría por efecto de los regalos... En aquel instante, yo, que era una niña, lo comprendía todo maravillosamente, y presentía que en adelante no podría quererle como hasta entonces... Él estaba entusiasmado a causa de mis promesas. Veía que yo estaba dispuesta a todo por él, que todo lo haría por él, y Dios sabía cuántas cosas significaba aquel todo para mí... Veía cuánto representaba aquel dinero para mi pobre mamá. Sabía que podía caer enferma de contrariedad si lo perdía, y el remordimiento nacía en mí. Pero él no advertía nada. Me consideraba como a una niña de tres años, cuando ya me daba cuenta de todo. Su entusiasmo no tenía límites. Me abrazaba, me suplicaba que no llorase, me prometía que aquel mismo día nos iríamos los dos a cualquier parte sin mamá, halagando así mi persistente capricho. Por último, sacó de su bolsillo un programa y llegó a decirme que aquel hombre, al que iba a oír aquel día, era su peor enemigo, su enemigo mortal, aunque sus enemigos no triunfarían. Parecía él mismo un niño al hablarme de sus enemigos. Habiendo observado que yo no sonreía, como tenía por costumbre cuando me hablaba, y que le escuchaba en silencio, cogió su sombrero y salió de prisa, como si estuvieran aguardándole. Al marcharse me besó una vez más y me hizo un signo de cabeza acompañado de una

sonrisa, cual si no se hallara seguro de mí y me exhortase a que no reflexionara.

Ya he dicho que estaba como loco desde la víspera. Necesitaba dinero con el fin de comprar una localidad para el concierto que debía decidir su suerte. Parecía presentir que aquel concierto lo zanjaría todo; pero estaba tan trastornado, que el día anterior quiso quitarme una moneda de cobre, como si con aquel dinero pudiera procurarse una localidad.

Sus extravagancias se manifestaron más aún durante la comida. No podía literalmente estarse quieto y no tocaba ningún plato. A cada instante se levantaba de la mesa y luego volvía a sentarse, como si cambiara de resolución. Unas veces cogía su sombrero cual si tuviera que ir a alguna parte; luego, de pronto, se quedaba medio distraído, murmuraba entre dientes palabras ininteligibles o de pronto me miraba, guiñando los ojos, y me hacía señas como si le corriese prisa recibir el dinero cuanto antes y como si se mostrara enojado porque aún no lo había cogido. Mamá misma notó sus excentricidades y le miró con extrañeza. Yo me sentía inquieta, como un condenado a muerte.

Cuando terminó la comida, fui a ocultarme en un rincón, y temblando de fiebre, contaba los minutos hasta que llegara la hora en que mamá tenía por costumbre enviarme a hacer compras. En mi vida he pasado tan penosos instantes como aquellos, que están grabados para siempre en mi memoria. Cuánto padecí durante aquellas horas hay momentos en que la conciencia vive más que durante años enteros. Él mismo avivó mis buenos instintos cuando, asustado por haberme impelido al mal, me dijo la primera vez que obraba vergonzosamente. ¿No podría, pues, comprender que es difícil engañar a una naturaleza ávida de impresiones y que ya siente y concibe lo que son el bien y el mal? Suponía que solo una terrible necesidad le había podido obligar a impulsarme al vicio por segunda vez y a sacrificar así a una pobre niña indefensa, exponiéndola de nuevo a que se pervirtiera su conciencia inestable.

Entonces, oculta en un rincón, me preguntaba yo:

—¿Por qué me prometió recompensas, si me hallaba en absoluto decidida a obrar voluntariamente?

Nuevas sensaciones, nuevas aspiraciones, nuevas preguntas surgían en mí y me atormentaban. Después, de repente, hube de pensar en mamá. Me representaba su dolor ante la pérdida de su último dinero, fruto de su trabajo.

Por fin, mamá, una vez terminada la tarea que tanto trabajo le costaba hacer, me llamó. Yo me estremecí y me acerqué a ella. Sacó dinero de la cómoda y me lo entregó, diciendo:

—Toma, Niétotchka; pero, por Dios, cuida de que no te lo roben, como la otra vez, ni pierdas nada...

Miré a mi padre en actitud suplicante; pero él movió la cabeza, y me sonrió con

aire de aprobación, frotándose las manos con impaciencia.

El reloj dio las seis. El concierto empezaba a las siete. También él debía de sufrir mucho a consecuencia de aquella espera.

Me detuve en la escalera para aguardarle. Se hallaba tan conmovido y tan impaciente que, sin precaución alguna, salió detrás de mí. Le entregué el dinero. La escalera estaba oscura y no pude ver su rostro; pero noté cómo temblaba al tomar el dinero. Casi perdí el conocimiento y no me movía. Al cabo me rehíce cuando pretendió que subiera por su sombrero.

No quería volver a casa.

—Padre, ¿no subirás conmigo? —pregunté con voz entrecortada, constituyendo mi última esperanza que él me defendiese.

—No... Ve tú sola... ¡Espera, espera!... —exclamó—. Pronto te haré un regalo... Sube antes y tráeme aquí mi sombrero.

Fue como si una mano helada me oprimiera el corazón. Exhalé un grito y subí corriendo. Cuando entré en el cuarto estaba pálida como una muerta, y si hubiese pretendido decir que me habían quitado el dinero, mamá no lo habría creído. Pero era incapaz de pronunciar una sola palabra. En el paroxismo de mi desesperación me eché sobre la cama de mamá y oculté el rostro entre las manos. Un minuto después, la puerta rechinó suavemente.

Entró mi padre. Volvía a buscar su sombrero.

—¿Dónde está el dinero? —exclamó de pronto mamá, adivinando que algo extraordinario acababa de pasar—. ¿Dónde está el dinero?... Habla, habla pronto...

Me separó de la cama y me trajo en medio de la habitación.

Yo callaba, con los ojos bajos. Apenas me daba cuenta de lo que me ocurría y de lo que habían hecho conmigo.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó de nuevo mi madre, soltándome y volviéndose bruscamente hacia mi padre, que cogía su sombrero—. ¿Dónde está el dinero? —repitió—. ¡Ah!... Te lo ha dado a ti... ¡Bribón, asesino!... ¿Conque quieres perder a esta niña? ¡No, no te irás como si tal cosa!...

Súbitamente, se abalanzó hacia la puerta, la cerró y se echó la llave en el bolsillo.

—¡Habla! Confiésalo —me dijo con voz turbada por la emoción—. Confiésalo ¡Habla; habla pronto, o!... ¡No sé lo que te haría!

Me había cogido de la mano y me la retorcía al interrogarme.

Por un momento, me propuse callarme, no decir una palabra acerca de papá; pero, tímidamente, por última vez, levanté los ojos hacia él. Una mirada suya, una frase, algo que esperaba, que imploraba, y me hubiese considerado dichosa, a pesar de los sufrimientos, de todas las torturas... Pero ¡Dios mío!... Con un gesto frío y amenazador me ordenó que callara, como si en aquel momento pudiera atemorizarme ante otra amenaza. Se oprimió mi garganta, mi respiración se detuvo, mis piernas se

doblaron...

Perdí el conocimiento y caí al suelo.

Mi ataque nervioso de la víspera se reproducía.

Volví en mi cuando llamaron de improviso a la puerta de nuestro aposento. Mamá fue a abrir y distinguí a un hombre de librea que, al entrar en la estancia, paseó una mirada de asombro por todos nosotros y preguntó por el músico Efimov. Mi padre se adelantó. El criado le tendió un sobre, diciendo que iba de parte de B..., quien, en aquel momento, se encontraba en casa del príncipe. El sobre contenía una entrada para el concierto.

La aparición del criado, vestido con lujosa librea, que pronunciaba el nombre de su amo el príncipe, el cual le enviaba expresamente a casa del pobre músico Efimov, produjo por un momento una gran impresión en mamá. Ya he dicho al comienzo de mi relato, al hablar de su carácter, que la pobre mujer amaba mucho a mi padre. Y entonces, a pesar de los ocho años de angustia y sufrimientos continuos, su corazón no había cambiado. ¿Podía amarle aún?... ¡Quién sabe!... Acaso entreviera en un relámpago cierto cambio de su suerte... La sombra misma de una esperanza podía obrar sobre ella... ¡Quién sabe!... Acaso ella también se hallaba contaminada por la confianza inquebrantable de su loco esposo... Era imposible, en verdad, que esta confianza no ejerciese alguna influencia sobre ella, débil mujer... Y en un instante podía hacer mil suposiciones acerca de la intención del príncipe... En aquel momento estaba dispuesta de nuevo a volverse hacia su marido, a perdonárselo todo, incluso su último crimen —la corrupción de su única hija—, y en un acceso de entusiasmo y esperanza, a ver en aquel crimen una simple falta, una falta de carácter debida a su miseria, a su vida repugnante, a su situación desesperada... Estaba totalmente entusiasmada, y ahora se mostraba dispuesta al perdón y a la piedad infinita para su desdichado esposo. Mi padre comenzaba a agitarse. Él también se sentía conmovido por la atención del príncipe y de B... Cambió algunas palabras en voz baja con mamá y salió. Dos minutos más tarde, mi madre volvió, tras de haber ido a cambiar el dinero, y entregó un rublo al criado, que desapareció saludando muy cortésmente. Luego, mamá, que había salido otra vez un instante, volvió con una plancha, sacó la mejor camisa de su marido y empezó a plancharla. Le puso una corbata blanca que tenía guardada, por casualidad, en el armario, así como también el traje negro —muy usado, por cierto— que se había hecho al ingresar en la orquesta del teatro. Cuando terminó de arreglarse, mi padre cogió su sombrero, y antes de salir, pidió un vaso de agua. Estaba pálido y fatigado y se sentó en una silla. Yo fui la que le dio el agua. Acaso un sentimiento hostil se apoderó de nuevo del corazón de mamá y paralizó su primer movimiento.

Mi padre salió. Nosotras nos quedamos solas. Yo me oculté en un rincón, y durante mucho tiempo permanecí en silencio, contemplando a mamá. Nunca la había

visto tan emocionada. Temblaban sus labios, sus pálidas mejillas se coloreaban de pronto por momentos, todos sus miembros se estremecían... Por fin, su angustia terminó deshaciéndose en lamentaciones, murmullos y sollozos...

—Sí; soy yo; yo soy culpable de todo... ¡Desgraciada! —decía—. ¿Qué será de ella?... ¿Qué será de ella cuando yo muera?

Se detuvo en medio de la habitación, como herida por un rayo ante aquella sombría idea.

—Niétochka, hija mía, ¡pobrecita, desdichada niña! —exclamó, cogiéndome de las manos y besándome—. ¿Qué será de ti cuando yo no pueda educarte ni cuidarte? ... Ahí... No me comprendes... ¿Comprendes?... ¿Te acordarás de lo que te digo ahora?... Niétochka, ¿te acordarás?...

—Sí, sí, mamá —asentí, cruzando las manos.

Durante mucho tiempo me retuvo fuertemente estrechada en sus brazos, como si sintiera miedo ante la idea de separarse de mí. Se me desgarraba el corazón.

—¡Madrecita, mamá! —murmuré sollozando—. ¿Por qué... por qué no quieres a papá?...

Los sollozos me impidieron continuar hablando... Un grito se escapó de su pecho. Después, terriblemente angustiada, comenzó de nuevo a pasearse por la estancia.

—¡Pobre, pobrecita mía!... Ni siquiera me había dado cuenta de que crecía... ¡Lo sabe, lo sabe todo! ¡Dios mío!... ¡Qué impresión!... ¡Qué ejemplo!...

Y tornaba a retorcerse las manos desesperadamente... Después se acercó a mí y me abrazó con pasión... Me besaba las manos, las mojaba con sus lágrimas y me suplicaba que la perdonara... Nunca he presenciado un sufrimiento semejante... Pareció tranquilizarse. Transcurrió así una hora. Luego se levantó fatigada, destrozada, y me dijo que fuese a acostarme. Me trasladé a mi rincón y me envolví en la manta, sin poder dormirme. La idea de ella y de mi padre me atormentaba. Impaciente, esperaba que mi madre viniese hacia mí.

Ante el recuerdo de lo que había pasado, me invadía el terror.

Media hora después, mi madre cogió la vela y se acercó a mí para ver si dormía. Por tranquilizarla, cerré los ojos y fingí dormir. Luego, de puntillas, mi madre fue hacia el armario, lo abrió y llenó un vaso de vino. Se lo bebió y se acostó, dejando la vela encendida encima de la mesa y la puerta abierta, como hacía siempre, cuando mi padre iba a volver tarde. Yo permanecía acostada y en un estado casi de inconsciencia; mas no dormía. Apenas cerraba los ojos, me asaltaban terribles visiones. Mi angustia aumentaba cada vez más. Quería gritar, aunque mi voz se ahogaba en la garganta. Era ya muy tarde, cuando vi que se abría la puerta. No sé cuánto tiempo transcurrió; pero cuando abrí los ojos por completo, vi a mi padre. Estaba sentado en una silla, junto a la puerta, y parecía reflexionar. Un silencio de

muerte reinaba en la habitación. La vela, casi consumida, iluminaba tristemente nuestro aposento.

Estuve mirando durante largo rato, y mi padre no se movía de su sitio. Continuaba sentado, inmóvil, con la cabeza baja y las manos apoyadas sobre las rodillas.

Varias veces quise llamarle, sin que los sonidos salieran de mi garganta. Por fin, de pronto, se movió, irguió la cabeza y se levantó de la silla. Continuó de pie en medio de la pieza, durante algunos minutos, como si meditase antes de tomar una decisión. Luego, resueltamente, se acercó a la cama de mamá y estuvo escuchando. Después, convencido de que dormía, se dirigió hacia el cofre donde guardaba el violín. Abrió el cofre, sacó la caja negra que encerraba el violín y la colocó sobre la mesa. Miró de nuevo alrededor. Su mirada era turbia y vaga. Yo no había visto nunca en él una mirada semejante...

Cogió el violín y lo volvió a dejar inmediatamente. Fue a cerrar la puerta. Luego, habiendo observado que el armario estaba abierto, se aproximó despacio, vio el vaso y la botella, se echó vino y bebió. Entonces, por tercera vez, cogió el violín; pero volvió a dejarlo y se acercó al lecho de mamá. Temblando de miedo, esperé.

Escuchó durante algún tiempo. Luego, rápidamente, apartó la manta que ocultaba el rostro de mi madre y comenzó a palpar con la mano. Me estremecí. Se inclinó, una vez más y casi apoyó su cabeza en la cara de mamá. Cuando se irguió por última vez, una especie de sonrisa pasó por su semblante extraordinariamente pálido. Volvió a colocar suave y cuidadosamente la manta del lecho sobre mamá, envolviéndole la cabeza y las piernas... Comencé a temblar, presa de un terror incomprensible. Temía por mamá, temía por su sueño profundo y con inquietud contemplaba la línea inmóvil que dibujaba su cuerpo bajo la manta. Una terrible idea atravesó mi espíritu como un rayo.

Terminados todos aquellos preparativos, mi padre se dirigió aún hacia el armario y se bebió el resto del vino. Temblaba todo su cuerpo al acercarse a la mesa. Se hallaba tan pálido, que me parecía desconocido. Cogió de nuevo su violín. Yo había visto antes aquel violín y sabía lo que era; pero entonces esperaba algo terrible, asombroso, maravilloso, y me estremecí al escuchar las primeras notas. Mi padre comenzaba a tocar. Pero las notas se precipitaban. A cada instante se detenía él, como si tratara de recordar algo. Por último, adoptando una actitud desgarradora y dolorosa, dejó su arco y miró hacia el lecho de una manera extraña. Algo había allí que no cesaba de inquietarle. Se aproximó de nuevo al lecho... Yo no perdía uno solo de aquellos movimientos, y presa de un sentimiento atroz, los seguía con la mirada.

De pronto, presurosas, sus manos empezaron a buscar algo, y nuevamente la idea terrible me traspasó como un rayo. Me pregunté: «¿Por qué duerme tanto mamá? ¿Por qué no se despierta cuando él le toca el rostro?». Por último vi que recogía todo

lo que encontraba en el ropero. Cogió el mantón de mamá, su chaqueta vieja, su bata de casa y hasta el vestido que yo me había quitado al acostarme, y puso todo aquello encima de mamá, envolviéndola así casi por completo en un montón de ropa. Ella continuaba quieta, sin mover una sola parte de su cuerpo. Dormía con un sueño profundo...

Cuando hubo terminado su trabajo, respiró él más libremente; nada le estorbaba ya. No obstante, algo le inquietaba aún. Quitó la bujía y se volvió hacia la puerta a fin de no ver siquiera el lecho. Entonces cogió el violín y con un gesto desesperado blandió el arco.

Comenzó la música. Pero aquello no era música... Lo recuerdo todo con una claridad particular. Recuerdo cuanto en aquel instante embargó mi atención... No; aquello no era música, tal y como he tenido ocasión de oírla más tarde. Aquel sonido no era el de un violín; diríase que era el de una voz terrible que aullaba en nuestro sombrío aposento...

No sé si por obra de mis sentidos o de sentimientos enfermizos y anormales que se conmovían ante los hechos de que eran testigos; pero estoy firmemente convencida de que oía gemidos, gritos humanos y sollozos. Una terrible desesperación brotaba de aquellos sonidos, y cuando, por fin, estalló el horrible acorde final, me pareció que se unía en un solo conjunto cuánto hay de más espantoso en los sufrimientos: la angustia y la agonía.

No podía más. Temblaba. Las lágrimas se escapaban de mis ojos, y con un grito loco, desesperado, me lancé hacia mi padre y lo estreché entre mis brazos. Él exhaló un grito y abandonó el violín.

Durante un momento se le creería desorientado. Al cabo, sus ojos se dirigieron hacia todas partes. Parecía buscar algo. De pronto, cogió el violín y lo agitó sobre mi cabeza... Un instante más, y tal vez me habría matado.

—¡Padre! ¡Padrecito! —exclamé.

Al oír mi voz empezó a temblar como una hoja y retrocedió dos pasos.

—¡Ah, ahí! ¡Todavía estás ahí! ¿Entonces no ha terminado todo?... Entonces te has quedado conmigo... —notó, alzándose por los hombros.

—¡Padre! —exclamé de nuevo—. No me horrorices, te lo suplico. ¡Tengo miedo! ¡Ahí!...

Me deshice, en lágrimas. Me dejó suavemente sobre el suelo, y durante un momento me contempló en silencio, como si tratara de reconocerme y de recordar algo. Por último, de pronto, pareció trastornado, como herido por un pensamiento terrible. Las lágrimas brotaron de sus ojos extraviados. Se inclinó hacia mí y comenzó a contemplar con atención mi cara.

—Padrecito —le dije, temblando de miedo—, no me mires así. Vámonos de aquí cuanto antes. ¡Vámonos, vámonos!...

—Sí, sí; vámonos. Todavía es tiempo. ¡Vámonos, Niétochka; pronto, pronto!...

Y tornó a agitarse, como si comprendiera entonces lo que debía hacer. Miraba rápidamente alrededor, y descubriendo sobre el pavimento el mantoncillo de mamá, le recogió y se lo guardó en el bolsillo. Después vio un gorro, que recogió y ocultó también, como si se preparara a hacer un largo viaje y quisiera llevarse todo lo que pudiese necesitar. En un abrir y cerrar de ojos, me puse el vestido, y yo también, presurosa, empecé a apoderarme de cuanto consideraba necesario para el viaje.

—¿Está todo? —preguntó mi padre—. ¿Todo está dispuesto?... ¡Pronto, pronto!

...

De prisa hice un lío, me eché un pañuelo a la cabeza, y ya íbamos a salir, cuando me acordé de pronto de que debíamos llevarnos también el cuadro clavado en la pared. Mi padre fue de la misma opinión. Entonces se mostraba amable, hablaba en voz baja y se limitaba a apremiarme. El cuadro estaba muy alto. Entre los dos acercamos una silla, sobre la cual colocamos una banqueta, y por fin, tras de grandes esfuerzos, descolgamos el cuadro. Todo estaba dispuesto ya para nuestro viaje. Me tomó de la mano, y ya íbamos a salir, cuando, bruscamente, mi padre se detuvo. Durante algún tiempo se estuvo pasando la mano por la frente, como para reflexionar acerca de lo que debíamos hacer. A la postre, pareció haber encontrado lo que buscaba. Tomó las llaves que había bajo la almohada de mamá, y en seguida se dedicó a buscar algo en la cómoda. Luego volvió junto a mí, y me entregó algún dinero suelto que había encontrado en el cajón.

—Toma, toma esto, y guárdalo bien —murmuró—. No lo pierdas; ten cuidado.

Primero me puso el dinero en la mano; luego lo deslizó en mi corpiño. Recuerdo que me estremecí cuando aquel dinero tocó mi cuerpo, y creo que solo a partir de tal momento, comprendí lo que aquel dinero significaba...

Estábamos ya dispuestos; pero de pronto mi padre me detuvo aún.

—Niétochka —me dijo, como si hiciera un esfuerzo por concentrar sus ideas—, hija mía, he olvidado... ¿Qué?... ¿Qué más?... No me acuerdo... Sí, sí; ya sé... Ven acá, Niétochka...

Me condujo al rincón donde estaba el icono y me hizo ponerme de rodillas.

—Reza, reza, hija mía... Será mejor... Sí; verdaderamente, será mejor —repuso, señalando a la santa imagen y mirándome de un modo extraño—. Reza, reza... —añadió con voz suplicante.

Me arrodillé, crucé las manos, y llena de espanto y desesperación, me incliné sobre el suelo. Permanecí así durante algunos minutos como muerta. Orienté todas mis ideas y todos mis sentimientos hacia la oración; pero el miedo la interrumpía... Me levanté torturada por la angustia. No quería ya seguirle. Le tenía miedo. Quería quedarme. A la postre, se escapó de mi pecho lo que me atormentaba.

—Padre —dije, deshaciéndome en lágrimas—. ¿Y mamá? ¿Qué hace mamá?

¿Dónde está? ¿Dónde está mamá?

No pude pronunciar una palabra más, y me anegué en llanto. Él, también con las lágrimas en los ojos, me miraba. Por fin me cogió la mano, me condujo junto al lecho, quitó el montón de ropa y separó la manta. ¡Dios mío! Estaba muerta, ya fría y amoratada... Casi sin conocimiento, me arrojé sobre el cadáver de mi madre y la abracé.

Mi padre me hizo ponerme de rodillas.

—Salúdala, hija mía; dile adiós —recomendó.

Me incliné. Mi padre salió conmigo. Estaba horriblemente pálido. Sus labios se movían y pronunciaban algunas palabras.

—No he sido yo, Niétochka; no he sido yo —me previno, señalando al cadáver con mano temblorosa—. ¿Oyes? No he sido yo. Yo no soy culpable de esto. Acuérdate, Niétochka.

—Papá, vamos... Aún es hora —murmuré, llena de miedo.

—Sí; hace mucho tiempo que convenía partir.

Y cogiéndome del brazo, anduvo resueltamente hacia la puerta.

—¡Ea! Ahora en marcha Gracias a Dios, todo ha terminado.

Bajamos la escalera. El portero, medio dormido, nos abrió la puerta de la calle y nos lanzó una mirada sospechosa. Mi padre, como si temiese alguna pregunta suya, salió el primero, casi corriendo, de suerte que me costó trabajo alcanzarle. Atravesamos nuestra calle y salimos al malecón del canal. Durante la noche había nevado y aún nevaba a grandes copos. Hacía frío. Estaba transida hasta los huesos. Corría detrás de mi padre colgada al faldón de su chaqueta. Él llevaba su violín debajo del brazo y a cada instante se detenía para asegurar bien la caja.

Caminamos así durante cerca de un cuarto de hora. Por último, él se adelantó hasta el canal y se sentó en el último borde, a dos pasos del agua. No se veía un alma en nuestro derredor. ¡Dios como lo recuerdo, como si se produjera hoy mismo, la terrible sensación que súbitamente se apoderó de mí!... ¡Por fin, cuanto yo había soñado durante todo un año, se realizaba! Habíamos abandonado nuestro miserable aposento... Pero ¿era aquello lo que yo había soñado? ¿Era aquello lo que había creado mi imaginación infantil cuando pensaba en la dicha de lo que amaba tan a fondo?... En aquel momento me sentía principalmente atormentada por la idea de mamá.

—¿Por qué la hemos dejado sola? —pensaba—. ¿Por qué hemos abandonado su cuerpo como un objeto inútil?...

Recuerdo que esta idea me atormentaba sobre todo.

—Padre —insinué, no sintiéndome ya con fuerzas para contenerme—, padrecito...

—¿Qué?

—Padre, ¿por qué hemos abandonado allí a mamá? —pregunté, llorando—. Padre, volvamos a casa y llamemos a alguien que acuda en nuestro socorro...

—Sí, sí —aprobó de súbito, levantándose del borde, como si una idea nueva le acudiera al cerebro: una idea que resolviese todas sus incertidumbres—. Sí, Niétochka; no se la puede dejar así. Hay que volver junto a mamá... ¡Allí tiene frío! ... Ve a su casa, Niétochka... Ve... Queda una bujía... No está oscuro... No tengas miedo... Procura que alguien acuda junto a ella... Después, vendrás a encontrarme... Vendrás sola; aquí te esperaré. No me iré sin ti...

Partí inmediatamente; pero apenas subí a la acera, cuando, de pronto, no sé qué sentimiento conmovió mi corazón... Me volví y vi que ya iba lejos de mí, dejándome sola, abandonándome en tan importante momento. Grité con todas mis fuerzas, y sobrecogida de espanto, eché a correr para alcanzarle. Me ahogaba. Corría cada vez más de prisa, y ya le perdía de vista. En el camino, encontré su sombrero, que había dejado caer. Lo recogí y continué mi carrera. Me faltaba la respiración; mis piernas se debilitaban. Me sentía juguete de algo horrible. Me parecía que todo aquello no era sino un sueño, y por momentos experimentaba la misma sensación que al soñar, cuando me veía huyendo de alguien y cedían mis piernas bajo mi cuerpo, alcanzándoseme en cuanto yo caía sin conocimiento. Esta sensación espantosa me desgarraba el alma. Tenía lástima de él; mi corazón sufría al verle sin capa ni sombrero huir de mí, su amada hija... Solo quería alcanzarle para abrazarle una vez más muy fuerte y decirle que no me tuviera miedo, para tranquilizarle, para asegurarle que no correría detrás de él si no quería, y que me iría sola a casa de mamá.

Por fin, le vi volver una esquina. Volví yo también en la misma dirección. Le distinguí aún delante de mí... Pero allí, mis fuerzas me abandonaron... Rompí a llorar y a gritar...

Recuerdo que, mientras corría, tropecé con dos transeúntes que se detuvieron en medio de la acera y me miraron con asombro.

—¡Padre, padrecito! —grité por última vez.

De pronto, resbalé en la acera y caí. Noté que mi rostro se cubría de sangre. Un momento después, perdí el conocimiento...

Cuando volví en mí, me encontré en un lecho tibio y mullido y vi alrededor mío rostros afables y afectuosos que se mostraban satisfechos de mi sueño. Vi a una señora anciana con unos lentes sobre la nariz y a un señor de elevada estatura que me miraba con profunda conmiseración; después, a una joven muy bella, y en fin, a un señor viejo, que me tenía cogida de la mano y contemplaba su reloj.

Acababa de despertar a una nueva vida.

Uno de los transeúntes que había encontrado durante mi huida era el príncipe X..., y precisamente delante de su hotel fue donde caí. Cuando, tras de largas

averiguaciones, se supo quién era yo, el príncipe, que había enviado a mi padre la entrada para el concierto de S..., conmovido ante tan extraña coincidencia, decidió recogerme en su casa y educarme con sus hijos. Se hicieron gestiones para averiguar lo que había sido de mi padre. Se supo que le habían detenido fuera de la ciudad, presa de un acceso de locura furiosa. Se le condujo al hospital, donde murió dos días más tarde.

Una muerte semejante era la consecuencia obligada y natural de toda su vida. Debía morir así, cuando todo lo que le sustentaba en la vida desaparecía de un golpe como una visión, como un sueño vacío. Murió después de haber perdido su última esperanza, después de haber tenido la visión clara de todo lo que había encauzado y sostenido su vida. La verdad le cegó con su resplandor insoportable, y cuanto era mentira apareció como tal en sí mismo. Durante la última hora de su vida oyó a un genio maravilloso que le relató su propia existencia y la condenó para siempre. Con el último acorde que sonó en el violín del genial S..., había aparecido ante sus ojos el misterio del arte, y el genio, eternamente joven, potente y verdadero, le había aplastado con su certeza. Parecía que todo lo que le había atormentado durante su vida con sufrimientos misteriosos e indecibles, todo lo que no había visto aquel día sino en un sueño, lo que rehuía con horror y lo que se ocultaba con la mentira de su vida, lo que presentía y temía, todo aquello, de un golpe, brillaba ante sus ojos obstinados que no querían reconocer cómo la luz es luz y las tinieblas son tinieblas. La verdad se hacía intolerable para aquellos ojos que veían claro por primera vez. La verdad le cegó y destruyó su razón.

Le hirió bruscamente, como el rayo. De pronto, se realizaba lo que él había estado esperando toda su vida con un estremecimiento de terror. Parecía que a lo largo de su existencia había permanecido suspendida un hacha sobre su cabeza, que a lo largo de su existencia había aguardado hasta aquel instante, entre sufrimientos increíbles, dispuesto a que el hacha le golpeará. Por fin, le había golpeado. El golpe fue mortal. Quería huir; pero no sabía hacia dónde dirigirse. La última esperanza se había desvanecido; se destruyó el último pretexto: el de que la vida había sido para él una carga durante muchos años, el de que la muerte, puesto que él lo creía en su ceguera, debía conducirlo a su resurrección. Ella había muerto. Al cabo estaba solo; nada le estorbaba ya. ¡Al cabo era libre!... Por última vez, en un acceso de desesperación, había querido juzgarse a sí mismo, condenarse despiadadamente, como un juez equitativo; pero su arco había sido débil, y solo débilmente había podido repetir la última frase musical del genio. En aquel momento la locura, que le acechaba desde hacía diez años, le había atacado irremisiblemente...

CAPÍTULO IV

Me restablecía despacio, y cuando abandoné en definitiva el lecho, mi razón seguía aún presa de una especie de torpeza que, por mucho tiempo, me impidió comprender lo que me había pasado. En ciertos momentos me parecía que soñaba, y recuerdo que deseaba, en efecto, que cuanto me había sucedido no fuese más que un sueño. Por la noche, al dormirme, esperaba que me despertara de nuevo, súbitamente, en nuestra pobre habitación y vería a mis padres. Pero, por fin, la razón reapareció poco a poco, y comprendí que me había quedado sola por completo y que vivía en una casa extraña. Entonces fue cuando sentí por primera vez que era huérfana...

Comencé por examinar ávidamente cuanto me rodeaba y era tan nuevo para mí. Al principio todo me pareció extraño y maravilloso. Todo me molestaba: las nuevas personas y las nuevas costumbres. Las habitaciones del antiguo hotel del príncipe, que me parece estar viendo aún, eran grandes, altas y lujosas, si bien tan sombrías y oscuras, que recuerdo haber sentido miedo muy en serio al aventurarme por un amplio salón, donde creía que llegaría a perderme. Mi dolencia no había terminado en realidad, y mis impresiones eran sombrías y penosas, adecuadas a aquella morada solemne y taciturna. Además, una angustia, todavía imprecisa para mí, aumentaba cada vez más en mi joven razón. Asombrada, me detenía delante de un cuadro, de un espejo, de una chimenea labrada a conciencia o de una estatua que parecía escondida adrede en una hornacina profunda con objeto de observarme mejor y horrorizarme... Me detenía; luego olvidaba de pronto por qué me había detenido, lo que deseaba y en qué pensaba; y cuando volvía a recordarlo, el temor y la turbación me invadían de nuevo y mi corazón comenzaba a latir con fuerza.

De todas las personas que llegaban a verme cuando yo estaba enferma en el lecho, me impresionó, sobre todo, el viejo doctor, por su semblante de hombre ya de bastante edad, serio y bueno, que me miraba con una compasión profunda. Me agradaba su rostro más que los de los otros. Hubiera querido hablarle, pero no me atreví a ello. Estaba siempre muy triste, hablaba muy poco, empleando frases muy cortas, y jamás aparecía en sus labios la sonrisa. El mismo príncipe X... fue quien me encontró y me recogió en su casa.

Cuando empecé a restablecerme, sus visitas se hicieron cada vez menos frecuentes. Por fin, la última vez que fue a verme me llevó bombones y un libro con estampas; luego me besó, hizo sobre mí el signo de la cruz y me preguntó si estaba ya más contenta. Para consolarme añadió que muy pronto tendría una compañera, una chiquilla de mi edad, su hija Catalina, que entonces se encontraba en Moscú. Después de decir algunas palabras a una francesa ya mayor —la institutriz de sus hijos— y a una mujer joven que me cuidaba, me recomendó a ellas. Luego estuve tres semanas

sin verle.

El príncipe vivía en su casa completamente aparte. La princesa ocupaba la mayor parte del hotel. También ella permanecía durante semanas enteras sin ver al príncipe. Más adelante, observé que ella misma y todos los familiares hablaban muy poco del príncipe, como si no estuviese allí. Todos le respetaban, y hasta, cuando le veían, demostraban quererle; sin embargo, le consideraban hombre extraño y raro. Lo parecía, en realidad, y él mismo se daba cuenta de que no era como todo el mundo; por eso procuraba mostrarse lo más de tarde en tarde posible... Páginas adelante, tendré ocasión de hablar de él al detalle.

Una mañana me dieron ropa muy blanca y muy fina, me vistieron un traje de lanilla negra adornado de gasa blanca, que miré con un triste asombro, y me hicieron bajar al aposento de la princesa.

Cuando entré allí, me detuve como aturdida. No había visto nunca tanta riqueza, tamaña magnificencia. Pero aquella impresión duró poco, y me puse pálida al escuchar la voz de la princesa, que ordenaba conducirme a su lado. Mientras me vestían, yo había pensado —Dios sabe por qué tuve semejante pensamiento— que me preparaban algo que me haría sufrir.

En general, había entrado en mi nueva vida con una desconfianza extraña hacia cuanto me rodeaba. Pero la princesa se mostró muy afable conmigo y me besó. Yo me atreví a mirarla. Era la misma señora que había visto cuando recobré el conocimiento, después de mi síncope. Temblé toda al besarle la mano, y no me sentía con fuerzas para responder a sus preguntas. Me pidió que me sentara junto a ella en un taburete bajo. Aquel sitio parecía preparado para mí. Se veía que la princesa pretendía solo quererme con toda su alma, colmarme de caricias y reemplazar a mi madre; mas yo no podía comprender, de ningún modo, que aquella era una suerte feliz para mí y apenas despertó en mi interés.

Me dieron un libro con estampas muy bonito, diciéndome que las mirase. La princesa estaba escribiendo una carta. De cuando en cuando dejaba su pluma y se ponía a hablar conmigo; pero yo me turbaba y no podía responder. En una palabra, aunque mi historia era extraordinaria, aunque la fatalidad y diferentes influencias misteriosas desempeñaban en ella un gran papel, y en general estaba llena de cosas interesantes, inexplicables, hasta fantásticas, yo, personalmente, contraria por completo a aquella apariencia melodramática, parecía una niña muy vulgar, tímida y tonta inclusive.

Esto era precisamente lo que más disgustaba a la princesa, y me pareció que inmediatamente se cansó de mí, de lo cual solo yo tenía la culpa.

A las tres o cosa así, comenzaron las visitas. La princesa se tornó de súbito más atenta, más cariñosa conmigo. A las preguntas de los visitantes, respecto a mi respondía que tenía una historia en extremo interesante, y empezaba a relatarla en

francés. Mientras ella hablaba, me miraban, movían la cabeza y lanzaban exclamaciones. Un hombre joven dirigió hacia mi sus anteojos; un viejecillo, con el pelo muy blanco y muy perfumado, quiso besarme... Yo palidecía y enrojecía alternativamente. Permanecía sentada, con los ojos bajos, temiendo hacer cualquier movimiento, temblándome todo el cuerpo. Mi corazón sufría. Me transporté con el pensamiento a nuestro desván. Me acordé de mi padre, de nuestras largas veladas taciturnas, de mamá, y ante el recuerdo de mamá, las lágrimas acudieron a mis ojos, se me oprimió la garganta y deseé huir, desaparecer, quedarme sola...

Cuando terminaron las visitas, el rostro de la princesa se hizo más duro. Entonces me miraba más severamente, y lo que sobre todo me horrorizaba eran sus ojos negros, penetrantes, que permanecían fijos en mí a veces durante un cuarto de hora, y sus delgados labios muy apretados.

Por la noche me condujeron a la parte alta del edificio. Me dormí con fiebre. A medianoche me desperté llorando a causa de las pesadillas. Por la mañana se repitió la misma ceremonia: me condujeron de nuevo a presencia de la princesa. Por último, dejó de contar mis aventuras a sus visitantes y estos de escucharlas. Además, yo era una niña muy ordinaria, sin ingenuidad alguna, según expresión de la princesa al hablar a una señora de edad, que le preguntó si se aburría conmigo; de suerte que, una noche, me condujeron al piso más alto y ya no bajé más a presencia de la princesa. Así terminó mi período de valimiento. Por otra parte, tenía permiso para ir adonde quisiera, y como no podía sostenerme en pie a causa de mi profunda angustia, me consideraba muy satisfecha al aislarme de todos en las amplias salas.

Recuerdo que sentía un vivo deseo de hablar con los familiares de la casa; pero temía mucho contrariarles y prefería quedarme sola. Mi pasatiempo favorito consistía en ocultarme en cualquier rincón donde nadie me viese o detrás de un mueble cualquiera y allí rememorar lo que me había pasado y pensar. Pero —cosa extraña— parecía olvidar lo último que había ocurrido en casa de mis padres y aquella terrible historia. Por delante de mí pasaban los rostros y los hechos y todo lo evocaba: la última noche, el violín y mi padre. Recordaba cómo le había procurado el dinero, pero no podía reflexionar acerca de estos acontecimientos y analizarlos. Solo se oprimía mi corazón al acordarme de ellos. Llegaba al momento en que recé por mi madre muerta y un escalofrío recorría todos mis miembros. Temblaba, exhalaba un leve grito, mi respiración se tornaba fuerte, y sobrecogida de espanto, abandonaba mi rincón.

Por otra parte, no era exacto que se me dejara sola; se me vigilaba sin cesar y con mucho celo, ejecutando puntualmente todas las instrucciones del príncipe, quien había ordenado se me otorgara completa libertad y no se me contrariara en nada, pero que no me perdieran de vista ni un solo instante. Observé que, de cuando en cuando, alguno de los familiares o domésticos dirigía una mirada a la habitación donde yo me

encontraba y se marchaba después, sin decirme una palabra. Yo me quedaba muy asombrada y un poco inquieta ante semejante atención. No podía comprender por qué se hacía aquello. Me parecía que se me acechaba con algún fin, que tenían la intención de hacer algo conmigo más adelante.

Buscaba siempre el rincón más apartado con el fin de poder ocultarme allí en caso de considerarlo necesario. Una vez salí por la escalera principal. Era toda de mármol, amplia, cubierta con una alfombra y adornada de plantas y hermosos jarrones. En cada rellano estaban sentados, en silencio, dos hombres de elevada estatura, vestidos de una manera extraña, enguantados y con corbata azul. Los miré, asombrada, no pudiendo comprender por qué estaban allí y por qué callaban. Mirábanse uno a otro sin hacer nada...

Aquellos paseos solitarios me agradaban de un modo progresivo. Además, existía otra razón por la cual huía de mi aposento. Arriba vivía la anciana tía del príncipe, y apenas abandonaba sus habitaciones. El recuerdo de aquella vieja está grabado claramente en mi memoria. Era quizá el personaje más importante de la casa. En sus relaciones con ella, todos observaban una etiqueta severa, y la princesa misma, cuya mirada resultaba siempre tan soberbia y tan altiva, tenía que subir dos veces a la semana, en días fijos, a visitar a su tía. De ordinario, acudía por la mañana y entablaba una conversación banal, interrumpida a menudo por silencios imponentes, durante los cuales la vieja murmuraba algunas plegarias o desgranaba un rosario. La visita no acababa hasta que lo deseaba la tía. Entonces se levantaba y besaba a la princesa en los labios, lo cual significaba que la visita había terminado.

Otras veces, la princesa debía acudir todos los días para rendir pleitesía a su pariente; pero después, a instancias de la vieja, seguía un ligero descanso. Durante los otros cinco días de la semana, la princesa solo se informaba, por las mañanas, acerca de la salud de su tía. En general, la vieja princesa vivía casi recluida. Era soltera. A los treinta y cinco años entró en un convento, donde pasó diecisiete años, aunque sin profesar. Abandonó el convento para acudir a Moscú, a casa de su hermana, la condesa de L..., que se había quedado viuda, y cuya salud se alteraba de un año para otro, y para reconciliarse con su segunda hermana, la princesa X..., con la cual estaba enfadada desde hacía más de veinte años.

Decían que las tres viejas habían querido separarse muchas veces, sin resolverse jamás a ello, pues en el momento de hacerlo se daban cuenta de lo muy necesaria que era cada una de ellas a las otras dos para preservarse del tedio y de las molestias de la vejez. A pesar del poco atractivo de su vida y del tedio solemne que reinaba en su hotel de Moscú, toda la alta sociedad se creía obligada a visitar a las tres reclusas. Las consideraban como guardianes de todas las tradiciones aristocráticas, como la historia viva de toda la aristocracia.

La condesa dejó tras sí varios recuerdos memorables. Era una mujer excelente.

Las personas que llegaban de Petersburgo le reservaban su primera visita. El que era recibido en su casa podía serlo en todas partes. Pero murió la condesa, y las otras dos hermanas se separaron. La mayor, la princesa X... se quedó en Moscú para recoger su parte de la herencia, pues la condesa había muerto sin dejar hijos. La menor —la que había estado en el convento— fue a vivir a Petersburgo, a casa de su sobrino, el príncipe X...

En cambio, los dos hijos del príncipe —una hija, Catalina, y un hijo, Alejandro— se quedaron en Moscú, en casa de su abuela, para distraerla y consolarla en su soledad. La princesa, que amaba apasionadamente a sus hijos, no se había atrevido a decir nada al separarse de ellos por todo el tiempo que durase el luto. Olvidaba decir que toda la casa del príncipe, cuando fui recogida en ella, estaba aún de duelo; pero ya el plazo tocaba a su fin.

La anciana princesa iba toda vestida de negro, ostentaba un vestido sencillo de lana, con un cuellecito blanco plisado, lo cual le daba el aspecto de una hermana conversa. No abandonaba su rosario nunca. Hacía salidas solemnes para dirigirse a misa, observaba todos los ayunos, recibía la visita de diferentes eclesiásticos, leía libros piadosos, y en general, llevaba una vida casi monacal.

Arriba, el silencio era aterrador. No se toleraba que rechinase una puerta; la vieja poseía el oído de una muchacha de quince años, y enviaba inmediatamente a preguntar la causa del ruido, aunque este ruido consistiera en un crujido, y no más. Todos hablaban en voz baja; todos andaban de puntillas, y la pobre francesa, una mujer también de edad, se veía obligada a renunciar a los tacones altos, a pesar de preferirlos: los tacones estaban prohibidos.

Dos semanas después de mi instalación, la anciana princesa envió a tomar informes acerca de mí: quién era yo, cómo me encontraba en la casa, etcétera, etcétera. Muy respetuosamente y en seguida se le dio satisfacción de todo. Entonces envió a la sobrina un segundo mensaje, preguntándoles por qué la princesa no me había visto hasta aquel día.

Al punto se movió un gran revuelo. Me peinaron; me lavaron cara y manos, aunque estaban muy limpias: me dijeron cómo tenía que andar, que debía saludar, mirar más alegre y afablemente, hablar... En una palabra, se me aleccionó para el caso. Luego fue enviada una mensajera por nuestra parte para preguntar si la princesa deseaba ver a la huérfana. La respuesta fue negativa; pero quedé convocada para el día siguiente, a raíz de la misa. No dormí durante toda la noche. Me han contado después que estuve delirando, diciendo que había de ir a ver a la princesa para pedirle perdón...

Por fin, tuvo lugar la presentación. Vi a una viejecita muy delgada, sentada en un sillón inmenso. Me saludó con un movimiento de cabeza y se puso sus anteojos para examinarme mejor. Recuerdo que no le satisfacía por completo. Observó que yo estaba

en estado completamente salvaje, que no sabía siquiera hacer una reverencia ni besar la mano... Comenzó el interrogatorio y apenas respondí; pero cuando me preguntó por mis padres, me eché a llorar. Esto desagradó a la vieja. Sin embargo, trató de consolarme y me recomendó que tuviera confianza en Dios. Después me preguntó cuándo había estado en la iglesia por última vez. Apenas comprendí su pregunta, pues mi educación había permanecido abandonada. La anciana princesa se aterró.

Mandaron llamar a la sobrina. Se celebró consejo. Quedó decidido que me condujeran a la iglesia al domingo siguiente, y la anciana princesa prometió entonces rogar por mí; pero dio orden de que me sacaran de allí, pues, según decía, le había producido una impresión muy lamentable. No había en aquello nada de extraordinario, y hasta debía de ser así; se veía que yo le había disgustado francamente. El mismo día enviaron a decir que yo hacía demasiado ruido y que se me oía en toda la casa, aunque había estado durante todo el día sin moverme. Por lo visto, aquella era una opinión de la vieja; sin embargo, al día siguiente hicieron la misma observación.

Aquel mismo día dejé caer un vaso, que se rompió. La francesa y todas las doncellas llegaron al colmo de su desesperación. Inmediatamente se me trasladó a la pieza más apartada, hasta donde todos me siguieron, presa del más profundo terror.

He olvidado cómo terminó aquella historia; pero ello es que me consideré feliz al quedarme sola en los grandes salones, sabiendo que allí no molestaría a nadie.

Recuerdo que una vez me senté en un salón del piso bajo, y ocultando mi rostro entre mis manos, con la cabeza baja, permanecí así durante no sé cuántas horas. Pensaba y pensaba sin interrupción. Mi espíritu no estaba aún bastante maduro para resolver toda mi angustia y algo me oprimía el alma cada vez más. De pronto, una voz dulce me llamó:

—¿Qué tienes, pobrecita?

Levanté la cabeza. Era el príncipe. Su semblante expresaba una compasión profunda y yo le miré con una expresión tan dolorosa, que aparecieron lágrimas en sus grandes ojos azules.

—¡Pobre huérfana! —exclamó, acariciándome la cabeza.

—¡No, no; huérfana, no! ¡No! —protesté.

Los sollozos se escapaban de mi pecho y todo mi ser se hallaba trastornado.

Fui hacia él. Le cogí la mano y la besé, y, sollozando, repetí con voz suplicante:

—¡No, no; huérfana, no!

—Hija mía, ¿qué tienes?... Querida mía, pobrecita Niétochka, ¿qué tienes?

—¿Dónde está mamá, dónde está mamá? —pregunté entre sollozos, no pudiendo ocultar mi angustia y cayendo de rodillas delante de él—. Di, ¿dónde está mamá?

—¡Perdóname, hija mía!... ¡Ah, pobrecita mía!... He despertado sus recuerdos... ¿Qué le he hecho?... ¡Vaya; ven conmigo, Niétochka... Vamos!...

Me tomó de la mano y rápidamente me llevó consigo. Le había conmovido hasta lo más profundo del alma. Por fin llegamos a una habitación que no había visto nunca. Era una capilla. Caía la noche; las luces de las lámparas se reflejaban en los marcos dorados y en las piedras preciosas de los iconos. Los rostros sombríos de los santos miraban a todas partes. Aquello contribuía a que pareciese la estancia diferente a las demás. Todo era tan misterioso, tan oscuro, que me quedé sobrecogida y el espanto embargaba mi corazón. Además, ¡me hallaba en una disposición de espíritu tan enfermiza! El príncipe me hizo que me pusiera de rodillas delante de la imagen de la Santa Virgen y se colocó detrás de mí.

—Reza, hija, reza. Recemos ambos —me dijo con voz dulce y entrecortada.

Pero yo no podía rezar. Estaba atónita, como horrorizada. Recordaba las palabras de mi padre durante la última noche, junto al cadáver de mi madre, y sufrí un ataque de nervios. Me trasladaron muy enferma al lecho, y en el período de recaída de mi dolencia me faltó poco para morir. He aquí cómo:

Una mañana, un nombre que yo conocía llegó a herir mis oídos. Oí pronunciar el nombre de S... junto a mi cama por uno de los familiares. Me estremecí. Me invadieron los recuerdos, y medio recordando, medio soñando, permanecí acostada no sé cuántas horas, presa de un verdadero delirio.

Cuando me desperté era ya muy tarde; mi alcoba estaba a oscuras. Se había apagado la lamparilla, y la niñera, que estaba siempre a mi lado, había desaparecido. De pronto, llegaron hasta mí los sonidos de una música lejana. A momentos cesaban por completo los sonidos; otras veces se elevaban, cada vez más distintas, como si se aproximaran. No recuerdo qué clase de sentimientos me invadió, qué idea apareció de pronto en mi cerebro enfermo. Me levanté del lecho, y sin saber cómo tuve fuerzas para ello, me puse mi vestido de luto y salí a tientas de mi habitación. Ni en el segundo cuarto, ni en el siguiente, encontré a nadie. Al cabo, me hallé en el corredor. Los sonidos se aproximaban cada vez más. A la mitad del corredor había una escalera que conducía al piso de abajo. Por ella descendí a los grandes salones. La escalera aparecía brillantemente iluminada. Abajo andaba alguien. Me oculté en un rincón para no ser vista, y tan pronto como el instante me pareció propicio, bajé al segundo corredor. La música procedía del salón contiguo. Allí hacían ruido, hablaban como si se hubieran reunido millares de personas. Una de las puertas del salón que daban al corredor estaba oculta por una enorme cortina doble de terciopelo rojo. Me deslicé entre las dos colgaduras. Mi corazón latía tan fuerte, que apenas podía tenerme en pie. Pero tras de algunos minutos, dominando por fin mi emoción, me atreví a levantar una punta de la segunda cortina.

¡Dios mío!... Aquel enorme salón oscuro, donde tanto había temido entrar, brillaba entonces con millares de luces. Se me antojó hallarme sumergida en un océano de luz, y mis ojos, acostumbrados a la penumbra, cegaron hasta dolerme. El

aire perfumado, como un cálido soplo, me rozaba la cara. Una multitud se paseaba de un lado a otro. Todos parecían alegres y satisfechos. Las mujeres iban vestidas de claro, muy lujosas. Por doquiera encontré miradas encendidas de placer. Estaba maravillada. Me figuré haber visto todo aquello en otra parte, otra vez, en un sueño... Recordé nuestro tugurio, el anochecer, nuestra alta ventana y, abajo, la calle con sus reverberos, las ventanas de la casa de enfrente con sus cortinas rojas, los coches aglomerados junto a la escalinata, los pasos y los resoplidos de los caballos, el ruido, los gritos, las sombras que pasaban por las ventanas y la música lejana, débil...

¡Entonces, allí tenía el paraíso! —deduje—. ¡Era allí donde yo quería ir con mi pobre padre!... Luego aquello no había sido un sueño... Lo había visto tal como era en mis alucinaciones, en mi imaginación... Esta, excitada por la enfermedad, se iluminaba, y las lágrimas de un entusiasmo inexplicable brotaban de mis ojos. Busqué a mi padre. Debe de estar aquí; está aquí —pensé—. Y mi corazón palpitaba de ansiedad... La música cesó, y un estremecimiento recorrió toda la sala. Contemplé ávidamente los rostros que pasaban por delante de mí. Traté de reconocer a alguien...

De pronto, una sensación extraordinaria se manifestó en el salón. Distinguí, sobre el estrado, a un viejo delgado y alto. Su pálido semblante sonreía. Saludaba en todas direcciones. Tenía un violín en sus manos. Se hizo un silencio profundo, como si todas aquellas personas retuvieran su respiración. Todos esperaban. Requirió su violín y el arco, y pulsó las cuerdas. La música comenzaba. Sentí como una punzada en el corazón. Con una angustia indecible, reprimiendo mi aliento, escuchaba aquellos sonidos. Algo conocido sonaba en mis oídos, algo que me parecía haber escuchado ya. Era como el presentimiento de una cosa terrible. Las notas del violín se hacían cada vez más fuertes, se deslizaban más rápidas y más agudas; luego fueron como un sollozo, como un grito, dirigido hacia toda aquella multitud. Mi corazón recordaba cada vez más algo conocido; pero se resistía a creer en tal semejanza. Apreté los dientes para no gritar de dolor; me agarré a la cortina para no caer... A veces, cerraba los ojos y los abría súbitamente, esperando que todo fuese un sueño, que iba a despertar en un momento terrible, conocido...

Todo lo veía como durante el sueño de aquella última noche, y escuchaba los mismos sonidos... Abrí los ojos; quería convencerme, y miré, ansiosa, a la multitud... No; aquellas eran otras personas, otros rostros... Suponía que todos, como yo, esperaban algo; que todos, como yo, sufrían una angustia profunda; que todos querían gritar ante aquellos terribles sollozos para que cesaran y dejaran de torturarles el alma. Pero los gemidos y los sollozos se hacían cada vez más prolongados. De repente estalló el último grito, terrible, largo, que me conmovió toda...

No cabía duda. ¡Era el mismo grito! Lo reconocía, lo había oído ya, aquella noche, cuando quebrantó mi alma... ¡Padre, padre! Esta idea pasó como un

relámpago por mi cerebro. ¡Está aquí, es él; me llama con su violín! De toda aquella multitud salió como un gemido, y frenéticos aplausos conmovieron la sala. Un sollozo desesperado, súbito, se escapó de mi pecho. No pude esperar más, y separando la cortina, me introduje en el salón.

—¡Padre, padre! ¿Eres tú? ¿Dónde estás? —grité, fuera de mí.

No sé cómo llegué hasta donde estaba el anciano. Me dejaban paso, se apartaban de mí... Me arrojé sobre él, lanzando un grito terrible. Creí abrazar a mi padre... De improviso noté que me cogían dos largas manos huesudas y me levantaban. Unos ojos negros se fijaban en mí y parecían querer abrazarme con su alma. Miré al viejo. No; no era mi padre... ¡Es su asesino! Tal idea cruzó por mi cerebro. Me invadió una rabia infernal, y súbitamente, me pareció que estallaba una carcajada sobre mí, y que aquella carcajada repercutía en el salón con otra carcajada general. Perdí el conocimiento.

CAPÍTULO V

Tal fue el segundo y último período de mi enfermedad.

Cuando volví a abrir los ojos, vi un rostro infantil que se inclinaba hacia mí. Era una chiquilla de mi edad, y mi primer impulso fue el de tenderle la mano. Al dirigir hacia ella mi primera mirada, toda mi alma se colmó de dicha, con un dulce presentimiento. Imaginaos un rostro idealmente agradable y de una notable belleza, uno de esos rostros ante los cuales nos detenemos de pronto, llenos, a la vez, de asombro, de entusiasmo y de reconocimiento, porque tal belleza existe, porque ha pasado junto a nosotros y hemos podido contemplarla.

Era Catalina, la hija del príncipe, que acababa de volver de Moscú. Sonrió al observar mi gesto, y mis débiles nervios se calmaron en seguida. La princesita llamó a su padre, que se hallaba a dos pasos de distancia y hablaba con el doctor.

—¡Loado sea Dios, loado sea Dios! —exclamó el príncipe. Y en su rostro brilló una alegría sincera—. Soy feliz, muy feliz —continuó, hablando de prisa, según su costumbre—. Aquí tienes a Catalina, mi hija. Haced amistad. Aquí tienes una amiga para ti... Cúrate pronto, Niétochka... ¡Cómo me asustas!...

Mi curación adelantaba a grandes pasos. Algunos días después pude levantarme. Todas las mañanas, Catalina se acercaba a mi lecho; siempre sonriente y alegre.

Esperaba su aparición como un feliz acontecimiento. Hubiera querido abrazarla. Pero la linda muchachita solo permanecía a mi lado algunos instantes. No podía estarse quieta; hallarse siempre en movimiento, correr, saltar, hacer ruido en toda la casa constituía para ella una necesidad absoluta. Así, pues, desde el primer momento me declaró que le aburría estar sentada a mi lado, y que, por consiguiente, solo acudiría de cuando en cuando; que, si acudía, era porque me tenía lástima, y que estuviere completamente restablecida ya sería otra cosa. Todas las mañanas, su primera frase era:

—¡Qué! ¿Estás ya curada?...

Y como yo me encontraba siempre delgada y débil, y rara vez la sonrisa iluminaba mi triste semblante, la princesa fruncía las cejas, movía la cabeza y golpeaba con el pie, disgustada:

—¿Pero no te dije ayer que estabas mejor?... ¿Acaso no te dan de comer?

—Sí; me dan muy poco —respondía yo, tímidamente, pues ella me intimidaba.

Sentía un gran deseo de agradarla, y por eso, temía pronunciar cualquier frase y realizar cualquier movimiento. Su aparición provocaba siempre en mí el mayor entusiasmo. No apartaba de ella los ojos, y cuando se iba, contemplaba, como en éxtasis, la dirección que había seguido. La veía en sueños. Cuando no estaba presente, inventaba largas conversaciones de ambas: era amiga, jugaba con ella, lloraba con ella cuando se nos reñía por cualquier travesura... En una palabra,

pensaba en ella como una enamorada. Deseaba con ahínco curarme y engordar lo más rápidamente posible, conforme ella me aconsejaba...

Cuando Catalina acudía junto a mí por la mañana exclamaba: ¿Todavía no estás curada?... ¡Siempre tan delgada!, temblaba yo cual una culpable... Nada tan serio como el asombro de Catalina ante la idea de que yo no pudiese restablecerme en un solo día, y terminaba por enfadarse.

—¿Quieres que te traiga pasteles hoy? —me preguntó un día—. Come, y así engordarás más pronto...

—Sí; tráelos —respondí, ante la idea de volver a verla una vez más.

Después de informarse acerca de mi salud, la princesita se sentaba enfrente de mí, en una silla, y sus ojos negros me examinaban de arriba abajo. Al principio, los primeros días de nuestra amistad me miraba a cada instante, de pies a cabeza, con un asombro de los más ingenuos; pero no llegábamos a conversar juntas. Yo me intimidaba ante Catalina, y sus reflexiones me desconcertaban; sin embargo, sentía un deseo enorme de hablar.

—¿Por qué no dices nada? —comenzaba Catalina, después de un silencio.

—¿Cómo está tu papá? —preguntaba yo, satisfecha de encontrar una frase con la cual podía empezar siempre la conversación.

—Papá está bien... Hoy no me he bebido solo una taza de té, sino dos... ¿Y tú, cuántas?...

—Una sola.

Un breve silencio.

—Hoy, *Falstaff*^[1] ha querido morderme.

—¿*Falstaff*? ¿Es un perro?

—Sí, un perro. ¿No lo has visto?

—Sí, le he visto.

Y cuando yo no sabía qué decir, la princesa me miraba de nuevo, con asombro.

—¿No te gusta que te hable? —dijo.

—Sí, me gusta mucho. Ven más a menudo.

—Me han dicho que te gustaba que viniera a verte... Pero levántate pronto... Hoy te traeré pasteles... ¿Por qué permaneces callada todo el tiempo?

—¿Qué sé yo!

—¿Quizá reflexionas siempre?

—Sí; pienso mucho.

—A mí me dicen que hablo mucho y reflexiono poco. ¿Acaso es malo hablar?

—No; yo me pongo muy contenta cuando hablas...

—¿Eh?... Se lo preguntaré a la señora Léotard; lo sabe todo... Y, ¿en qué piensas?

—En ti —dije, después de un silencio.

—¿Y eso te gusta?

—Sí.

—Entonces, ¿me quieres?

—Sí.

—Pues yo no te quiero todavía... ¡Estás tan delgada!... Te traeré pasteles... ¡Hasta luego!

Y la princesita, tras de haberme besado, desapareció de la estancia, casi corriendo. Después del almuerzo, en efecto, me llevó un trozo de pastel.

Corría como una loca, gritando de júbilo y diciendo que me llevaba para que comiese una cosa que me tenían prohibida.

—Come más, come mucho... Es un trozo de pastel... Yo no he comido... ¡Hasta luego!

Apenas tuve tiempo de verla.

Otra vez acudió a mi lado a raíz del almuerzo. Sus rizos negros aparecían revueltos como si los hubiese alborotado el viento; sus mejillas estaban empurpuradas y brillaban sus ojos. Era indicio de que había corrido y saltado durante una o dos horas.

—¿Sabes jugar al volante? —inquirió de prisa, deseosa de salir.

—No —contesté con un gran pesar por no poder decirle que sí.

—Pues bien: cuando estés curada, te enseñaré. Solo he venido para preguntártelo. Ahora estoy jugando con la señora Léotard... Hasta luego... Me esperan...

Por fin pude abandonar el lecho; pero me hallaba aún muy débil. Mi primera idea fue la de no separarme de Catalina. Me atraía irresistiblemente. Mis ojos resultaban insuficientes para contemplarla. Esto extrañaba a Catalina. La atracción que yo sentía hacia ella era tan grande, me entregué a aquel nuevo sentimiento con tanto ardor, que ella no podía apreciarlo. Al pronto le pareció una extravagancia extraordinaria. Recuerdo que una vez, mientras jugábamos, no pudiendo contenerme, me arrojé a su cuello y empecé a besarla. Ella se separó de mí, me cogió de las manos, y frunciendo las cejas como si la hubiera ofendido, me interrogó:

—¿Qué tienes? ¿Por qué me besas?

Me sentí tan confusa, como una culpable. Me estremecí al oír su rápida pregunta, y no supe qué replicar.

La princesita se encogió de hombros en señal de desagrado —movimiento que le era habitual—, pellizcó muy seriamente sus delicados labios, abandonó el juego, y se sentó a un extremo del diván, desde donde comenzó a examinarme muy atenta y a reflexionar, como si quisiera responderse a una nueva pregunta que había acudido de pronto a su imaginación.

Esta era también su costumbre en todos los casos difíciles.

Por mi parte, durante mucho tiempo no pude habituarme a aquellas extrañas

manifestaciones de su carácter.

De primera intención me acusaba a mí misma, y pensaba que, en efecto, yo también tenía muchas excentricidades; pero aunque esto era verdad me notaba, no obstante, muy atormentada.

¿Por qué no podía trabar amistad con Catalina y agradecerle de una vez para siempre? Sus repulsas me ofendían hasta hacerme sufrir, y sentía ganas de llorar ante cualquier frase un poco violenta de Catalina o ante sus miradas de desconfianza. Mi dolor no era por días, sino por horas, pues tratándose de Catalina, todo iba acelerado. Al cabo de algunos días observé que no me quería mucho, y hasta que experimentaba cierta aversión por mí.

Todo, en aquella niña, se desarrollaba rápidamente, brevemente —otro diría groseramente—; en los impulsos, rápidos como el relámpago, de aquel carácter recto, ingenuo, sincero no existía verdadera gracia, verdadera nobleza.

Al principio, lo que sintió hacia mí fue desconfianza, y luego, desprecio, porque no conocía yo ningún juego. A la princesa le gustaba correr, divertirse; era fuerte, inquieta, hábil. Yo, por el contrario, era débil —aún estaba enferma—, sosegada, pensativa; el juego no me distraía. En una palabra, me faltaba todo lo que necesitaba para agradar a Catalina. Además, se me hacía insoportable que se enfadaran conmigo; me ponía en seguida triste, abatida, y ya no me sentía con fuerzas para reparar mi falta, para cambiar ventajosamente la impresión desagradable que había producido: es decir, me perdía por completo...

Catalina no podía comprender aquello. Primero se asustó un poco de mí; me examinaba con asombro, como tenía por costumbre cuando, al cabo de una hora de explicaciones para enseñarme a jugar al volante, se daba cuenta de que no había entendido nada. Entonces se entristecía de súbito, hasta el punto de que las lágrimas acudían a sus ojos. Después de reflexionar sin obtener resultado alguno de sus reflexiones, me abandonaba del todo y se ponía a jugar sola, sin invitarme ya a ello durante dos días enteros y sin hablarme siquiera. Su desprecio me lastimaba tanto, que apenas podía soportarlo. Mi actual soledad era para mí más penosa que la primera; de nuevo me ponía triste, tornaba a reflexionar y las ideas lúgubres invadían mi corazón.

La señora Léotard, que nos vigilaba, acabó por notar aquel cambio en nuestras relaciones, y cuando se dio cuenta de mi soledad forzosa, se dirigió a la princesita y la riñó por no saber conducirse conmigo. La princesa frunció las cejas, se encogió de hombros y declaró que no podía hacer carrera de mí, que yo no sabía jugar, que pensaba siempre en otra cosa, y que valdría más aguardar a que su hermano Alejandro volviera de Moscú, porque sería mejor para las dos.

Pero la señora Léotard, poco satisfecha con esta respuesta, hizo observar a Catalina que me dejaba sola estando aún enferma, que yo no podía ser tan alegre

como ella, y que, además, creía preferible esto, pues ella era, realmente, demasiado inquieta, cometía muchas tonterías, y por eso días antes el perro había querido devorarla. En una palabra, la señora Léotard la regañó con aspereza y terminó por enviarla hacia mí, con orden de que hiciésemos las paces sin tardanza.

Catalina escuchó a la señora Léotard con gran atención, como si, en efecto, comprendiera que existía algo de razonable y justo en su reprimenda. Abandonando el aro que hacía rodar por el salón, se acercó a mí, y mirándome muy seria, me preguntó asombrada:

—¿Quiere usted jugar?

—No —contesté, con miedo de mí y de Catalina, porque la señora Léotard le había reñido.

—¿Qué quiere usted, entonces?

—Me quedaré aquí. Me cuesta trabajo correr. Solo deseo que no se enfade conmigo, Catalina; porque yo la quiero mucho.

—Pues bien: en ese caso, jugaré sola —dijo Catalina afablemente, lentamente, como si comprendiera con asombro que ella no, era culpable—. Adiós; no me enfadaré con usted.

—Adiós —respondí, levantándome y tendiéndole la mano.

—¿Desea usted besarme? —interrogó, después de reflexionar un poco, recordando, probablemente, nuestra escena y procurando serme lo más agradable posible.

—Como usted guste —respondí, con una tímida esperanza.

Se acercó a mí, y muy seria, sin sonreír siquiera, me besó. Así, hizo cuanto se exigía de ella; hizo, inclusive más de lo necesario para proporcionar el mayor placer a la pobre niña, hacia la cual la habían enviado... Se alejó de mí satisfecha y alegre, y bien pronto en todas las habitaciones resonaron de nuevo las risas y sus gritos, hasta que, fatigada, sin poder respirar casi, se dejó caer en el diván, con objeto de reposar y hacer provisión de nuevas fuerzas. Durante toda la tarde estuvo mirándome con aspecto intrigado; le parecía, sin duda, muy original y muy extraña. Se veía que deseaba hablar conmigo, aclarar algún punto oscuro, respecto a mí; pero aquella vez, no sé por qué, se abstuvo.

De ordinario, por la mañana, Catalina daba sus lecciones. La señora Léotard le enseñaba francés. La enseñanza consistía en recitar la gramática y leer a *La Fontaine*.

No se la abrumaba de trabajo, pues apenas se había llegado a obtener de ella que estudiara durante dos horas diarias. Había consentido a instancias de su padre y por orden de su madre, y lo hacía muy concienzudamente, porque había dado su palabra. Tenía magníficas aptitudes. Aprendía pronto y con gran facilidad; pero le ocurría una cosa rara: cuando no comprendía algo, se ponía a reflexionar acerca de ello sola por completo, pues detestaba tener que pedir explicaciones y parecía encontrarlo

humillante. A veces, permanecía durante todo un día pensando en un tema cualquiera que no podía resolver, desesperándose por no poder comprenderlo sin la ayuda de alguien; solo en casos extremos, cuando no podía conseguir nada, iba a buscar a la señora Léotard, y le suplicaba que la ayudase a resolver la difícil cuestión. Era igual para todos sus actos. Reflexionaba mucho, aunque a primera vista pareciese lo contrario; pero, al mismo tiempo, era demasiado infantil, con relación a su edad. Tan pronto decía grandes tonterías, como sus palabras denotaban un gran acierto y una gran penetración.

Por fin, cuando pude ocuparme de algo, la señora Léotard, tras de haberme hecho sufrir un examen, y en vista de que leía bien y escribía muy mal, juzgó que era de todo punto necesario que aprendiera inmediatamente el francés. No opuse objeción alguna, y una mañana me encontré sentada con Catalina frente a su mesa de trabajo. Aquel día, como si lo hiciera adrede, Catalina estuvo más torpe y más distraída, hasta el extremo de que la señora Léotard no la reconocía. En cuanto a mí, luego de la primera lección, sabía ya todo el alfabeto francés, pues tenía un gran deseo de agradar a la señora Léotard con mi aplicación. Al terminar la lección, la señora Léotard se enfadó mucho con Catalina.

—Ahí la tiene usted —dijo, señalándome—; una niña enferma, que estudia por primera vez, y adelanta diez veces más que usted... ¿No le da vergüenza?

—¿Sabe más que yo? —indagó Catalina asombrada—. Acaba de aprender el alfabeto.

—¿Y en cuánto tiempo aprendió el alfabeto usted?

—En tres lecciones.

—Ella, en una sola. Luego aprende tres veces más de prisa que usted, y la adelantará dentro de poco... Ya ve...

Catalina reflexionó un instante; luego, de pronto, se puso roja como el fuego. Estaba convencida de lo justa que era la observación de la señora Léotard. Enrojecer, arder de vergüenza era siempre la consecuencia de su disgusto cuando se le hacían ver sus defectos, cuando se hería su amor propio, a cada momento. Aquella vez, le faltó poco para llorar; pero se contuvo, y se limitó a lanzar sobre mí una mirada furibunda. Comprendí al punto de qué se trataba. La pequeña era en extremo soberbia y ambiciosa.

Cuando terminó la lección de la señora Léotard, procuré hablar a Catalina para disipar cuanto antes su rencor y demostrarle que yo no era culpable de las palabras de la francesa; pero Catalina fingió no oírme, y se calló. Una hora después, entró en la habitación donde yo estaba sentada ante un libro, siempre pensando en Catalina, sorprendida y entristecida otra vez porque ella no quería hablarme. Me miró de soslayo; se sentó, como de ordinario, en el diván, y durante media hora, no quitó de mí los ojos.

Por fin, no pudiendo contenerme más, la miré en actitud interrogativa.

—¿Sabe usted bailar? —preguntó Catalina.

—No; no sé.

—Yo sí sé.

Silencio.

—¡Y el piano! ¿Sabe usted tocar el piano?

—No.

—Pues yo lo toco. Cuesta mucho trabajo aprender.

Me callé.

—La señora Léotard dice que usted es más inteligente que yo.

—La señora Léotard está enfadada con usted —observé.

—¿Y papá se enfadará también?

—No sé —respondí.

Un nuevo silencio. La princesa golpeaba con el pie sobre el suelo.

—Entonces, ¿se burlará usted de mí porque comprende las cosas mejor que yo?

—preguntó por fin, no pudiendo contener su despecho.

—¡Oh!... ¡No, no! —protesté, levantándome de mi sitio para arrojarme sobre ella y abrazarla.

—¿No le da a usted vergüenza, princesa, pensar así y hacer semejantes preguntas? —interrogó de pronto la señora Léotard, que hacía ya cinco minutos observaba y escuchaba nuestra conversación—. ¡Debería darle vergüenza! Envidia usted a esta pobre niña y se vanagloria delante de ella por saber bailar y tocar el piano... Eso está muy feo... Se lo diré todo al príncipe.

Las mejillas de la princesita enrojecieron.

—Ese es un mal sentimiento... La ofende usted con esas preguntas. Sus padres eran pobres, y no podían pagar una institutriz. Lo aprendió todo sola, porque tiene buen corazón. Usted debería quererla, y pretende disgustarse con ella. ¡Eso resulta vergonzoso, vergonzoso!... Es huérfana, no tiene a nadie... Podría usted jactarse de ser princesa, porque ella no lo es... La dejo. Reflexione en lo que acabo de decirle, y corríjase.

La princesa estuvo reflexionando durante dos días justos. Durante aquellos dos días, no se oyeron sus risas ni sus gritos. Habiéndome despertado una vez a medianoche, oí que, aun en sueños, continuaba discutiendo con la señora Léotard. Adelgazó y palideció durante aquellos dos días.

Por fin, al tercer día, volvimos a encontrarnos abajo, en el gran salón. La princesa venía de haber estado con su madre. Al verme, se detuvo y se sentó no muy lejos, enfrente de mí. Yo esperaba con miedo lo que iba a pasar, y todo mi cuerpo temblaba.

—Niétochka, ¿por qué me regañaron por su causa? —interrogó a la postre.

—No fue por causa mía, Catalina —contesté para justificarme.

—La señora Léotard dice que la he ofendido a usted.

—No, Catalina; usted no me ha ofendido.

La princesa se encogió de hombros, asombrada.

—¿Por qué llora usted tanto? —preguntó tras de un breve silencio.

—No lloraré, si usted no quiere —respondí a través de las lágrimas.

De nuevo se encogió de hombros.

—¿Antes lloraba usted como ahora?

No respondí.

—¿Por qué vive usted en nuestra casa? —preguntó de pronto la princesa, después de un silencio.

La miré con asombro, y me pareció que algo se clavaba en mi corazón.

—Porque soy huérfana —respondí al fin.

—¿No tiene usted padre ni madre?

—No.

—¿La querían a usted?

—No... Sí..., me querían —respondí con tristeza.

—¿Eran pobres?

—Sí.

—¿Muy pobres?

—Sí.

—¿Y no le enseñaron a usted nada?

—Me enseñaron a leer.

—¿Tenía usted juguetes?

—No.

—Y pasteles, ¿tenía usted?

—No.

—¿Cuántas habitaciones tenían ustedes? —Una.

—¿Una sola habitación?

—Sí.

—Y criados, ¿tenían ustedes?

—No, no teníamos criados.

—¿Y quién les servía, entonces?

—Yo misma iba a hacer la compra.

Las preguntas de la niña me indignaban cada vez más. Mis recuerdos, mi soledad, el asombro de la princesa, todo aquello me molestaba, hería mi corazón, que sangraba. Temblaba toda de emoción, y me ahogaban los sollozos.

—¿Entonces está usted satisfecha de vivir con nosotros?

Me callé.

—¿Tenía usted un vestido bonito?

—No.

—¿Era feo?

—Sí.

—He visto su vestido. Me lo han enseñado.

—Entonces, ¿por qué me lo pregunta usted? —exclamé, toda temblorosa ante aquella nueva sensación, desconocida para mí, y levantándome de mi sitio—. ¿Por qué me pregunta? —insistí, roja de indignación—. ¿Por qué se burla usted de mí?

La princesa enrojeció y se levantó también; pero inmediatamente dominó su emoción.

—No... No me burlo —dijo—. Quería solo saber si de veras sus padres eran pobres.

—¿Por qué nombra usted a mis padres?... —interrogué, llorando—. ¿Por qué me habla así de ellos?... ¿Qué le hicieron a usted, Catalina?...

Catalina se hallaba confusa, y no sabía qué replicar. En aquel momento entró el príncipe.

—¿Qué te pasa, Niétochka? —inquirió al mirarme y ver mis lágrimas—. ¿Qué tienes? —continuó, lanzando una mirada hacia Catalina, que estaba roja como el fuego—. ¿De qué hablabais? ¿Por qué reñáis? Niétochka, ¿por qué estáis enfadadas?

No pude responder. Cogí la mano del príncipe, y deshaciéndome en llanto, la besé.

—Catalina, no mientas. ¿Qué ha pasado?

Catalina no sabía mentir.

—Le he dicho que había visto el vestido feo que llevaba cuando vivía con sus padres.

—¿Quién te lo ha enseñado? ¿Quién se ha atrevido a enseñártelo?

—Lo he visto yo sola —declaró Catalina con resolución.

—Perfectamente. No denunciarás a nadie; te conozco... Está bien. ¿Y qué más?

—Se ha echado a llorar, y me ha preguntado que por qué me burlaba de sus padres.

—¿Entonces te has burlado de ellos?

Catalina no se había burlado; pero tuvo la intención de hacerlo, como al punto lo comprendí.

No contestó nada, pues se hallaba convencida de su falta.

—Ve en seguida a pedirle perdón —ordenó el príncipe.

La princesita estaba blanca como un lienzo, y no se movía.

—¡Vamos! —apremió el príncipe.

—No quiero —pronunció, por fin, Catalina a media voz, aunque adoptando una actitud de las más decididas.

—¡Catalina!

—¡No, no quiero, no quiero! —repitió ella de pronto, con los ojos encendidos y golpeando con el pie—. Padre, no quiero pedirle perdón. No quiero, no quiero vivir con ella... No soy culpable de que esté llorando durante todo el día... ¡No quiero, no quiero!

—Ven conmigo —dijo el príncipe, cogiéndola para conducirla a su gabinete—. Niétochka, ve arriba.

Deseaba quedarme con el príncipe, interceder por Catalina; pero el príncipe repitió severamente su orden, y me fui arriba, helada de terror, pálida como una muerta. Al llegar a nuestra habitación, me eché sobre el diván. Contaba los minutos, esperaba a Catalina con impaciencia, quería arrojarme a sus pies. Por fin apareció. Pasó por delante de mí sin pronunciar una palabra, y se sentó en un rincón. Sus ojos estaban enrojecidos, y sus mejillas llenas de lágrimas. Mi resolución se desvaneció en absoluto. La miré horrorizada, sin poder moverme. Con todas mis energías me acusaba y procuraba convencerme de que era la culpable de todo. Mil veces quise acercarme a Catalina, y mil veces me contuve, no sabiendo cómo sería acogida.

Todo un día transcurrió. Al día siguiente por la tarde, Catalina se mostró más contenta y estuvo jugando con el aro en el salón. Más no tardó en abandonar su juego y fue a sentarse sola en un rincón. Antes de acostarse se volvió hacia mí de pronto, y dio algunos pasos en dirección mía. Sus labios se movieron y se abrieron para decir algo; pero se detuvo, dio media vuelta y fue a meterse en el lecho. Transcurrió de la misma suerte otro día. La señora Léotard, extrañada, acabó por interrogar a Catalina. ¿Qué tendría? ¿Estaría enferma, y por eso se habría quedado de pronto tan tranquila? Catalina respondió con algunas palabras y cogió su volante; pero cuando la señora Léotard se había alejado, enrojeció, se echó a llorar y se fue de la habitación para que yo no la viese. Por fin, a los tres días justos de haberse producido nuestro resentimiento, súbitamente, después de la comida, entró en mi cuarto y con timidez se acercó a mí.

—Papá me ha ordenado que le pida perdón —indicó—. ¿Me perdona usted?

Cogí las dos manos de Catalina, y ahogándome en emoción, asentí.

—Sí, sí.

—Papá me ha ordenado que la abrace. ¿Quiere usted abrazarme?

Como respuesta empecé a besarle las manos, que cubrí con mis lágrimas. Cuando dirigí la mirada hacia Catalina, noté en ella algo extraordinario, sus labios se movían ligeramente, su barbilla temblaba, sus ojos estaban humedecidos. Pero en un instante refrenó su emoción, y una sonrisa apareció en sus labios.

—Iré a decirle a papá que la he abrazado y que le he pedido perdón —repuso lentamente, como reflexionando—. Hace tres días que no lo he visto. Me había prohibido que me presentara a él sin haber hecho esto —añadió, después de un silencio. Y al punto descendió, tímida y pensativa, como si no estuviera segura de la

acogida que su padre le dispensaría.

Arriba, una hora más tarde, vibraron risas, gritos, ruidos y el ladrido de *Falstaff*. Se oyó caer una cosa y romperse. Sus libros eran derribados en el suelo; el aro rodaba por todas las habitaciones... En una palabra: comprendí que Catalina se había reconciliado con su padre, y mi corazón tembló de júbilo. Pero ella no se acercaba a mí, y visiblemente evitaba hablar conmigo. En cambio, yo tenía el honor de provocar en el más alto grado su curiosidad. Se sentaba frente a mí para examinarme más a gusto, y renovaba sus observaciones cada vez con más frecuencia y con más ingenuidad.

En una palabra, la chiquilla mimada y caprichosa, a quien todos, todos, cuidaban y querían en la casa cual un tesoro, no podía comprender cómo tropezaba conmigo en su ruta, puesto que ella no había deseado encontrarme; pero poseía un buen corazoncito, que sabía volver siempre al buen camino, solo con la ayuda de su instinto.

Su padre, a quien adoraba, era la persona que ejercía más influencia sobre ella. Su madre la amaba apasionadamente, aunque era muy severa con ella; a su madre debía Catalina su obstinación, su soberbia y su firmeza de carácter, siquiera soportara todos los caprichos de aquella, que llegaban hasta la tiranía moral. La princesa tenía una idea extraña de la educación, y la de Catalina era una rara mezcla de mimos estúpidos y severidades despiadadas. Lo que estaba permitido un día, de pronto, sin motivo alguno, estaba prohibido al día siguiente; de modo que el sentimiento de la justicia quedaba lastimado en la niña... Pero me ocuparé de esto más adelante... Solo haré notar que la muchachita sabía muy bien definir las relaciones con su padre y con su madre. Con su padre se manifestaba natural, sin misterio, franca. Por el contrario, con su madre se mostraba desconfiada, reservada y obediente en absoluto; pero no obedecía con sinceridad y por convicción, sino por sistema. Ya me explicaré a su tiempo.

Por otra parte, en honor de Catalina, debo decir que terminó por comprender a su madre. La obedecía después de haberse dado cuenta de su infinito amor, que a veces revestía un carácter enfermizo, y la princesita, magnánima, tenía en cuenta esta circunstancia. ¡Ay!, aquel cálculo debía ayudaría muy poco a causa de su cabecita atolondrada.

Pero yo apenas comprendía lo que pasaba conmigo. Todo mi ser se hallaba emocionado por una sensación nueva, inexplicable; no exagero diciendo que sufría y me atormentaba aquel nuevo sentimiento. Un verdadero amor —y permíteme la palabra— me impulsaba hacia Catalina. Si, era amor, efectivo amor, un amor con lágrimas y goces, un amor apasionado... ¿Qué me atraía a ella? ¿Por qué nació aquel amor?... Comenzó desde el primer instante, cuando todos mis sentidos se conmovieron ante la presencia de una niña, bella como un ángel. Todo era hermoso

en ella, y no tenía ningún defecto; cuantos pudieran aparecer en su persona eran adquiridos, y luchaba consigo misma. En todo lo suyo se apreciaba una gran originalidad que tomaba por un momento falsa apariencia; pero, al comenzar la lucha brillaba de esperanza y presagiaba un espléndido porvenir. Todos la admiraban, y no era yo sola quien la amaba, sino cada cual. Cuando, a veces, salíamos a pasearnos a las tres de la tarde, todos los transeúntes se detenían como admirados, apenas la veían, y a ratos un grito de asombro estallaba ante su presencia.

Había nacido para la felicidad, debió nacer para la felicidad; esta era la primera impresión que se recibía en presencia suya. Quizá fuese la primera que había conmovido mi sentimiento estético, al despertarse para apreciar la belleza; quizá fuese esta la razón del amor que hacia ella experimentaba.

El defecto principal de la princesita, o mejor dicho, el rasgo principal de su carácter, era la soberbia. Esta soberbia se manifestaba en los detalles más insignificantes, transformándose en amor propio, hasta el punto de que cualquier contradicción no la ofendía, no la molestaba, sino solo provocaba en ella asombro. No podía comprender que una cosa se hiciera de un modo distinto a como ella lo deseaba. Sin embargo, el sentimiento de la justicia dominaba siempre en su corazón. Se daba cuenta de que era injusta, en cuanto se detenía a examinar su conciencia, sin objeciones ni subterfugios. El hecho de que hasta aquel día desechara este principio en sus relaciones conmigo, se explica, a mi juicio, por una antipatía incomprensible que turbaba de momento la armonía de todo su ser. Y se comprendía. Era demasiado apasionada en sus transportes, y no siempre el ejemplo y la experiencia le mostraban la verdadera senda. Los resultados de sus intenciones debían ser muy hermosos y verdaderos; pero se producían con omisiones y perpetuos errores.

Catalina, tras de observarme lo bastante, resolvió dejarme tranquila. No tuvo para mí una palabra de más, sino las de todo punto necesarias. Yo había desaparecido ante sus ojos, y no había desaparecido bruscamente, sino hábilmente, como si yo misma lo hubiera querido. Nuestras lecciones continuaban, y me ponían a ella como ejemplo de inteligencia y bondad. Yo no tenía ya el honor de ofender su amor propio, tan susceptible, que hasta nuestro perro, sir John *Falstaff*, era capaz de ofenderlo.

Falstaff serio y flemático; pero cuando se encolerizaba, se tornaba feroz como un tigre, feroz hasta el punto de desconocer el poder de su amo. Otro rasgo: no quería a nadie; pero su enemigo principal era, incontestablemente, la anciana princesa. También relataré esta historia.

La orgullosa Catalina empleaba todos sus esfuerzos en vencer la animosidad de *Falstaff*. Se le hacía desagradable que existiese en la casa un ser que desconociera su poder y su fuerza, que no se inclinara ante ella y no le amase. Quería dominar a todo el mundo; ¿cómo, pues, *Falstaff* iba a escapar de ello?... Pero el mal perro no cedía...

Un día, después del almuerzo, estábamos sentadas ambas abajo, en el gran salón, y el perro fue a echarse en medio de la habitación, gozando perezosamente su reposo, después de la comida. En la princesita surgió de súbito la idea de someterle a su poder. Acto seguido abandonó su juego, y andando de puntillas, llamando a *Falstaff* con los nombres más afectuosos e invitándole con la mano, comenzó poco a poco a aproximarse a él. Pero *Falstaff*, ya retraído, enseñaba sus terribles dientes. Catalina se detuvo. Su intención era la de acercarse a él, acariciarle —lo cual no se lo permitía a nadie, no siendo a la princesa, de la cual era favorito— y obligarle a seguirla.

Se trataba de una empresa difícil y peligrosa, pues *Falstaff* no se guardaba de arrancarle la mano o desgarrársela, si lo juzgaba necesario. Era fuerte como un oso. Yo seguía desde lejos, con inquietud y temor, la maniobra de Catalina. Pero no era fácil disuadirla al primer intento, y ni siquiera los dientes de *Falstaff*, que este enseñaba, despiadado, bastarían para ello. Convencida de que no podía acercarse a él directamente, la princesita dio una vuelta alrededor de su enemigo. *Falstaff* no se movía. Catalina trazó un círculo más estrecho en torno suyo, y luego otro; y cuando llegó al sitio que a *Falstaff* le parecía el extremo límite al cual podía permitirle que llegase, le enseñó de nuevo sus colmillos. La princesita golpeó con el pie en el suelo, se alejó despechada y se sentó en el diván. Diez minutos después, inventó una nueva tentativa. Salió, y volvió al poco rato con rosquillas y pasteles. Cambiaba, pues, de táctica.

Pero *Falstaff* continuaba muy tranquilo. Estaba, sin duda, harto por completo, pues no miró siquiera el trozo de pastel que le arrojaban; y cuando la princesita se encontró de nuevo junto al límite que *Falstaff* consideraba como su frontera, manifestó una oposición más enérgica aún que la primera vez: levantó la cabeza, enseñó sus dientes, gruñó sordamente e hizo un movimiento como si se preparase a saltar sobre ella. Catalina se puso roja de ira; abandonó el pastel, y volvió a sentarse en su sitio. Estaba excitada: su pie golpeaba la alfombra, sus mejillas habían enrojecido, y hasta aparecieron lágrimas en sus ojos. Cuando por casualidad, dirigió su mirada hacia mí, toda la sangre afluyó a su cerebro. Saltó, resuelta, de su sitio, y con paso decidido se dirigió hacia la terrible bestia.

El asombro que produjo aquella vez en *Falstaff* fue, sin duda, demasiado grande. Dejó que su enemiga franqueara la frontera, y solo se hallaba ya a dos pasos de él, cuando la saludó con un gruñido terrible. Catalina se detuvo un instante —solo un instante—, y luego avanzó con decisión. Creí morir de espanto. La princesita estaba excitada como nunca; sus ojos brillaban ante el sentimiento de la victoria, del triunfo, del poder... Sostuvo con audacia la mirada terrible del perro furioso, y no se estremeció al ver sus espantosas fauces. Se irguió el animal. De su pecho salió un horrible gruñido. Un momento más, y se arrojaría sobre ella. Catalina colocó, orgullosa, sobre él su manecita, y por tres veces, triunfalmente, le acarició el lomo. El

perro tuvo un momento de vacilación. Aquel instante fue el más atroz. De pronto, *Falstaff* se levantó despacio, se estiró, y pensando quizá que para aquel asunto no necesitaba emplear sus dientes, salió tranquilo de la habitación. La princesita, triunfante, permaneció en su puesto conquistado, y lanzó sobre mí una mirada indefinible, una mirada saturada, embriagada de victoria. Yo estaba blanca como un papel. Ella lo notó, y sonrió. Sin embargo, una palidez mortal cubría ya sus mejillas. Con gran trabajo, llegó hasta el diván, donde se dejó caer, casi desvanecida.

Mi pasión por ella no tuvo entonces límites. A partir de aquel día en que tanto temí por ella, no fui ya dueña de mí. Languidecía de angustia y estuve mil veces a punto de lanzarme a su cuello; pero el temor me lo impedía. Recuerdo que procuré alejarme de ella, a fin de que no se diera cuenta de mi emoción. Y cuando, por casualidad, entraba en la estancia donde yo me había refugiado, me estremecía y mi corazón comenzaba a latir tan fuertemente, que se me iba la cabeza. Hasta creo que la traviesa niña lo notó, puesto que, durante dos días, me pareció un poco confusa. Pero bien pronto se acostumbró a aquello.

Durante todo un mes estuve sufriendo así a escondidas. Mis sentimientos tenían una elasticidad incomprensible, si así puede expresarse. Mi naturaleza es paciente en el más alto grado; de modo que el transporte, la manifestación espontánea de los sentimientos, solo se produce en mí en último extremo. Debo hacer notar que, en todo aquel tiempo, no cambiamos Catalina y yo más de cinco frases. Poco a poco observé, por algunos indicios imperceptibles, que aquella actitud para conmigo no reconocía por causa el olvido o la indiferencia, sino que era consciente, como si la princesita se hubiera propuesto mantenerse en ciertos límites. Pero yo no podía ya dormir durante la noche, y por el día no lograba ocultar mi disgusto, ni siquiera ante la señora Léotard.

Mi amor hacia Catalina llegaba, incluso, a la excentricidad. Una vez, cogí a escondidas uno de sus pañuelos; otra vez, una cinta que ella se ponía en los cabellos, y toda la noche estuve besando y humedeciendo con mis lágrimas aquellos objetos. Al principio, la indiferencia de Catalina me había torturado y ofendido; pero a la sazón todo se embrollaba en mí, y no podía yo misma darme cuenta de mis sensaciones. Así, paulatinamente, las nuevas impresiones hacían desaparecer las antiguas; los recuerdos relativos a mi triste pasado perdían su fuerza, reemplazados en mí por una nueva vida. No se me olvidará cómo en ocasiones me despertaba a medianoche, me levantaba del lecho, y sigilosa, me aproximaba a Catalina. Durante horas enteras la veía dormir, al débil resplandor de la lamparilla. A ratos me sentaba sobre su lecho, me inclinaba hacia su rostro, y sentía su cálido aliento; entonces, con mucho cuidado, temblando de miedo, besaba sus manitas, sus hombros, sus cabellos, sus pies, cuando quedaban fuera de las sábanas.

Poco a poco, me fui dando cuenta —pues en todo un mes no quité de ella los ojos

— de que Catalina cada fecha que pasaba se tornaba más pensativa. Su carácter comenzaba a perder el equilibrio. A veces transcurría todo un día sin que la oyera, en tanto que el día siguiente movía un escándalo como nunca lo había movido. Se volvía irascible y exigente; enrojecía y se enfadaba a menudo, y aun empleaba conmigo algunas crueldades. De repente, rehusaba comer a mi lado o sentarse junto a mí, como si le inspirara repugnancia; o se iba bruscamente con su madre y se quedaba con ella durante días enteros, comprendiendo quizá que yo sufría con su ausencia; de pronto, se ponía a mirarme durante algunas horas, de suerte que, terriblemente molesta, yo no sabía dónde meterme: enrojecía, palidecía, y sin embargo, no me atrevía a salir de la habitación...

Desde hacía dos días, Catalina se quejaba de tener fiebre, ella, que antes nunca había estado enferma. Una mañana, interpretando el deseo de la princesa, se dio orden a Catalina de que se instalara abajo, con su madre, quien había temido morir de sobresalto al saber que su hija tenía fiebre. Debo decir que la princesa se hallaba muy descontenta de mí, y todos los cambios que observaba en Catalina me los atribuía, debido la influencia de mi carácter taciturno, como ella lo denominaba. Hacía mucho tiempo que hubiera querido separarnos; pero demoraba esta separación, porque sabía que, con tal motivo, hubiera tenido que sostener una discusión seria con el príncipe, el cual, aunque cedía en todo, se mostraba a veces extremadamente obstinado. La princesa conocía muy bien al príncipe.

Para mi constituyó un gran golpe quedar separada de Catalina, y durante toda una semana pasé por un estado de ánimo de los más enfermizos. Me atormentaba, mortificaba mi cerebro para adivinar la causa de la aversión de Catalina hacia mí. La angustia desgarraba mi alma, y el sentimiento de la justicia y la indignación comenzaban a nacer en mi corazón ofendido. El orgullo apareció de pronto en mí, y cuando nos encontrábamos juntas Catalina y yo, a la hora del paseo, la miré con tal independencia, tan seria, de una manera tan diferente a la de otras veces, que ella se conmovió. Sin duda, semejantes cambios solo se manifestaban en mí con intermitencias, pues mi corazón empezaba a sufrir cada vez con mayor intensidad, y me volvía aún más débil, más tímida que antes.

Por fin, una mañana, con gran asombro y gran júbilo por mi parte, la princesita volvió arriba. Primero, entre locas risas, se arrojó al cuello de la señora Léotard y declaró que se instalaba de nuevo junto a nosotras; luego me saludó con una inclinación de cabeza y pidió permiso para no trabajar aquella mañana. Durante todo el día estuvo corriendo y jugando; nunca la había visto tan inquieta y alegre. Pero, por la noche, se tornó sosegada y pensativa, y de nuevo la tristeza se retrató en su semblante encantador.

Cuando su madre fue a verla por la noche, observé que hacía esfuerzos extraordinarios por aparecer contenta, y cuando hubo desaparecido, se deshizo en

llanto. Me quedé estupefacta. Catalina, al darse cuenta de mi actitud, salió. Indudablemente, atravesaba una crisis extraordinaria. La princesa consultó a los médicos; todos los días llamaba a la señora Léotard para interrogarla al detalle acerca de Catalina. Se le dio orden de que observara cada uno de sus movimientos. Solo yo presentía la verdad, y mi corazón se hallaba lleno de esperanza.

Nuestra novelita tocaba a su fin.

Al tercer día de la nueva instalación de Catalina entre nosotras, observé que, durante toda la mañana, la mirada de sus hermosos ojos estuvo pendiente de mí. Varias veces se encontraron nuestras miradas, y siempre enrojecimos ambas, como si sintiéramos vergüenza. Por último, la princesita soltó una carcajada y se alejó de mí. Cuando dieron las tres, comenzaron a vestirnos para el paseo. Súbitamente, Catalina se me acercó.

—Tiene usted desatado el zapato —me dijo—. Espere, que se lo voy a arreglar.

Pretendí inclinarme para atármelo yo misma, y me puse roja como una cereza, porque Catalina me hablaba al cabo.

—¡Déjame! —exclamó, impaciente y soltando una carcajada. Se inclinó, me cogió el pie, que apoyó en su rodilla, y me ató el zapato.

Yo me ahogaba. No sabía qué hacer. Me hallaba invadida por un sentimiento inefable. Cuando hubo terminado, se levantó y me miró de pies a cabeza.

—Mira; llevas el cuello al descubierto —repuso, tocándome el cuello—. Ven; te lo voy a arreglar.

No hice objeción alguna. Arregló el defecto de mi cuello a su manera.

—Si no, te puedes resfriar —advirtió, esbozando una sonrisa y mirándome con sus ojos negros y húmedos.

Yo estaba fuera de mí. No sabía qué le pasaba a Catalina. A Dios gracias, nuestro paseo duró poco, pues de lo contrario no habría podido contenerme: me habría puesto a besarla en medio de la calle. Al subir la escalera, la besé furtivamente en un hombro. Ella se percató y se estremeció; pero no dijo una palabra. Por la noche, le pusieron un lindo vestido, y desapareció. La princesa tenía invitados. Aquella misma noche, se revolvió toda la casa: Catalina sufrió un ataque de nervios. El doctor, a quien habían llamado, no sabía qué decir. Naturalmente, lo atribuyeron todo a efectos propios de la edad; pero yo pensaba de otro modo.

Por la mañana Catalina volvió a aparecer entre nosotros, alegre como siempre, pletórica de salud, aunque más caprichosa y extravagante que nunca. Primero, durante toda la mañana, estuvo desobedeciendo a la señora Léotard; luego, repentinamente, expresó su deseo de visitar a la anciana princesa. Contra su costumbre, la anciana princesa, que detestaba a su sobrinita, rehusaba verla y la reñía de continuo, tuvo a bien recibirla. Al principio, todo fue bien, y durante la primera hora estuvieron de perfecto acuerdo. La revoltosa Catalina pidió perdón por todas sus

faltas, por su vivacidad, por sus gritos y por las molestias que ocasionaba a la anciana. Esta la perdonó con solemnidad y con lágrimas en los ojos. Catalina prometió, arrepentida, ser humilde, y la vieja princesa quedó encantada; su amor propio se consideraba halagado ante la idea de su próxima victoria sobre Catalina, tesoro e ídolo de toda la casa, que sabía obligar a su misma madre a satisfacer todos sus caprichos.

Pero la traviesa niña fue demasiado lejos. Se le ocurrió contar las travesuras que proyectaba. Así, pues, confesó, por lo pronto, que tenía la intención de colgar con un alfiler al vestido de la anciana princesa una tarjeta de visita, y además la de poner a *Falstaff* sobre su cama; después, la de romper sus lentes, llevarse todos sus libros y sustituirlos por novelas francesas; también la de colocar cohetes en el suelo, etcétera, etcétera. Todas las travesuras que refería iban siendo cada vez peores. La buena señora se puso fuera de sí. Palidecía, enrojecía de cólera... Por fin, Catalina, no pudiendo ya contenerse, soltó la carcajada y huyó de la presencia de su tía. La vieja mandó llamar en seguida a la madre. Comenzó toda una historia. Durante dos horas, la princesa estuvo suplicando a su anciana pariente, con lágrimas en los ojos, que perdonase a Catalina y no insistiera en que se la castigara, teniendo en cuenta que aún se hallaba delicada. Al principio, la solterona no quiso escucharla. Decía que al otro día abandonaría la casa. Solo se tranquilizó ante la promesa de la princesa de que solo aplazaría el castigo hasta que se curara su hija, y entonces daría satisfacción a la indignación legítima de la anciana. Sin embargo, Catalina fue severamente reprendida y conducida con su madre. Pero logró escaparse después del almuerzo. Cuando yo bajaba, me la encontré en la escalera. Entreabrió la puerta y llamó a *Falstaff*. Comprendí desde luego que meditaba una terrible venganza. Consistía en lo siguiente:

La anciana princesa no conocía enemigo más intratable que *Falstaff*. *Falstaff* no era cariñoso con ninguno, sino soberbio, vanidoso y ambicioso. No quería a nadie; pero visiblemente exigía de todos el respeto que le era debido; y todos, en efecto, le respetaban con cierto temor. Más, de pronto, cuando llegó la anciana princesa, cambió todo y *Falstaff* recibió una terrible afrenta: le fue prohibido el acceso a la parte alta del edificio.

Al principio, el perro se puso fuera de sí ante tamaña ofensa, y durante toda una semana estuvo arañando con sus patas la puerta que conducía al piso de encima. No tardó en adivinar la causa de su exilio, y al domingo siguiente, en el momento en que la anciana princesa salía camino de la iglesia, *Falstaff* se arrojó sobre ella, ladrando. A la vieja le costó trabajo escapar a la venganza del can ofendido, que fue preterido, en efecto, por orden suya, al declarar formalmente que no podía verlo. En lo sucesivo, el acceso a la parte alta del edificio quedó vedado para *Falstaff* de la manera más absoluta, y cuando iba a bajar la anciana princesa, se le llevaba lo más

lejos posible. Los domésticos tenían en este asunto una responsabilidad formidable. Pero el vengativo animal halló por tres veces medio de escaparse al piso de encima. Tan pronto como se veía allá, atravesaba corriendo todas las habitaciones hasta llegar a la alcoba de la vieja. Nada podía detenerle. Por fortuna, la alcoba de la princesa estaba siempre cerrada, y *Falstaff* se limitaba a aullar delante de la puerta hasta que acudía alguien y le hacía volver al piso de abajo. En cuanto a la anciana princesa, todo el tiempo que duraba la visita del indómito can, gritaba como si la desollaran, y siempre se ponía enferma de terror.

Varias veces había presentado, con tal motivo, su ultimátum a la princesa, y un día acabó por declarar que ella o *Falstaff* abandonarían la casa; pero la princesa no deseaba separarse de *Falstaff*.

La princesa no era pródiga en sus afectos. Sin embargo, a *Falstaff* era a quien más quería en el mundo, después de sus hijos. Una vez, hacía seis años, el príncipe volvió del paseo conduciendo a un perrillo sucio, enfermo, en un estado lamentable, y que, no obstante, era un *bulldog* de pura raza. El príncipe le había salvado de la muerte; pero como el herido se conducía muy descortés y hasta groseramente, fue retirado al patio más lejano y atado con una cuerda. El príncipe no opuso objeción alguna. Dos años después, toda la familia se hallaba en el campo cuando el pequeño Sacha, el hermano mayor de Catalina, cayó al *Neva*. La princesa lanzó un grito, y su primer impulso fue el de arrojarse al agua. Costó trabajo salvarla. Entre tanto, la rápida corriente se llevaba al niño, al que solo sus vestidos mantenían en la superficie. A toda prisa se destacó una lancha; pero hubiera constituido un milagro lograr salvarle. De pronto, un gran *bulldog* se lanzó al río, nadó en dirección al niño, le agarró entre sus dientes y le condujo, victorioso, a la orilla. La princesa se arrojó sobre el sucio y enojoso perro para abrazarle. Sin embargo, *Falstaff* —que en aquella época ostentaba el nombre muy prosaico y plebeyo de *Fix*—, no podía soportar las caricias, y respondió a los abrazos y a los halagos de la princesa mordiéndola en un hombro. La princesa quedó señalada para toda su vida con semejante herida; pero su reconocimiento no fue, por ello, menos imperecedero.

Falstaff fue admitido en el interior de las habitaciones. Se le friccionó, se le lavó, se le puso un collar de plata muy bonito y artístico, se le instaló en el gabinete de la princesa, sobre una magnífica piel de oso, y la dama llegó luego a poder acariciarle sin tener que temer un castigo inmediato y severo.

Cuando se enteró de que su amigo se llamaba *Fix*, encontró este nombre muy feo, y, acto seguido, comenzó a buscar otro que tuviera una posible relación con la antigüedad. Mas los nombres de Héctor, Cerbere, etcétera, eran, en verdad, demasiado vulgares. Quería, para el favorito de la casa, un nombre perfectamente apropiado. Por fin, el príncipe, aludiendo al fenomenal apetito de *Fix*, propuso que se llamara al *bulldog Falstaff*. El nombre fue acogido con entusiasmo y se le impuso al

perro para siempre.

Falstaff se conducía muy bien; como un verdadero inglés: era taciturno, grave, y no se arrojaba al primer intento sobre nadie. Solo exigía que se diera un humilde rodeo junto a su piel de oso, y que, en general, se le testimoniara el respeto debido. A ratos le acometía una especie de rencor y en tales momentos, *Falstaff* se acordaba con dolor de cómo su enemiga irreconciliable, que había osado atentar contra sus derechos, no había sido aún castigada. Subía entonces sigilosamente la escalera que conducía al piso de encima, y como de ordinario encontraba la puerta cerrada, se echaba en cualquier parte, no muy lejos, ocultándose en un rincón y aguardando con disimulo a que alguien, por descuido, dejara la puerta abierta. A veces, el vengativo animal permanecía tres días enteros esperando. Entonces se dieron las órdenes más severas para que se vigilara la puerta, y hacía ya dos meses que *Falstaff* no había subido.

—¡*Falstaff*, *Falstaff*! —llamó la princesita, abriendo la puerta y atrayendo a *Falstaff* hacia la escalera.

En aquel momento, al darse cuenta *Falstaff* de que se abría la puerta, se disponía ya a franquear el Rubicón^[2].

Pero la llamada de la princesita le pareció tan inverosímil, que durante cierto tiempo renunció a creer en sus oídos. Era astuto como un gato, y para no ser cogido en falta por la persona que abría la puerta, se acercó a la ventana, colocó sus poderosas patas sobre el alféizar y pareció examinar la casa de enfrente. Hizo, pues, lo que cualquier extranjero que durante su paseo se detiene para admirar la bella arquitectura de un edificio. Pero su corazón palpitaba, sobresaltado por una dulce espera. ¡Cuáles no fueron su asombro, su júbilo y su entusiasmo cuando ante él se abrió la puerta de par en par, invitándole, suplicándole que subiese a satisfacer inmediatamente su legítima venganza!...

Lanzando aullidos de júbilo, con la boca abierta, terrible, victorioso, partió hacia arriba como una flecha.

Su emoción era tan intensa, que la silla que encontró en su camino y empujó con una de sus patas fue a caer a dos metros de distancia, después de haber dado una vuelta en el aire. *Falstaff* volaba con la velocidad de una bala de cañón.

La señora Léotard lanzó algunos gritos de espanto... Pero *Falstaff* llegaba ya junto a la puerta prohibida y la golpeaba con sus dos patas delanteras. No logró, sin embargo, abrirla y se puso a aullar como un condenado. A guisa de respuesta, estallaron los gritos de espanto de la vieja. Acudió de todas partes una legión de enemigos: todo el mundo se dirigió arriba, y *Falstaff*, el terrible *Falstaff*, con un bozal diestramente amarrado a su hocico y las cuatro patas atadas abandonó el campo de batalla, vencido y conducido con una cuerda.

Se fue a buscar a la princesa. Aquella vez no se hallaba dispuesta a otorgar

perdón ni gracia. Pero ¿A quién castigar?... Lo advirtió todo en seguida. Sus ojos se dirigieron hacia Catalina. ¡Ella había sido!... Pálida, Catalina temblaba de miedo. Solo entonces comprendía la pobre princesita las consecuencias de su travesura. Las sospechas podían recaer sobre los servidores, sobre unos inocentes, y Catalina se hallaba ya dispuesta a confesar toda la verdad.

—¿Eres tú la culpable? —preguntó con severidad la princesa.

Observé la palidez mortal de Catalina, y adelantándome, pronuncié con voz firme:

—Yo he sido quien ha dejado entrar a *Falstaff*... sin hacerlo adrede —añadí—, pues todo mi valor se desvaneció ante la mirada hostil de la princesa.

—Señora Léotard, castíguela de una manera ejemplar—dijo la princesa.

Y salió de la habitación.

Miré a Catalina. Parecía como aturdida; sus brazos casi inertes; su rostro estaba pálido y abatido.

El único castigo que se empleaba para los hijos del príncipe consistía en encerrarlos en un cuarto vacío. Permanecer dos horas en un cuarto vacío no significa nada; pero cuando se introduce en él a un niño por la fuerza, contra su voluntad y declarándole que se halla privado de su libertad, el castigo es bastante duro.

Ordinariamente, encerraban a Catalina o a su hermano durante dos horas.

Temblando de júbilo entré en mi prisión. Pensaba en la princesita. Sabía que yo había vencido. En vez de dos horas permanecí encerrada hasta las cuatro de la madrugada, y fue por lo que sigue:

Estaba encerrada desde hacía dos horas, cuando la señora Léotard recibió el aviso de que acababa de llegar de Moscú su hija, quien había caído de pronto enferma y deseaba verla. La señora Léotard partió, olvidándose de mí. La doncella que se ocupaba de nosotros supuso que, probablemente, yo estaría libre. Catalina fue llamada abajo y tuvo que quedarse con su madre hasta las once de la noche. Cuando volvió, se extrañó mucho de no encontrarme en el lecho. La doncella la desnudó y la acostó. La princesita tenía sus razones para no informarse acerca de mí. Se acostó y me esperó, sabiendo que, de seguro, yo habría sido llevada al calabozo por cuatro horas, y suponiendo que la niñera volvería conmigo. Pero Nastia me había olvidado por completo, puesto que yo me desnudaba siempre sola. Así, pues, permanecí durante toda la noche encerrada.

Por la mañana, a las cuatro, oí que alguien golpeaba y empujaba la puerta de la habitación. Había dormido, instalándome de cualquier modo sobre el suelo. Me desperté y empecé a gritar de miedo. Inmediatamente distinguí la voz de Catalina, que dominaba a todas las demás; luego, la de la señora Léotard; después, la de Nastia, y por último, la del ama de gobierno. Al poco rato se abrió la puerta, y la señora Léotard me abrazó, con lágrimas en los ojos, rogándome que la perdonara por

haberse olvidado de mí. Deshecha en llanto, me arrojé a su cuello.

Estaba transida de frío y tenía todo el cuerpo dolorido de permanecer echada en el suelo. Busqué a Catalina; pero ya había vuelto a nuestra alcoba, se había reintegrado al lecho y dormía o fingía dormir. Por la noche, mientras me esperaba, se había dormido involuntariamente y no se despertó hasta las cuatro de la madrugada. Entonces había llamado y despertado a la señora Léotard, que ya había vuelto, a la niñera y a las criadas, liberándome.

A la mañana siguiente, toda la casa se enteró de mi aventura. La princesa misma dijo que se me había tratado con harta severidad. En cuanto al príncipe, nunca lo había visto tan enfadado. Subió, a eso de las diez de la mañana, presa de viva emoción.

—¿Qué ha hecho usted? —dijo a la señora Léotard—. ¿Cómo se ha portado con esta pobre niña?... ¡Es una barbaridad, una verdadera barbaridad!... Una niña débil, enferma, nerviosa, temerosa, y tenerla encerrada en una habitación oscura durante toda la noche... Ha sido para matarla... ¿Acaso no conoce usted su historia?... ¡Eso es barbarie, eso es inhumano, señora!... ¿Quién lo ha ideado? ¿Quién ha podido inventar semejante castigo?

La pobre señora Léotard, con lágrimas en los ojos, comenzó a explicarle lo que había ocurrido. Dijo que se había olvidado de mí porque habían ido a buscarla de parte de su hija, que el castigo era muy benigno si no duraba mucho tiempo, y que hasta Juan Jacobo Rousseau preconizaba una cosa semejante.

—¡Juan Jacobo Rousseau, señora!... ¡Juan Jacobo Rousseau no podía decir eso! ... ¡Juan Jacobo Rousseau no tenía derecho a hablar de educación!... ¡Juan Jacobo Rousseau abandonaba a sus propios hijos, señora!... ¡Juan Jacobo Rousseau era un villano, señora!...

—¡Juan Jacobo Rousseau!... ¡Juan Jacobo Rousseau un villano!... Príncipe, príncipe, ¿qué decís?...

La señora Léotard era una mujer deliciosa, y su principal cualidad consistía en no enfadarse nunca. ¡Pero ofender a uno de sus favoritos, execrar la sombra de Corneille o de Racine, tratar a Juan Jacobo Rousseau como un villano, llamarle bárbaro! Las lágrimas asomaron a los ojos de la señora Léotard. La viejecita temblaba de emoción...

—Estáis trastornado, príncipe —pronunció, por fin, toda turbada.

El príncipe se repuso en seguida y se excusó. Después se me acercó, me besó afectuosamente, se despidió de mí y salió.

—¡Pobre príncipe! —dijo la señora Léotard, conmovida a su vez.

Por fin nos sentamos a la mesa de trabajo; pero la princesita estaba distraída. Antes de ir a almorzar se me aproximó, muy animada; con la sonrisa en los labios se detuvo frente a mí, me puso las manos sobre los hombros y dijo, apresuradamente,

como si le diera vergüenza:

—¡Oh!... Has sido encerrada por mí... Después del almuerzo iremos a jugar al salón.

Alguien pasaba junto a nosotras. Catalina huyó.

Después de comer, por la tarde, bajamos al gran salón, cogidas de la mano. La princesita se mostraba muy conmovida y respiraba pesadamente. Yo me consideraba feliz y estaba alegre como nunca.

—¿Quieres jugar a la pelota? —me propuso—. Quédate aquí.

Me colocó en un rincón de la sala; pero en vez de alejarse y echarme la pelota, se detuvo a tres pasos de mí, me miró, enrojeció, y dejándose caer sobre el diván, ocultó el rostro entre sus manos. Hice un movimiento hacia ella. Creyó que pretendía marcharme.

—No te vayas, Niétochka; quédate conmigo. Esto se me pasará en seguida.

De un salto abandonó su sitio, y completamente roja, anegada en lágrimas, se arrojó a mi cuello. Sus mejillas estaban húmedas, sus labios hinchados como cerezas, sus rizos en desorden. Me besó como una loca, el rostro, los ojos, los labios, el cuello, las manos. Sollozaba como si tuviera un ataque de nervios. Yo me estrechaba mucho contra ella, y nos enlazamos dulcemente, alegremente, como dos amigas que se encuentran después de una larga separación. El corazón de Catalina latía tan precipitado, que se oían sus golpes. Una voz se dejó escuchar en la vecina estancia: llamaban a Catalina para que fuese con la princesa.

—¡Oh, Niétochka!... Hasta la noche. Vete ahora arriba y espérame.

Me besó por última vez y se dirigió hacia donde la había llamado Nastia. Corrí arriba como resucitada. Me eché sobre el diván, y con la cabeza hundida entre los almohadones, sollocé de entusiasmo. Mi corazón palpitaba hasta romperme el pecho; no creía tener paciencia para aguardar. Por fin dieron las once y me acosté. La princesita no subió hasta medianoche. Desde lejos me sonrió, aunque sin decir palabra. Nastia comenzó a desnudarla, y como si lo hiciera adrede, iba muy despacio.

—¡Date prisa, date prisa, Nastia! —decía Catalina.

—¿Qué tiene usted, señorita, que el corazón le late tan fuerte? —preguntó Nastia—. Sin duda, habrá usted corrido por la escalera...

—¡Ah, Dios mío, Nastia; qué pesada eres!... ¡Date prisa, date prisa!...

Y la princesita, desesperada, golpeó con el pie en el suelo.

—Oh, qué corazón —murmuró Nastia, besando el pie de la princesa, que había descalzado.

Por fin terminó el tocado de la noche. La princesita se acostó y Nastia salió de la alcoba.

Al punto, Catalina saltó fuera del lecho y se precipitó hacia mí. Lancé un grito de júbilo.

—Ven conmigo. Acuéstate en mi cama —pidió, haciendo que me levantara.

Un minuto después me encontraba en su lecho. Estábamos enlazadas. La princesita me besaba.

—Me acuerdo de cuando me has besado durante la noche —dijo, roja como una amapola.

Sollocé.

—¡Niétochka! —suspiró Catalina a través de las lágrimas.

¡Ángel mío! Desde hace mucho tiempo, desde hace mucho tiempo te amo... ¿Sabes desde cuándo?

—¿Desde cuándo?

—Desde que papá me ordenó que te pidiera perdón; cuando defendiste a tu padre, Niétochka... ¡Mi huerfanita!... —exclamó cubriéndome de besos nuevamente.

Lloraba y reía a la vez.

—¡Ah, Catalina!...

—¿Qué, qué?...

—¿Por qué hace tanto tiempo que...?

No terminé la frase. Nos abrazamos, y por espacio de tres minutos no pronunciamos una palabra.

—Escucha: ¿pensabas en mí? —preguntó la princesa.

—Ahí... Pensaba mucho, Catalina; pensaba durante todo el día y durante toda la noche...

—Y por la noche hablabas de mí... Lo he oído...

—¿Es posible?

—¡Cuántas veces has llorado!

—Ya ves tú... ¿Por qué eras tan orgullosa?

—Era una estúpida, Niétochka... Eso es... Estaba furiosa contra ti...

—¿Por qué?

—Porque yo era mala, y sobre todo, porque tú eras mejor que yo; además, porque papá te quiere más que a mí... Y papá es un hombre muy bueno, Niétochka, ¿verdad?

—¡Oh, sí! —respondí con lágrimas en los ojos, al acordarme del príncipe.

—Es un noble —repuso seriamente Catalina—. ¿Qué había de hacer?... Después te pedí perdón y eso me costó llorar... Entonces me enojé de nuevo contigo...

—Ya vi que te daban ganas de llorar...

—Bueno; cállate, tontina, llorona —continuó Catalina, cerrándome la boca con su mano—. Después... quise amarte; y luego, de pronto, odiarte...; y te odié, te odié...

—¿Por qué?

—Estaba enojada contigo... ¡No sé por qué!... Pero al cabo pensé: La estoy atormentando despiadadamente.

—¡Ah, Catalina!...

—¡Almita mía! —prosiguió Catalina, besándome la mano—. Después no quise hablarte en absoluto... ¿Te acuerdas cómo acaricié a *Falstaff*?

—¡Ah!... No te da miedo de nada...

—¡Cómo temblaba! —confesó la princesita, estremeciéndose—. ¿Sabes por qué me acerqué a él?...

—¿Por qué?

—Porque tú mirabas... Cuando vi que mirabas... Te hice pasar miedo, ¿eh?... ¿Temías por mí?...

—Terriblemente...

—Lo vi... ¡Y cuán satisfecha me quedé cuando se fue *Falstaff*!... ¡Dios mío, qué conmovida me hallaba cuando, por fin, salió aquel monstruo!...

La princesita prorrumpió en una risa nerviosa. Luego, de pronto, irguió su abrasada cabeza y empezó a mirarme fijamente. Unas lágrimas, como perlas, temblaban entre sus largas pestañas.

—¿Qué tienes para que yo te quiera tanto?... Eres paliducha, con los cabellos rubios; eres tonta, llorona, con ojillos azules... una huerfanita...

Catalina se inclinó de nuevo y volvió a besarme... Algunas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Estaba profundamente conmovida.

—¡Y cuánto te quería!... Pero yo pensaba. No se lo diré. ¿Por qué me obstinaría así?... ¿Qué temía?... ¿Por qué me avergonzaba de ti?... ¡Mira, en cambio, qué bien estamos ahora!...

—¡Catalina! —exclamé, loca de júbilo—. ¡Sufro de felicidad!...

—Niétochka, escucha... Dime, ¿quién te puso ese nombre, Niétochka?

—Mamá.

—¿Me contarás algo acerca de tu mamá?

—¡Todo, todo! —accedí, entusiasmada.

—¿Y dónde has puesto mis dos pañuelos de encaje y la cinta del pelo?... ¿Por qué los cogiste?... ¡Ah, mala!... Lo sé todo...

Reí y enrojecí hasta saltármeme las lágrimas.

—Yo pensaba: La atormentaré; que espere... Y a veces me decía: Si no la quiero, si la detesto... Y tú eres mansa como una oveja... ¡Cuánto temía que me considerases tonta!... Eres inteligente, Niétochka. ¿Verdad que eres inteligente?... Di...

—Basta, Catalina —interrumpí casi ofendida.

—No; eres muy inteligente —contestó Catalina resuelta y seriamente—. Lo sé... Una mañana me levanté y aquello era horrible. Había estado viéndote en sueños durante toda la noche. Me dije: iré a ver a mamá y me quedaré abajo. Y a la noche siguiente, al dormirme, pensé: ¡Ah!... Si... si viniera como la otra noche. Y viniste... Yo fingí dormir... ¡Qué traviesas somos, Niétochka!

Al decir esto, me pellizcó.

—¿Recuerdas, cuando te até el zapato?

—Lo recuerdo.

—Estabas contenta, ¿eh?... Yo te miraba y me preguntaba: si le arreglo el zapato, ¿qué pensará? ¡Y me sentía tan bien!... Realmente deseaba besarte... Y después... ¡Tiene gracia, tiene gracia!... Durante todo el camino, cuando íbamos juntas, sentía deseos de reír a carcajadas... No podía mirarte. ¡Ibas tan graciosa!... ¡Y qué satisfecha me quedé cuando fuiste al calabozo en mi puesto!...

Llamábamos calabozo al cuarto oscuro.

—¿Tuviste miedo?

—¡Oh sí!

—Yo estaba contenta, no porque habías echado sobre ti la culpa de mi falta, sino por saberte encerrada en mi lugar... Me decía: Está llorando ahora, y la quiero tanto... Mañana la besaré y la abrazaré... En realidad, no te tenía lástima, y sin embargo, lloraba.

—Yo no lloré. Estaba muy contenta.

—Niétochka, en lo sucesivo te acostarás siempre conmigo... Además, no quiero que estés triste... ¿Por qué estás siempre triste? Me lo contarás, ¿eh?...

—Te lo contaré todo... Pero ahora no estoy tan triste... Estoy muy alegre...

—No; es menester que tengas las mejillas sonrosadas como las mías... ¡Ah!... ¡Qué de prisa viene el día de mañana!... ¿Tienes sueño, Niétochka?

—No.

—Pues bien: entonces hablemos.

Continuamos charlando aún durante dos horas. ¡Sabe Dios lo que dijimos! Ante todo, la princesita me expuso sus planes para el porvenir y la situación conforme era.

Supe que amaba a su padre más que a nadie, casi más que a mí. Después, decidimos ambas que la señora Léotard era una buena mujer, no excesivamente severa. Luego trazamos nuestro programa para el día siguiente y para el otro; en definitiva, arreglamos nuestra vida para vivir de la manera siguiente: un día sería ella la que mandara, y yo obedecería; al otro día siguiente, sería lo contrario: mandaría yo y obedecería ella...

Luego debíamos ambas mandar y obedecer igualmente; pero después una de nosotras dos, haciéndolo adrede, no obedecería. Entonces, primero nos enfadaríamos o cosa parecida, y luego nos reconciliaríamos lo más pronto posible. Por último, a causa de tanto como estábamos hablando, nuestros ojos se cerraban de fatiga. Catalina se burlaba de mí, llamándome dormilona; pero ella misma se durmió antes que yo. Al día siguiente nos despertamos de pronto, pues iban a entrar en nuestra habitación. Yo tuve el tiempo justo para meterme en mi lecho.

Durante todo el día no sabíamos qué hacer de contentas que estábamos.

Por fin, comencé a contarle mi historia a Catalina. Ella se emocionaba con mi

relato hasta verter lágrimas.

—¡Mala! ¿Por qué no me contaste eso antes?... ¿De modo que los muchachos te pegaban mucho en la calle?...

—¡Oh, sí!... ¡Les tenía un miedo!...

—¡Ah! ¡Qué malos! Oye, Niétochka: yo he visto cómo un chico le pegaba a otro. Mañana, sin decir nada, cogeré las disciplinas de *Falstaff*, y si encuentro a alguno, le pegaré mucho para que se acuerde.

Sus ojos brillaban de indignación.

Así transcurrió aquel día y el siguiente. Pero nuestro júbilo no duró largo tiempo.

La señora Léotard tenía que dar cuenta a la princesa de cada uno de nuestros movimientos. Nos estuvo observando durante tres días. Por fin, fue a ver a la princesa y le refirió cuanto había observado: que desde hacía tres días no nos abandonábamos nunca, que llorábamos y reíamos como unas locas y que no cesábamos de charlar, lo cual no nos ocurría antes. Añadió que le parecía que Catalina atravesaba una crisis enfermiza, y que, en su opinión, lo mejor sería que nos viésemos más de tarde en tarde.

—Lo presentía desde hace tiempo —respondió la princesa—. Sabía que esa extraña huérfana nos causaría mucho trastorno. Lo que me han contado acerca de su vida pasada es un horror, un verdadero horror... Evidentemente, ejerce influencia sobre Catalina... ¿Dice usted que Catalina la quiere mucho?

—Con locura.

La princesa enrojeció de rabia. Estaba celosa de mí.

—Eso es natural —dijo—. Antes, eran extrañas la una para la otra, y confieso que yo me sentía muy satisfecha. Aunque esa huérfana es muy pequeña, no respondo de nada. Usted ya me comprende. Con la leche de su madre recibió ya su educación y sus costumbres. No comprendo qué es lo que el príncipe encuentra en esa criatura. Mil veces le he propuesto que la meta en un convento...

La señora Léotard quiso interceder por mí, pero la princesa había decidido ya nuestra separación. En seguida fueron a buscar a Catalina, y una vez abajo, le anunciaron que ya no me vería hasta el domingo siguiente, o sea, durante toda una semana.

Yo me enteré de todo esto más tarde, por la noche. Me conmoví de espanto. Pensaba en Catalina, y me parecía que ella no soportaría nuestra separación. Me sentía loca de angustia, de dolor, y durante la noche estuve enferma. Por la mañana, el príncipe fue a mi cuarto y me dijo al oído que esperase. El príncipe hizo cuanto pudo, pero todo fue inútil: la princesa no cedía. Yo estaba desesperada.

A la mañana del tercer día, Nastia me llevó una carta de Catalina. Había escrito con lápiz, y muy mal, lo siguiente:

Estoy con mamá y no pienso más que el medio de llegar hasta ti. Me escaparé; te lo prometo para que no llores. Escíbeme. Te envío unos bombones. Adiós.

Le respondí en el mismo tono.

Durante todo el día estuve llorando y leyendo la carta de Catalina. La señora Léotard me enojaba con sus caricias. Por la tarde supe que había ido a ver al príncipe y le había advertido que, seguramente, yo caería enferma por tercera vez si no veía a Catalina, y que sentía mucho haber dicho lo que había dicho a la princesa.

Interrogué a Nastia para saber cómo estaba Catalina. Me respondió que Catalina no lloraba, pero que estaba pálida. Al día siguiente por la mañana Nastia me deslizó al oído:

Vaya usted a la habitación de Su Excelencia. Baje por la escalera de la derecha.

Tuve un feliz presentimiento. Oprimida por la espera, corrí hacia abajo y abrí la puerta del despacho del príncipe. Ella no estaba allí. De pronto, Catalina me abrazó por detrás y me besó, riendo y llorando... Pero, inmediatamente, Catalina se separó de mis brazos, corrió hacia su padre, trepó por su espalda como una ardilla, y no pudiendo sostenerse, se dejó caer sobre el diván. El príncipe cayó también. La princesita lloraba de júbilo.

—¡Padre, qué bueno eres, qué bueno eres!...

—¡Revoltosillas! ¿Qué os ha pasado? ¿Qué significa esa amistad?...

—Cállate, padre; no conoces nuestros asuntos.

Y de nuevo nos arrojamos la una en los brazos de la otra.

Empecé entonces a examinarla más de cerca. Había adelgazado durante aquellos tres días; el color sonrosado había desaparecido de su rostro, que se presentaba muy pálido. Lloré de tristeza.

Al cabo, llamó Nastia. Era señal de que iban por Catalina. La princesita se puso pálida como una muerta.

—Basta, hijas. Nos reuniremos así todos los días. Hasta mañana, y Dios os bendiga —dijo el príncipe.

Se conmovió al mirarme. Pero no había contado con el destino. Aquella misma tarde se recibió de Moscú la noticia de que Sacha había caído gravemente enfermo y estaba casi moribundo. La princesa decidió partir al día siguiente. Todo se desarrolló con tanta precipitación, que lo ignoré hasta el momento de decir adiós a Catalina. El príncipe había insistido en que nos despidiéramos; la princesa no quería consentirlo.

Corrí hasta abajo, fuera de mí, y me arrojé a su cuello.

El coche esperaba ya junto a la escalinata. Catalina exhaló un grito al verme y cayó sin conocimiento.

Me lancé hacia ella. La princesa comenzó a sacudir a Catalina, que volvió en sí y

me besó.

—Adiós, Niétochka —me dijo de pronto, riendo con una expresión extraordinaria—. No me mires así. No estoy enferma. Dentro de un mes regresaré y ya no volveremos a separarnos.

La princesita se volvió, un vez más, y me estrechó en sus brazos.

Luego nos separamos.

Fue para mucho tiempo, para mucho tiempo...

Transcurrieron ocho años hasta que volvimos a encontrarnos.

He relatado adrede, con todo lujo de detalles, este episodio de mi infancia y la primera aparición de Catalina en mi vida, porque nuestras historias son inseparables. Su novela es la mía, como si yo hubiera nacido exclusivamente para encontrarla y no me fuese dado rehusar el placer de transportarme, por una vez más, en virtud del recuerdo, a mi infancia.

Desde ahora, mi relato irá más de prisa. Mi existencia, de pronto, se tornó tranquila, y para despertar de nuevo a la vida cuando llegué a cumplir los diecisiete años.

Primeramente diré algunas palabras acerca de lo que me ocurrió luego de haber salido para Moscú la familia del príncipe.

Me quedé con la señora Léotard. Dos semanas después, recibimos la visita de un emisario del príncipe, que fue a avisarnos de que la vuelta a San Petersburgo sería diferida por algún tiempo.

Como la señora Léotard, a causa de diversas consideraciones de familia, no podía ir a Moscú, terminó su papel en casa del príncipe. Sin embargo, se quedó con su familia y fue a casa de la hija mayor de la princesa, Alejandra Mijailovna.

No he dicho nada aún acerca de Alejandra Mijailovna, a quien, por cierto, no había visto más que una sola vez. Era la hija del primer matrimonio de la princesa.

El origen y el parentesco de la princesa eran bastante oscuros. Su primer marido fue primer consejero.

Tras de su segundo matrimonio, la princesa encontró que le estorbaba mucho su hija mayor. No podía esperar para ella un partido brillante, pues su dote era muy modesta. Por fin, hacía cuatro años la habían casado con un hombre muy rico que ostentaba una alta situación. Alejandra Mijailovna había ingresado en otra sociedad y frecuentaba otro mundo. La princesa acudía a verla dos veces al año; el príncipe, su padrastro, todas las semanas, y llevaba, además, consigo a Catalina. En la última época, a la princesa no le agradaba que Catalina fuese a casa de su hermana, y el príncipe la llevaba a escondidas. Las dos hermanas se denotaban muy diferentes de carácter.

Alejandra, Mijailovna era una joven de veintidós años, tranquila, afectuosa; una especie de tristeza resignada emanaba de su bello rostro. La seriedad y la gravedad se

retrataban en sus angelicales facciones como el desconsuelo en las del niño. No se la podía mirar sin experimentar una profunda simpatía hacia ella. Estaba pálida, y durante la época en que la vi por primera vez se decía que se hallaba predispuesta a la tisis. Vivía aislada y no le gustaba recibir a nadie ni salir.

Recuerdo que, cuando fue a verme a casa de la señora Léotard, y con profundo sentimiento, me besó. A su lado iba un señor de edad, delgado. Lloró al verme. Era el violinista B... Alejandra Mijailovna, me besó y me preguntó si quería vivir con ella y ser hija suya. Contemplando su rostro, reconocí a la hermana de mi Catalina, y todo mi corazón se conmovió, como si alguien, una vez más, me llamase huérfana. Entonces, Alejandra Mijailovna me enseñó una carta del príncipe. Había en ella algunas líneas donde se hablaba de mí. Las leí sollozando.

El príncipe me deseaba una prolongada vida feliz y me rogaba que amase a su otra hija.

Catalina también había añadido algunas líneas. Escribía que no abandonaba nunca a su madre.

Y aquella misma tarde entré a formar parte de otra familia; fui a otra casa, a vivir entre nuevas personas, arrancando, por segunda vez, de mi corazón cuanto se me había hecho tan caro y a aquellos que para mí constituían casi mi familia.

Me sentía muy inquieta.

Una nueva vida comenzaba.

CAPÍTULO VI

Mi nueva vida se deslizaba tan quieta, tan tranquila, que me parecía estar entre reclusos. Viví en casa de mis protectores durante más de ocho años, y no recuerdo que durante aquel tiempo, salvo muy raras excepciones, hubiera una velada, un almuerzo o una reunión de amigos o parientes. Aparte de dos o tres personas que acudían muy de tarde en tarde —el músico B..., amigo de la casa, y los demás visitantes que iban a ver al marido de Alejandra Mijailovna para tratar de sus negocios—, en la casa no se recibía a nadie.

Al marido de Alejandra Mijailovna, siempre ocupado en sus asuntos y en su servicio, le quedaba muy poco tiempo libre, que repartía por igual entre su familia y la vida mundana. Importantes relaciones que le era imposible abandonar, le obligaban a mostrarse en sociedad. Casi en todas partes se hablaba de su ambición sin límites, si bien gozaba reputación de hombre serio para los negocios, pues ocupaba un alto puesto; y aunque la suerte y el éxito parecían sonreírle, la opinión pública no le regateaba su simpatía. Es más, todo el mundo sentía hacia él una simpatía particular que, en cambio, se negaba en absoluto a su mujer.

Alejandra Mijailovna vivía en el más completo aislamiento, pero se mostraba satisfecha de su suerte. Su carácter dulce parecía formado exclusivamente para la vida solitaria.

Se había consagrado a mí con toda su alma. Empezó por amarme como a su propia hija, y en cuanto a mí, que lloraba aún la separación de Catalina, me abandoné en los brazos maternos de mi bienhechora. Luego mi amor ardiente hacia ella no se desmintió. Era para mí una madre, una hermana, una amiga; me reemplazaba a todo el mundo y fue el apoyo de mi juventud.

No tardé en darme cuenta también, por virtud de una especie de instinto, de que su suerte no era tan envidiable como podía creerse a primera vista, juzgando su vida sosegada y de apariencia tranquila, su libertad y la límpida sonrisa que emanaba a menudo de su semblante; a medida que me iba desarrollando, observaba algo nuevo en la vida de mi bienhechora, algo que mi corazón adivinaba lentamente, penosamente. Mi cariño hacia ella aumentaba y se fortificaba cada vez más, al mismo tiempo que adquiría la conciencia de la tristeza de su destino.

Tenía un carácter tímido y débil. Contemplando los rasgos claros y tranquilos de su rostro, no cabía suponer, a simple vista, que una turbación cualquiera pudiese alterar su ecuanimidad. No parecía que pudiera dejar de amar al prójimo: la piedad llenaba siempre su alma, a despecho de la aversión. Sin embargo, tenía pocos amigos y vivía en plena soledad. Era apasionada e impresionable por naturaleza; pero al mismo tiempo sentía miedo a sus impresiones, como si vigilara su corazón y no le permitiera expansionarse, ni aun durante el sueño. A veces, en las horas más serenas,

veía de pronto asomar las lágrimas a sus ojos, como si algún triste recuerdo atormentara su conciencia y se inflamara súbitamente en su espíritu, recuerdo que velaba su alma y la turbaba. Y cuando parecía más dichosa, cuando más claro y tranquilo era el momento presente de su vida, más aguda era también su angustia, más amarga era su repentina tristeza, y las lágrimas, como en una crisis, se escapaban de sus ojos. No recuerdo, a lo largo de ocho años, un solo mes exento de semejante sufrimiento.

Su marido parecía amarla mucho. Ella le adoraba. Pero desde luego se recibía la impresión de que algo inexplicable existía entre ellos. Había en su vida un misterio, o al menos, así lo supuse desde los primeros días.

El marido de Alejandra Mijailovna produjo en mí, al pronto, una impresión indefinible que no se borró nunca. Era un hombre alto, delgado, que diríase ocultaba de intento su mirada tras unas grandes gafas verdes. Era poco comunicativo y frío, y aun a la vista de su mujer, parecía no encontrar nada que decir. La gente le molestaba visiblemente. No me prestaba atención alguna, y sin embargo, cuantas veces nos encontrábamos reunidos los tres en el salón de Alejandra Mijailovna para tomar el té, me sentía molesta en su presencia.

Yo miraba a hurtadillas a Alejandra Mijailovna y observaba con angustia cómo, al parecer, medía cada uno de sus movimientos, y cómo palidecía si se daba cuenta de que su marido se mostraba un tanto grave y taciturno o cómo de pronto enrojecía, cual si esperara o adivinara alguna alusión en las palabras de su esposo. Se comprendía que a ella se le hacía penoso estar con su marido, y aun así, se veía que no podía vivir un solo minuto sin tenerle cerca. Yo estaba asombrada de las extraordinarias atenciones que ella le guardaba. A cada palabra y a cada ademán parecía emplear sus energías en complacerle, temiendo no haber sabido adivinar lo que su marido esperaba de ella, como si mendigara su aprobación. La menor sonrisa en el semblante de su esposo, cualquier palabra afectuosa la hacían feliz, cual en los primeros momentos de un amor todavía tímido y sin esperanza. Cuidaba de su marido como si estuviera gravemente enfermo; y cuando él se trasladaba a su despacho, después de haber estrechado la mano de Alejandra Mijailovna, para, según se me antojaba siempre, asegurarle su compasión hacia ella, aparecía por completo transformada: sus mohines se tornaban al punto más libres y su conversación se hacía más alegre.

Pero una cierta molestia permanecía en ella durante mucho tiempo, después que su marido se había retirado. En seguida comenzaba a rememorar cada una de sus palabras, como para pesarlas en su ánimo. Con frecuencia se dirigía a mí para cerciorarse de si había comprendido bien y de si Piotr Alexandrovich se había expresado exactamente, de tal o cual manera. Creía que buscaba otra interpretación a lo que él decía, y solo al cabo de una hora se serenaba por completo, convencida ya

de que su marido se hallaba muy satisfecho de ella y de que ella se inquietaba en balde. Entonces, sin más ni más, se ponía contenta y alegre; me besaba, reía conmigo o se sentaba al piano e improvisaba durante dos horas. Pero a menudo su júbilo desaparecía pronto, se echaba a llorar; y cuando yo la miraba, muy turbada, aturdida y asustada, me decía al punto en voz baja, como si temiera que la oyese alguien, que aquello no era nada, que estaba muy satisfecha y que no debía inquietarme por ella.

Ocurría también que, en ausencia de su marido, empezaba súbitamente a sentirse presa de inquietud por causa de él, y mandaba a preguntar qué hacía o interrogaba a la doncella por qué su marido había dado orden de enganchar el coche, adonde quería ir, si estaría enfermo, si le encontraba alegre o triste, qué había dicho, etcétera. Acerca de sus negocios y de sus ocupaciones no se atrevía siquiera a hablarle. Cuando él le aconsejaba algo o le dirigía alguna pregunta, ella le escuchaba con tal sumisión, manifestaba tanto miedo, que hubiérase dicho era una esclava suya. Se consideraba feliz cuando él la hacía algún obsequio, como un cachivache, un libro o una obra manual cualquiera; entonces se sentía orgullosa y se ponía al instante alegre. Su júbilo, sobre todo, era infinito cuando, por casualidad, acariciaba él a los dos niños, cosa que ocurría muy pocas veces. Su rostro se transfiguraba, radiante de felicidad, y en tales momentos, se mostraba hasta demasiado contenta delante de su marido. Se tornaba tan audaz, que de pronto, ella misma, sin invitación, le proponía —por supuesto, tímidamente y con voz temblorosa— que escuchara una pieza de música que había recibido, o le preguntaba su opinión acerca de un libro, o le pedía permiso inclusive para leerle una o dos páginas de un volumen que hubiera producido poco antes en ella viva impresión.

A veces, el marido accedía de buen grado a aquellos deseos y hasta la sonreía con indulgencia, como a un niño mimado al cual no se quiere privar de un extraño capricho por temor a entristecerle y a turbar su inocencia. Pero, no sé por qué, yo me sentía indignada en el fondo de mi alma ante aquella sonrisa, ante aquella indulgencia altiva y ante aquella desigualdad que existía entre ellos. Callaba, me contenía, limitándome a observar atentamente lo que pasaba, con una curiosidad infantil, aunque también con un conocimiento prematuro y profundo.

Otras veces observaba que parecía de buenas a primeras reponerse, como si recordara involuntariamente algo doloroso, terrible e irremediable. Al momento, la indulgente sonrisa desaparecía de su rostro, y sus ojos se fijaban en su tímida mujer con tal compasión, que yo temblaba; si entonces me hubiera dado cuenta, como ahora me la doy, de que aquella compasión se producía por mi causa, me habría espantado. En aquel punto, el júbilo desaparecía del semblante de Alejandra Mijailovna. La música o la lectura cesaban y ella palidecía; pero se contenía y callaba. Seguía un rato penoso, un angustioso minuto que a veces se prolongaba mucho tiempo. Por fin, su marido ponía término a aquella situación. Se levantaba de su sitio, como si

pretendiera reprimir el despecho y la emoción; daba varias vueltas por la estancia sin articular una palabra; luego acudía a estrechar la mano de su mujer, suspiraba a fondo, y turbado a ojos vistas, después de pronunciar algunas breves frases, en las que se apreciaba el deseo de consolar a su mujer, salía del aposento. Alejandra Mijailovna se deshacía en llanto o se sumía en profunda tristeza.

Frecuentemente la bendecía, como se hace con los niños, al decirle adiós por la noche, y ella recibía su bendición vertiendo lágrimas de reconocimiento. No puedo olvidar algunas escenas —dos o tres, todo lo más, durante los ocho años— que tuvieron lugar en nuestra casa. Alejandra Mijailovna parecía entonces otra mujer. La cólera, la indignación se reflejaban en su semblante, por lo general, tan dulce, reemplazando su humildad perpetua y la adoración hacia su marido. A veces, la tempestad se preparaba durante una hora. El marido se tornaba más silencioso y taciturno que de ordinario. Por último, el corazón martirizado de la pobre mujer dejaba de sentir. Rompía a hablar con voz entrecortada por la emoción, pronunciaba, primero, frases incoherentes plenas de alusiones y reticencias, y luego, ahogándole la angustia, prorrumpía de pronto en lágrimas y sollozos, tras de lo cual continuaba la oleada de indignación, de reproches, de quejas y de desesperación, como presa de un acceso enfermizo.

Había que ver con cuánta paciencia soportaba aquello el marido, con cuánta compasión le suplicaba que se tranquilizara, besándole las manos y poniéndose, por último, a llorar con ella. Se reponía entonces repentinamente, como si su conciencia se levantara contra ella, reprochándole un crimen. Las lágrimas de su marido la trastornaban, y retorciéndose las manos con angustia, con sollozos entrecortados, imploraba a sus pies un perdón que recibía, desde luego. Pero los sufrimientos de su conciencia duraban todavía largo rato, así como sus lágrimas y las súplicas para que él la perdonase. Después de semejantes escenas, durante meses enteros, se mostraba aún más tímida y temerosa en presencia de su marido.

Yo no lograba comprender lo que significaban aquellas escenas, durante las cuales se me enviaba siempre a mi habitación, por cierto con gran torpeza. Pero no podían ocultarse de mí por completo. Yo observaba, comprobaba, adivinaba, y desde el mismo comienzo tuve la vaga sospecha de que aquello encerraba un misterio, de que las convulsiones de aquel corazón martirizado no debían de obedecer a un simple estado nervioso, de que no sin motivo el esposo tenía siempre fruncido el ceño, de que su compasión hacia su pobre mujer enferma no se producía sin fundamento y hasta de que la timidez y el temor de Alejandra Mijailovna en su presencia, aquel amor tierno y extraño que no se atrevía siquiera a manifestar delante de él, aquel aislamiento, aquella vida de reclusión, aquel enrojecimiento y aquella palidez mortal, en fin, que alternaban en su semblante cuando se hallaba en presencia de su marido, debían de obedecer a alguna razón.

Claro que semejantes escenas eran muy poco frecuentes, pues nuestra vida transcurría harto monótona. Conocía yo el detalle desde muy cerca, en tanto que crecía y me desarrollaba rápidamente; pero muchas impresiones nuevas que empezaban a despertarse en mí, aunque inconscientes, me distraían de mis observaciones. Me habitué, por último, a aquel género de vida y a los caracteres de quienes me rodeaban. Sin duda, me era imposible no reflexionar a ratos, mirando a Alejandra Mijailovna; pero no llegaba a obtener una conclusión. La quería mucho, respetaba sus desdichas y temía herir su corazón con mi curiosidad. Ella me comprendía, y muchas veces estuvo a punto de darme las gracias por mi afecto. Ora, percatándose de mis cuidados, sonreía, y por momentos, a través de las lágrimas, se burlaba de sí misma, viéndose llorar tan a menudo; ora se complacía de pronto en decirme que era muy feliz, muy feliz: todo el mundo se mostraba muy bueno para ella, todas las personas que había conocido hasta entonces la querían mucho; pero que lo que la atormentaba era ver cómo Piotr Alexandrovich estaba siempre triste por su causa, en tanto que ella, por el contrario, era muy feliz, muy feliz... Y me besaba con un cariño tan intenso, se iluminaba su rostro con tanto amor, que mi corazón, si así puedo expresarme, se sentía enfermo de compasión hacia ella.

Sus facciones no se borrarán jamás de mi memoria. Eran regulares, y la delgadez y la palidez realzaban más aún el encanto grave de su belleza. Unos cabellos negros muy espesos, recogidos sobre la nuca, ponían una sombra severa y clara sobre sus mejillas; pero lo que sobre todo me encantaba y conmovía, por contraste, era la mirada tierna de sus grandes e infantiles ojos azules, su mirada reflejaba a ratos tanta ingenuidad, que parecía repercutir cada sensación y cada transporte del corazón, todos sus instantes de tranquilidad, como también sus continuas melancolías.

Pero durante las horas de júbilo y reposo, en aquella mirada que penetraba el corazón, había tanta claridad, y sus ojos, azules como el cielo, brillaban con tanto amor, miraban con tanta dulzura, reflejaban un sentimiento tan profundo de simpatía hacia todo lo noble, hacia cuanto movía a la compasión, que el alma involuntariamente a ellos y de ellos parecía recibir la claridad, la tranquilidad moral, la paz y el amor. Del mismo modo, a veces, contemplando el cielo azul, nos sentimos dispuestos a permanecer durante horas enteras en una contemplación feliz, y parece que el alma se hace más libre, más serena, cual si en ella se reflejara la inmensa bóveda celeste. Con frecuencia, cuando la animación coloreaba su rostro y su pecho temblaba de emoción, sus ojos se convertían en luz, como si su alma, casta guardiana de la llama pura de lo bello, se transportase a ellos. En tales momentos, aparecía como inspirada.

Desde los primeros días después de mi llegada a aquella casa, me di cuenta de que ella se encontraba satisfecha al verme en su soledad —entonces solo tenía un niño de un año—. Me trató como a una hija; no estableció nunca diferencia alguna

entre sus hijos y yo. ¡Con cuánto ardor se consagró a mi educación! Al principio ponía tanto interés, que la señora Léotard se divertía.

En efecto, lo habíamos comenzado todo a la vez, de suerte que ni la una ni la otra nos entendíamos ya... Así, pues, empezó a enseñarme ella misma varias cosas a un mismo tiempo, con un ardor en el cual había más impaciencia que verdadera utilidad. Al pronto se entristeció un poco ante mi escaso saber; pero después de haber reído juntas comenzamos de nuevo, pues, a pesar de su primer fracaso, Alejandra Mijailovna se declaraba abiertamente contraria al sistema de la señora Léotard.

Ambas discutían, riendo; mi nueva educadora se oponía al empleo de todo sistema. Convenía que juntas, tanteando, encontrásemos el buen camino; no se debía atiborrar el cerebro de conocimientos inútiles; todo el éxito dependería de mi capacidad y de la habilidad para desarrollar en mí la buena voluntad. En definitiva, tenía razón, y consiguió una completa victoria. Primero, para empezar, las relaciones de alumna a profesora fueron del todo suprimidas. Trabajábamos de consuno, y a veces ocurría inclusive que era yo la que adoptaba la actitud del profesor. Así, pues, entre nosotras se suscitaban discusiones; yo me esforzaba cuanto podía para demostrar que comprendía bien e imperceptiblemente. Alejandra Mijailovna me traía a la razón; por fin, cuando obteníamos la verdad, yo adivinaba desde luego el procedimiento y lo demostraba. Y tras de haberme dado cuenta de los cuidados que me prodigaba durante horas enteras, me arrojaba a su cuello y la abrazaba con fuerza.

Mi sensibilidad le asombraba y le conmovía de una manera infinita. Empezaba a preguntarme con curiosidad acerca de mi pasado, deseando conocerlo; y siempre, a raíz de mis relatos, se tornaba más afectuosa y más grave conmigo, pues a causa de mi desdichada infancia, le inspiraba una compasión respetuosa. Después de mis relatos, entablábamos prolongadas conversaciones, en el transcurso de las cuales me explicaba mi pasado de tal manera que parecía revivirlo en efecto y mostrarme muchas cosas nuevas. La señora Léotard encontraba a menudo aquellas conversaciones demasiado serias, y al ver mis lágrimas las juzgaba de todo punto injustificadas. Pero yo pensaba justo lo contrario, pues tras de aquellas lecciones me encontraba tan satisfecha, tan ligera como si en mi suerte no hubiese habido ninguna desgracia. Además, estaba muy agradecida a Alejandra Mijailovna, porque cada día me obligaba a quererla más. La señora Léotard no comprendía que así, poco a poco, se fundiera de modo armónico cuanto en otro tiempo había conmovido prematuramente mi alma.

El día comenzaba de esta suerte: Nos reuníamos en la *nursery*^[3]. Despertábamos al niño; luego le lavábamos, le vestíamos, le dábamos algo de comer, le distraíamos y le enseñábamos a hablar; por último, abandonábamos al niño para ponernos a trabajar. Trabajábamos mucho, pero Dios sabe lo que significaban aquellos estudios... Lo abarcaban todo, y al mismo tiempo, no definían nada. Leíamos juntas

y cambiábamos impresiones. Abandonábamos el libro para dedicarnos a la música, y transcurrían las horas enteras sin que nos diésemos cuenta de ello. A menudo, por la tarde, llegaba B..., el amigo de Alejandra Mijailovna. La señora Léotard acudía también. Casi siempre se entablaba una conversación animada acerca del arte, de la vida, de la realidad y el ideal, del pasado y el porvenir, y a menudo nos ocurría quedarnos hablando hasta muy entrada la noche. Yo escuchaba ávidamente, me entusiasmaba con los demás, reía o me entristecía. En el transcurso de aquellas entrevistas me enteré al detalle de cuanto concernía a mi padre y a mi madre y a mi primera infancia.

Entre tanto, seguía creciendo. Se me proporcionaron algunos profesores, con los cuales, sin Alejandra Mijailovna, no hubiese aprendido nada. Con el profesor de geografía no lograba más que estropearme la vista buscando en el mapa las ciudades y los ríos, mientras que, con Alejandra Mijailovna, emprendíamos magníficos viajes, visitábamos un país, contemplábamos sus maravillas, vivíamos horas entusiastas y fantásticas. Nuestro interés era tan grande, que los libros que ella había leído no eran ya suficientes y nos veíamos obligadas a recurrir a nuevos volúmenes. Bien pronto pude yo misma demostrarle al profesor cómo había aprendido todo lo que él deseaba. Sin embargo, debo hacerle justicia diciendo que hasta el último momento conservo sobre mí la ventaja de conocer imperturbablemente la longitud y la latitud de cualquier ciudad, así como también la cifra de su población.

Al profesor de historia se le pagaba muy escrupulosamente; pero cuando había salido, Alejandra Mijailovna y yo estudiábamos la historia a nuestra manera. Cogíamos libros y leíamos, a veces hasta hora muy avanzada de la noche, o más bien, para decir verdad, era Alejandra Mijailovna la que leía, aunque cumplía también con las funciones propias del censor. No experimenté nunca mayor entusiasmo que al final de aquellas lecturas. Las dos nos animábamos, como si fuésemos nosotras mismas los héroes. Sin duda, leíamos mucho entre líneas. Además, Alejandra Mijailovna relataba muy bien; hubiérase dicho que cuanto narraba había ocurrido en su presencia. Aunque aquel entusiasmo era muy extraño, yo sabía que conmigo se tranquilizaba.

Recuerdo que, frecuentemente, reflexionaba al contemplarla y adivinaba sus pensamientos, pues aun antes de haber empezado a vivir conocía mucho la vida.

Cumplí los trece años. La salud de Alejandra Mijailovna empeoraba por días. Se tornaba irritable, con accesos de tristeza largos y agudos. Las visitas de su marido se hacían más asiduas. Se quedaba con ella, aunque, como antes, sin decir una palabra y cada vez más ceñudo. Su vida comenzaba a interesarme mucho. Había salido ya de la infancia; diversas impresiones nuevas se formaban en mí; observaba, daba vueltas a mi imaginación, y suponía... El misterio de aquella familia me atormentaba cada vez más. En ciertos momentos me parecía comprender algo de aquel misterio. Otras

veces me volvía indiferente, apática, aburrida; olvidaba mi curiosidad al no hallar solución para ninguna de mis preguntas. Por último, cada vez con más frecuencia, experimentaba la extraña necesidad de quedarme sola y reflexionar, reflexionar incesantemente, como en la época en que vivía aún con mis padres, cuando, antes de trabar amistad con mi padre, me oculté durante un año en un rincón para pensar, para meditar, para observar, de suerte que me volví por completo salvaje al vivir entre los vecinos fantásticos creados por mi imaginación. La única diferencia consistía en que, a la sazón, tenía más impaciencia, más angustia, mayor deseo de movimiento, hasta el extremo de que no podía ya concentrarme en un solo punto como en otro tiempo.

En cuanto a Alejandra Mijailovna, parecía alejarse de mí. A mi edad yo apenas podía ser ya su camarada. Ya no era una niña. Interrogaba acerca de demasiadas cosas y a ratos la miraba de tal manera, que ella se veía obligada a bajar los ojos delante de mí. Había momentos extraños. Yo no podía ver sus lágrimas, y a menudo las mías acudían a mis ojos al mirarla. Me arrojaba a su cuello y la besaba con ardor. ¿Qué podía responderme? Yo comprendía que era una gran carga para ella. En otros momentos —y esto era siempre penoso y triste— ella misma, como desesperada, me besaba fuertemente, pareciendo buscar mi simpatía, como si no pudiera soportar su soledad, como si yo la comprendiese ya, como si hubiéramos sufrido juntas.

No obstante, existía un misterio entre nosotras, y yo misma comenzaba a alejarme de ella. Su presencia se me hacía penosa; además, pocas cosas nos reunía entonces: solo la música; pero el médico se la había prohibido. ¿Los libros? Cada vez se iba haciendo aquello más difícil; no se hallaba en estado de leer conmigo. Los habríamos detenido en la primera página: cada palabra podía ser una alusión; cada frase, un equívoco. Evitábamos la conversación directa, calurosa e íntima.

Pero justamente en aquel momento, la suerte, tan imprevista, proporcionó, de la manera más extraña, otra orientación a mi vida. Mi atención, mis sentimientos, mi corazón, mi espíritu, en una tensión que llegaba al entusiasmo, tomaron otro rumbo. Sin notarlo me encontré transportada a un mundo nuevo. No tenía tiempo de retroceder, de mirar en torno mío, de reflexionar: podía perderme, yo misma lo comprendía; pero la tentación era más fuerte que el temor, y me abandonaba al azar con los ojos cerrados. Me resistía por mucho tiempo a aceptar aquella existencia que empezaba a constituir para mí una carga, y en la cual, con tanta avidez e inutilidad, había buscado una huida. He aquí lo que sucedió:

El comedor tenía tres salidas. Por una se llagaba a las habitaciones de recepción; por otra, a la cocina y a la *nursery*, y por la tercera, a la biblioteca. En la biblioteca, otra puerta daba al despacho donde permanecía ordinariamente el secretario de Piotr Alexandrovich, que era a la vez su amanuense, su apoyo y su hombre de confianza. Él guardaba la llave de la biblioteca. Separaba mi cuarto de esta aquel despacho. Un día en que el secretario no estaba en casa, después de comer, encontré la llave de la

biblioteca. Me invadió la curiosidad, y aprovechando mi hallazgo, entré en ella. Era una pieza bastante grande, con mucha luz, donde había ocho grandes armarios llenos de libros. Piotr Alexandrovich recibió la mayor parte de aquellos libros en una herencia. Otra parte fue adquirida por Alejandra Mijailovna, que compraba volúmenes sin cesar.

Hasta entonces no se me había dejado leer sino con la mayor circunspección, y adivinaba fácilmente que se me ocultaban muchas cosas, las cuáles constituían para mí un misterio. Así, pues, con una gran curiosidad, en un transporte de temor y júbilo, presa de un sentimiento particular; abrí el primer armario y cogí la primera obra que cayó en mis manos. En aquel armario había novelas. Tomé una, volví a cerrar el armario y trasladé el libro a mi cuarto. Experimenté una sensación extraña; me latía el corazón con fuerza, como si presintiera que un gran cambio se operaba en mi existencia. Tan pronto como llegué a mi habitación, me encerré y abrí la novela. Pero no podía leer. Otra cosa me preocupaba. Necesitaba primero asegurarme definitivamente la posesión de la biblioteca; era menester que nadie pudiese concebir dudas, con el fin de que yo lograra en cualquier momento coger los libros que quisiera. Para conseguirlo, aplacé mi placer hasta un instante más propicio. Coloqué el libro en su sitio y oculté la llave en mi habitación. Aquel era el primer acto malo que cometía.

Temía las consecuencias; pero todo se arregló a medida de mis deseos. El secretario de Piotr Alexandrovich, después de haber buscado la llave, durante todo un día y parte de la noche, por el suelo, con una bujía, se decidió, por la mañana, llamar a un cerrajero. Así terminó el asunto, y no se volvió a hablar más de la llave perdida. Yo me conduje en aquella ocasión con tanta prudencia y astucia, que estuve esperando durante una semana antes de volver a entrar en la biblioteca, no sin haberme convencido totalmente de que no existía el peligro de que se sospechara de mí. Escogiendo un momento en que el secretario no estaba en casa, me dirigí a la biblioteca por la puerta del comedor. El secretario de Piotr Alexandrovich se contentaba con tenerla en el bolsillo, sin tener nunca contacto más directo con los libros, y sin entrar siquiera en la estancia donde permanecían guardados.

Desde entonces comencé a leer con avidez, y bien pronto la lectura constituyó mi pasión. Todas mis nuevas necesidades, todas mis aspiraciones recientes, todos los transportes vagos aún de mi adolescencia, que surgían en mi alma de una manera tan turbadora y eran provocados por mi precoz desenvolvimiento, todo aquello, de súbito, se precipitó en una dirección, pareció satisfacerse por completo con aquel alimento nuevo y hallar en él su curso normal. Al poco tiempo, mi corazón y mi cerebro se encontraron tan halagados, y mi fantasía se desarrolló tan ampliamente, que parecía olvidar cuanto me había rodeado hasta entonces. Diríase que la suerte misma me detenía en el umbral de la nueva vida a que me osaba, en la cual pensaba

día y noche, y que, antes de abandonarme a emprender la prolongada marcha, me hacía ascender a una altura desde donde podía contemplar el porvenir en un maravilloso panorama, bajo una perspectiva brillante y maléfica. Me veía destinada a vivir todo aquel porvenir después de haberlo aprendido en los libros, a vivir los sueños, las esperanzas, la dulce emoción de mi espíritu juvenil. Inicié mis lecturas sin establecer método alguno, por el primer libro que cayó en mis manos. Pero el destino velaba por mí. Cuanto había aprendido y vivido hasta aquel día era tan noble, tan austero, que una página impura o mala no habría podido seducirme. Mi instinto de niña, mi precocidad, todo mi pasado velaban por mí, y entonces, mi conciencia me iluminaba toda mi vida. En efecto, cada una de las páginas que leía me era conocida, parecía vivida ya, como si todas aquellas pasiones, como si toda aquella vida que se levantaba ante mí bajo formas inesperadas, en maravillosos cuadros, la hubiese experimentado antes.

¿Y cómo podía no sentirme enajenada hasta el olvido del presente, hasta el olvido de la realidad, cuando ante mí, en cada libro que leía, se concretaban las leyes de un mismo destino, el mismo espíritu de aventura que reina en la vida del hombre que proviene de la ley fundamental de la vida humana y constituye la condición de su salvación y su felicidad? Esta ley era la que yo presentía, la que procuraba adivinar con todas mis energías, con todos mis instintos y casi por un sentimiento de salvaguardia. Parecía prevenirme, como si existiera en mi alma algo profético, y cada día la esperanza crecía más, mientras al mismo tiempo aumentaba cada vez más mi deseo de entrar en aquel porvenir, en aquella vida.

Sin embargo, como ya he dicho, mi fantasía aventajaba a mi impaciencia, y a decir verdad, solo era muy audaz en sueños; ante la realidad, permanecía instintivamente tímida con respecto del porvenir.

Así, pues, inconscientemente, resolví contentarme, mientras esperaba, con el mundo de la fantasía y del ensueño, donde yo estaba sola para obrar, donde solo existían los goces y donde la desgracia, cuando era admitida, solo desempeñaba un papel pasivo, pasajero: justamente el necesario para establecer el contraste y el brusco cambio de la suerte en el desenlace afortunado de mis novelas.

Semejante vida —vida de imaginación, vida ajena a cuanto me rodeaba— duró tres años.

Aquella vida constituía mi secreto, y durante tres años enteros no supe si debía temer o no que se descubriera. Lo que viví durante aquellos tres años me fue demasiado querido, demasiado íntimo; en todas aquellas fantasías me reflejaba yo misma demasiado, hasta el punto de que llegaba a aturdirme, asustada de cualquier mirada extraña, que, por casualidad, sondeara en mi alma.

Además, todos nosotros vivíamos en la casa tan aislados, tan fuera del trato social, con tal calma monástica, que involuntariamente en cada uno de nosotros se

desarrollaba la tendencia a replegarse en sí mismo. Y esto era lo que me ocurría.

Durante aquellos tres años, nada cambió en mi derredor; todo permanecía como antes. Como antes, reinaba entre nosotros una monotonía triste, que hubiera podido atormentar mi alma y orientarla hacia un camino tal vez pernicioso. La señora Léotard había envejecido, y no salía ya, apenas de su cuarto. B... resultaba muy monótono, y el marido de Alejandra Mijailovna continuaba tan severo y tan ceñudo como en otro tiempo. Entre él y su mujer reinaba, como antes, el mismo misterio, que comenzaba a parecerme cada vez más horrible, y cada día temía más por Alejandra Mijailovna. Su vida triste y monótona se extinguía a mis ojos. Su salud empeoraba de día en día. Una especie de desesperación parecía haberse apoderado de su alma. Se hallaba visiblemente bajo la impresión de algo desconocido, indefinido, de lo cual ella misma no podía darse cuenta; algo terrible, y al mismo tiempo, incomprensible, aunque lo aceptaba como la cruz de su vida condenada. Su corazón se endurecía en aquel sufrimiento sordo, y hasta su espíritu adquiría una apariencia penosa. Lo que me conmovía sobre todo, era cómo, por lo visto, a medida que yo iba creciendo, ella se alejaba de mí. Hasta en ciertos momentos recibía la impresión de que no me quería, de que yo era un estorbo para ella.

Ya he dicho que me alejé de ella voluntariamente, y que, una vez lejos, me encontré como contaminada por el misterio de su propio carácter. He aquí por qué cuanto viví durante aquellos tres años, cuanto nacía en mi alma, en mis ensueños, en mis esperanzas, en mis entusiasmos apasionados, todo aquello permanecía en mí.

Desde el día en que nos separamos una de otra, no habíamos vuelto a reunirnos nunca. No obstante, creía quererla cada día más. Ahora no puedo recordar, sin que las lágrimas acudan a mis ojos, hasta qué punto me hallaba unida a ella, hasta qué punto había prendido en mi corazón para prodigarme.

Todos los tesoros de amor que encerraba, y para cumplir hasta el final su abnegación al constituirse en mi madre. Claro que su propio dolor la separaba a veces de mí por mucho tiempo; parecía entonces olvidarme, tanto más cuanto que yo misma procuraba no acordarme de ella, y por esto mis dieciséis años llegaron sin que nadie lo notara. Pero, a momentos, Alejandra Mijailovna empezaba de pronto a inquietarse por mí, me llamaba, me dirigía multitud de preguntas, como para conocerme mejor; adivinaba mis deseos y me prodigaba sus consejos a cada instante. Pero se había acostumbrado ya a prescindir demasiado de mí, pues a veces obraba harto ingenuamente, y yo lo notaba y lo comprendía todo.

Un día —no tenía yo aún dieciséis años—, habiendo examinado uno de mis libros, me interrogó acerca de mis lecturas, y advirtiéndome que yo no había salido aún de las obras para niños, pareció horrorizarse de repente. Yo la comprendía y la seguía atenta. Durante dos semanas enteras, pareció prepararme y darse cuenta del grado de mi desarrollo y mis necesidades. Por fin, se decidió a tomar una determinación, y

sobre nuestra mesa apareció *Ivanhoe*, de Walter Scott, que yo había leído hada mucho tiempo, lo menos tres veces. Al principio, con una atención tímida, siguió mis impresiones, escrutándolas, como si tuviera miedo de ellas. Por último, desapareció aquella tensión, sobrado forzada; nos entusiasmamos las dos, y me consideré tan feliz, tan feliz, que no pude ya ocultarme a ella. Cuando llegamos al final de la novela, ella se hallaba tan entusiasmada como yo. Cada una de mis observaciones era juiciosa; cada impresión, precisa. A sus ojos, yo aparecía ya desarrollada del todo. Poseída por mi entusiasmo, se dedicó alegremente a seguir mi educación. Se prometía no separarse ya de mí; pero no dependía de ella. Bien pronto nos separó de nuevo la suerte e impidió nuestra reconciliación. Bastó para ello el primer acceso de su enfermedad, su dolor perpetuo, y después, de nuevo, se interpuso el misterio, la desconfianza, quizá también, el odio.

Sin embargo, aun en tales momentos, había minutos que se escapaban a nuestro poder. La lectura, algunas palabras de simpatía cambiadas entre nosotras, la música, nos hacían olvidar todo, y nos decíamos demasiado; luego nos sentíamos molestas una frente a otra. Tras de haber reflexionado, nos mirábamos como asustadas, con una curiosidad plena de sospechas y desconfianza. Cada una de nosotras conservaba su límite hasta el cual podíamos llegar a franquearnos, pero ni lo deseábamos siquiera.

Una tarde, al anoecer, leía yo distraídamente un libro en el gabinete de trabajo de Alejandra Mijailovna. Ella estaba sentada delante del piano, improvisando sobre uno de sus motivos favoritos de la música italiana. Cuando pasó, por fin, a la pura melodía, transportada por la música que me penetraba el corazón, comencé tímidamente, a media voz, a tararear aquel aire. Bien pronto, arrebatada por completo, me levanté de mi sitio y me acerqué al piano. Alejandra Mijailovna, como si hubiera adivinado mi intención, continuó acompañándome, siguiendo con amor cada nota de mi voz. Parecía emocionada ante su riqueza. Hasta aquel día no había cantado nunca delante de ella y yo misma no sabía si tenía voz. Pero aquella tarde, de pronto, las dos nos excitamos; yo subía la voz cada vez más, y el asombro de Alejandra Mijailovna estimulaba en mi más aún la fuerza y la pasión. Por fin terminó mi canto con tanta vida y fuerza, que, entusiasmada, me cogió las manos y me miró con júbilo.

—Anita, tienes una voz admirable —dijo—. ¡Dios mío!, ¿cómo no lo habré notado antes?

—Yo misma no lo sabía —respondí, enajenada de placer.

—¡Dios te bendiga, mi querida niña! ¡Dale las gracias por haberte concedido ese don!... ¡Quién sabe!... ¡Oh, Dios mío, Dios mío!...

Estaba tan conmovida ante aquel hallazgo inesperado, tan loca de júbilo, que no sabía cómo decírmelo, cómo acariciarme. Se presentaba uno de aquellos minutos de

revelación de la mutua simpatía, de la aproximación que desde hacía mucho tiempo no habíamos tenido. Una hora después, como si se hiciera fiesta en la casa, se mandó llamar a B... Mientras le esperábamos, cogimos al azar otro trozo de música que yo conocía mejor. Aquella vez temblaba de miedo. Temía destruir la primera impresión. Pero en breve mi propia voz me animó y me devolvió la confianza. Yo misma me hallaba sorprendida de su fuerza, y aquella segunda experiencia disipó todo temor. En su acceso de júbilo impaciente, Alejandra Mijailovna hizo acudir a sus hijos y hasta a la niñera, y por último, en el paroxismo de su entusiasmo, fue a buscar a su marido al despacho, lo cual no se había atrevido a hacer nunca en ningún otro momento.

Piotr Alexandrovich escuchó la noticia con una gran benevolencia; me felicitó y fue el primero en decir que convenía que se me dieran algunas lecciones. Alejandra Mijailovna, satisfecha y agradecida, como si se tratara de ella, le besó las manos. Al cabo apareció B... El viejo se mostraba muy contento. Me quería mucho. Se acordaba de mi padre y de su pasado. Canté en su presencia dos o tres pasajes. Entonces, en actitud seria y cuidadosa, y aun con cierto misterio, declaró que, indiscutiblemente, yo tenía facultades e incluso talento, y que le era imposible no hacerme trabajar. Más tarde, como reponiéndose, los dos —él y Alejandra Mijailovna—, considerando peligroso alabarme demasiado al principio, comenzaron a hacerse señas con los ojos; pero su conjuración era tan ingenua y tan torpe, que la advertí desde luego. Reí durante todo el tiempo, al ver cómo, después de cada nuevo pasaje, se esforzaban por reprimirse y adrede ponían reparos en alta voz acerca de mis defectos. Mas no pudieron contenerse mucho tiempo, y B..., otra vez emocionado de júbilo, llegó a contradecirse.

Yo no había dudado jamás de que me quería mucho. Durante toda la velada aquello constituyó la conversación más amigable y más deliciosa. B... refería anécdotas acerca de los cantantes y de los artistas conocidos, y luego habló con entusiasmo, casi con adoración, de uno. Después, la conversación volvió a recaer sobre mí, sobre mi infancia, sobre el príncipe y su familia, de la cual había oído hablar muy pocas veces, a partir de nuestra separación. Alejandra Mijailovna misma conocía muy pocas cosas sobre aquel particular. B... era el mejor informado, porque había ido varias veces a Moscú; pero al tocar este punto, la conversación adquirió un tono misterioso e incomprensible para mí. Dos o tres observaciones relativas al príncipe me llamaron la atención particularmente. Alejandra Mijailovna preguntó por Catalina; pero B... no podía decir nada a aquel respecto, y hasta con intención, se callaba.

Aquello me extrañó. No solo no había olvidado a Catalina; no solo mi antiguo afecto hacia ella no se había extinguido, sino que, por el contrario, no podía pensar siquiera que hubiese podido producirse un cambio en Catalina. La separación, aquellos largos años vividos en el aislamiento, durante los cuales ninguna habíamos

tenido la menor noticia de la otra, la diferencia de nuestra educación y de nuestros caracteres desaparecían para mí. En una palabra, Catalina no había desaparecido nunca de mi imaginación. Me parecía que había vivido siempre conmigo, sobre todo durante mis ensueños y en mis novelas; en mis aventuras fantásticas íbamos juntas, cogidas de la mano. Me imaginaba ser la heroína de cada novela que leía; situaba inmediatamente junto a mí a aquella amiga de mi infancia, y desdoblaba la novela en dos partes, de las cuales, una era creada por mí, relacionándola con mis autores favoritos.

Por último, en nuestro consejo de familia se decidió llamar a un profesor de canto. B... nos recomendó al más conocido, al mejor. Al día siguiente, el italiano D... se presentó en nuestra casa. Me hizo cantar y se manifestó de la misma opinión que su amigo B...; pero declaró que me sería mucho más provechoso ir a trabajar a su clase con los demás alumnos, que la emulación y las múltiples ocasiones de instruirme serían favorables al desarrollo de mi voz. Alejandra Mijailovna aceptó, y a partir de aquel día, tres veces por semana asistí a la clase, a las ocho de la mañana, acompañada por una doncella.

Referiré ahora un acontecimiento que produjo en mí una gran impresión y señaló un nuevo período de mi existencia.

Tenía entonces dieciséis años cumplidos. En mí, de pronto, se manifestaba una apatía incomprensible. Todos mis sueños, todos mis entusiasmos, todas mis excentricidades habían desaparecido. Una fría indiferencia había reemplazado el antiguo ardor de mi alma. El arte mismo perdió para mí su atractivo, y lo abandoné. Nada me distraía ya, hasta el punto de que sentía indiferencia hacia Alejandra Mijailovna. Mi apatía era interrumpida por tristezas sin causa y por lágrimas. Buscaba la soledad... A la sazón, un suceso extraño trastornó mi alma y trocó aquella negligencia en una verdadera tempestad. He aquí lo que ocurrió.

CAPÍTULO VII

E ntré en la biblioteca —esto constituirá siempre para mí un hecho memorable—, de donde cogí una novela de Walter Scott, *Las aguas de Saint-Roñan*, la única obra de este autor que aún no había leído. Recuerdo que una tristeza sin motivo me atormentaba; era como una especie de presentimiento. Sentía deseos de llorar. La estancia aparecía muy iluminada por los rayos oblicuos del sol poniente. Todo estaba silencioso. En las habitaciones próximas no había un alma. Piotr Alexandrovich no estaba en casa, y Alejandra Mijailovna se encontraba enferma y acostada. Yo lloraba. Cuando abrí el libro por la segunda parte, lo hojeé, tratando de hallar sentido a las frases que se ofrecían a mis ojos. Parecía adivinar que iba a distraerme abriendo un libro así. Recuerdo que acababa de cerrar el volumen para abrirlo después al azar, con el fin de leer, pensando en mi porvenir, la página por donde se abriera. Al abrir el libro encontré una hoja de papel de cartas hecha cuatro dobleces y muy bien plegada, como si hubiera sido puesta en aquel volumen desde hacía varios años y permaneciese allí olvidada.

Con una gran curiosidad empecé a examinar mi hallazgo. Era una carta sin dirección y firmada con dos iniciales: S. O. Mi atención aumentó. Abrí la tal carta, cuyas hojas estaban casi pegadas, y las cuales, a causa de su prolongada permanencia entre las páginas, habían señalado sobre ellas un claro rectángulo. Los pliegos estaban amarillentos. Se veía que, en otro tiempo, había sido leída con frecuencia y guardada como un tesoro. Algunas frases atrajeron mi mirada, y mi corazón palpité de emoción. Daba vueltas entre mis manos a aquella misiva, como para retrasar a propósito el momento de la lectura. La trasladé furtivamente hacia la luz. Sí, sobre aquellas líneas había huellas de lágrimas; habían dejado manchas sobre el papel, y en algunos sitios, habían borrado los caracteres. ¿De quién serían aquellas lágrimas?... Por fin, no pudiendo contenerme más, leí la mitad de la primera página, y un grito de asombro se escapó de mi pecho.

Coloqué el libro en su sitio, volví a cerrar la biblioteca, y con la epístola en el pecho, corrí hacia mi habitación. Me encerré en ella y comencé a leer de nuevo la carta. Mi corazón latía tanto, que las palabras danzaban ante mis ojos. Necesité largo rato para empezar a enterarme. Aquella misiva me descubría una parte del misterio. Me hirió como un rayo, pues comprendí a quién iba dirigida. Sabía que, leyendo aquella carta, casi cometía un crimen; pero mi curiosidad era más fuerte que yo. La carta estaba dedicada a Alejandra Mijailovna. Comprendí con vaguedad lo que contenía, y durante mucho tiempo obsesionó penosamente mi imaginación. Desde aquel día comenzó para mí una nueva vida. Mi corazón acababa de ser conmovido para luengos años, casi para siempre. Había adivinado con precisión mi porvenir.

Aquella carta era una última, una desgarradora despedida. Cuando la leí sentí una

gran opresión en el corazón, como si yo misma lo hubiera perdido todo, como si todo hubiese huido para mí, como si nada me quedara, salvo la vida, que ya no se me hacía necesaria. ¿Quién era el que escribió aquella *cuitta*?... ¿Cuál hubo de ser su vida después?... En la epístola había tantas alusiones, que quien leyera no podía equivocarse, y al mismo tiempo, contenía tantas preguntas, que no podía perderse en conjeturas. Yo apenas me equivoqué. Además, el estilo revelaba muchas cosas; descubría el carácter de la amistad que uniera dos corazones. He aquí la carta. La transcribo casi literalmente:

Has dicho que no me olvidarás. Te creo, y de ahora en adelante toda mi vida está en esas palabras. Necesitamos separarnos: ha llegado nuestra hora. Lo sabía desde hace mucho tiempo, encanto mío; pero hasta ahora no lo he comprendido. Durante toda nuestra época, durante toda la época en que me has amado, mi corazón ha sufrido por nuestro amor, y créelo, ahora me siento más ligero. Sabía desde hace mucho tiempo que esto tendría su fin; que era fatal que así fuese. Escúchame, Alejandra: nosotros somos desiguales, y yo lo he comprendido así siempre, siempre... Soy indigno de ti y solo yo debía ser castigado por la felicidad vivida.

Di, ¿qué era yo para ti antes de conocerte?... ¡Dios mío!... Han transcurrido ya dos años, y hasta ahora he sido como un hombre sin conocimiento; hoy mismo no puedo comprender por qué me has amado. Acuérdate de lo que yo era en comparación contigo. ¿Era yo digno de ti? ¿Poseía algún mérito particular? Ante ti resultaba grosero y torpe; mi carácter era triste y taciturno. No deseaba otra vida ni pensaba en ella; no la anhelaba ni quería anhelarla. Todo en mí se hallaba oprimido, y no veía nada en el mundo más importante que mi trabajo cotidiano y maquinal. No me cuidaba del mañana; hasta para este cuidado me mostraba indiferente. Antes —hace mucho tiempo de esto— pensé en algo. Pensé como un tonto. Pero luego transcurrieron muchos días y comencé a vivir solo, severamente, tranquilamente, sin sentir siquiera el frío que helaba mi corazón. Todos mis ensueños estaban adormecidos. Sabía —lo había decidido— que nunca otro sol brillaría para mí. Lo creía y no me indignaba, porque debía ser así. Cuando pasaste por delante de mí, no comprendí que pudiera atreverme a levantar los ojos hasta ti. Era como un esclavo en tu presencia. Mi corazón no temblaba junto a ti, no me decía nada de ti. Estaba seteno. Mi alma no reconocía la tuya, aunque sentía la dulzura junto a su hermana maravillosa.

Lo supe, lo comprendí súbitamente. Aquello podía sentirlo, porque el sol luce para el más insignificante de los insectos, le da calor y lo acaricia, como a la flor más admirable junto a la cual se encuentra. Cuando lo supe todo —

¿te acuerdas de aquella tarde?—, después de las palabras que trastornaron mi alma, me sentí cegado, emocionado, todo se ensombrecía en mí, y tú sabes que me hallaba tan aburrido que no creía comprenderte. Nunca te hablé de esto; tú no sabías nada...

Si hubiera podido, si me hubiera atrevido a hablarte, te lo habría confesado todo hace mucho tiempo; pero me callé...

Y ahora lo diré todo con el fin de que sepas a quién abandonas, de qué hombre te separas. ¿Sabes que te comprendí desde luego?... La pasión me invadió como el fuego, se infiltró en mi sangre como un veneno y turbó todas mis ideas, todos mis sentimientos. Estaba embriagado, estaba como mareado, y a tu amor puro, misericordioso, no respondí como de igual a igual, como si fuese digno de tu amor, sigo sin comprender ni sentir. No te comprendí. Te respondí como a la mujer que, ante mi condición, hasta se olvidaba de mí, y no como a la que quisiera elevarme hasta ella.

¿Sabes qué era lo que había sospechado, lo que significaba olvidarse de mí?... Pero no, no te ofenderé con mi confesión. Te diré solo que estas profundamente equivocada con respecto a mí. ¡Nunca, nunca habría podido elevarme hasta ti! No podía contemplarte en tu amor ilimitado hasta que te hube comprendido. Sin embargo, esto no borra mi falta. Mi pasión intensa hacia ti no era amor. El amor no lo tenía; no me atrevía a amarte. En el amor existe reciprocidad, igualdad, y yo era indigno de eso. ¡No sabía lo que existía en mí!

¡Oh! ¿Cómo explicártelo? ¿Cómo hacértelo comprender?... Al principio, no creí en ello... ¿Te acuerdas de que cuando mi primera emoción fue calmada, cuando mi primera mirada se iluminó, cuando no quedaba más que un solo sentimiento —el más puro—, entonces mi primer gesto fue de asombro y de miedo? ¿Recuerdas cómo, sollozando, de improviso me arrojé a tus pies?... ¿Recuerdas cómo, confusa, asustada, con lágrimas en los ojos, me preguntaste qué tenía?... Me callé; no podía responderte; pero mi alma se desgarraba, mi felicidad me oprimía como una carga insoportable, y mis sollozos decían en mí: ¿Por qué? ¿Por qué he merecido esto? ¿Por qué he merecido la felicidad? ¡Oh! ¡Cuántas veces —tú lo sabías—, cuántas veces, a escondidas, besé tu ropa, porque me consideraba indigno de ti!... Y entonces, mi corazón latía despacio, con fuerza, como si quisiera detenerse para siempre... Cuando estrechaba tu mano, me tornaba pálido y tembloroso. Me encontraba turbado por la pureza de tu alma.

¡Oh!... No puedo expresarte todo lo que se acumula en mi corazón, y que tanto deseo decirte... ¿Sabes que tu cariño constante hacia mí me era doloroso? Sufría. Cuando me besaste —solo una vez, y no lo olvidaré nunca

— una niebla veló mis ojos y mi alma entera se conmovió. ¿Por qué no caí muerto, en aquel instante a tus pies?... Te tuteo por primera vez, a pesar de que tú me lo pediste muchas veces. ¿Comprendes lo que quiero decir?... Quiero decírtelo todo, y te lo diré. Sí, me amas; me has amado, como una hermana ama a su hermano; me has amado como a tu creación, porque has resucitado mi corazón, has despertado mi espíritu y has vertido en mi alma la dulce esperanza. Y yo no podía, no me atrevía... Hasta hoy, jamás te llamé hermana mía, porque yo no podía ser tu hermano, porque no somos iguales, porque te equivocas conmigo...

Ya ves, solo hablo de mí. Ahora mismo, en este momento de terrible desgracia, no pienso más que en mí, aunque sé, no obstante, que sufres por causa mía. ¡Oh, mi querida amiga, no te atormentes por mí! ¡Si supieras cuán humillado me siento hoy a mis propios ojos!... ¡Todo se ha descubierto, y ha producido tanto escándalo! A causa mía se te repudiará, se te arrojará a la cara el desprecio, la burla, porque a los ojos de los demás, yo soy muy ruin... ¡Oh! ¿Soy culpable de no ser digno de ti? Si fuese algo importante, si inspirara más respeto, te perdonarían... Pero soy ruin, soy insignificante, soy ridículo, y nada existe peor que ser ridículo... ¿Sabes en qué situación me encuentro ahora?... Me burlo de mí mismo, y me parece que todos tienen razón, pues yo mismo me encuentro ridículo y odioso. Lo comprendo. Odio mi figura, mis costumbres, mis maneras... Las he odiado siempre... ¡Oh! Perdona mi grosera desesperación. Te he perdido... He dirigido hacia ti la cólera y la burla, porque era indigno de ti...

Y he aquí que esta idea me atormenta. Me corroe el corazón; me parece siempre que tú amas en mí no al hombre, tal como soy, sino al que creías encontrar, y te has equivocado... Esto me es insoportable; esto es lo que me atormenta de momento hasta la demencia...

¡Adiós, pues; adiós!... Ahora que todo se sabe, ahora que corren rumores y murmuraciones procaces «yo los he oído», ahora que me siento humillado ante mis propios ojos, ahora que estoy maldito, ahora, para tranquilidad mía, necesito huir, desaparecer... Así se me exige... No volverás a verme nunca. Es necesario. ¡Lo quiere el destino!... Había recibido mucho: era un error de la suerte, y ahora lo ha reparado; me lo retira todo... Nos encontramos, nos reconocimos, y vamos a separarnos hasta el futuro encuentro. ¿Dónde nos encontraremos? ¿Cuándo tendrá este encuentro lugar?... Toda mi alma se siente plena de ti. ¡Oh!... ¿Por qué, por qué todo esto?... ¿Por qué nos separamos?... Dime, ¿cómo desgarrar la vida en dos pedazos, cómo arrancarse el corazón del pecho y vivir sin corazón?... ¡Oh! ¡Cuando pienso que no volveré a verte nunca, nunca!... ¡Dios mío! ¡Qué gritos terribles se

han lanzado!... ¡Cómo temo por ti!...

He vuelto a encontrar a tu marido... Los dos somos indignos de él, aunque los dos somos inocentes ante él... Lo sabe todo, nos ve, lo comprende todo, y aun antes, todo para él estaba tan claro como la luz del día. He intercedido, heroico, por ti. Te salvará. Te defenderá contra los clamores y los gritos. Te ama y te estima infinitamente. ¡Es tu salvador, en tanto que yo huyo!... Me dirigí hacia él... Quería besarle las manos... Me ha ordenado partir desde luego... Está decidido... Se dice que, por tu causa, ha reñido con todos... Allá todos están en contra tuya... Se le reprocha su complacencia, su debilidad... ¡Dios mío, lo que todavía hablan de ti!... No saben, no pueden comprender... Perdónalos, querida mía, como yo los perdono, aun cuando me han hecho más daño que a ti...

Mi cerebro se extravía; no sé ya lo que escribo... ¿Qué fue lo que me permití decirte ayer?... Todo lo he olvidado. Me hallaba fuera de mí; tú llorabas... ¡Perdóname aquellas lágrimas! ¡Soy tan débil! Quería decirte aún algo... ¡Oh! ¡Besar una vez más tus manos; cubrirlas de lágrimas, como ahora cubro de lágrimas estas páginas!... ¡Arrojarme una vez más a tus pies!... ¡Si solo supieran que tu sentimiento es tan grande!... Pero están ciegos; sus corazones son soberbios y orgullosos; no ven ni verán nunca. No creerán que tú eres inocente, aunque todo en la tierra se lo demostrara... ¿Qué mano te lanzaría la primera piedra?... ¡Oh!... Eso no les preocupará. Lanzarán millares de piedras; las lanzarán todas a la vez, y se creerán libres de pecado. ¡Oh! ¡Si supieran lo que han hecho!... Ahora estoy desesperado. Los calumniaré quizá, y acaso te comunique mi temor. ¡No temas, no temas, querida mía! Se te comprenderá. Por fin, ya hay alguien que te ha comprendido: tu esposo. ¡Adiós, adiós! No te doy las gracias. ¡Adiós para siempre!

S. O.

Mi confusión era tan grande, que estuve mucho tiempo sin saber lo que me había pasado. Me sentí trastornada y espantada. La realidad acababa de cogerme de improviso, en medio de la vida fácil de los ensueños, donde me había sumido desde hacía tres años. Con temor comprendía que tenía un gran secreto entre mis manos, y que aquel secreto encerraba ya toda mi existencia. ¿Cómo?... Lo ignoraba aún; pero comprendía que, a partir de aquel minuto, comenzaba para mí un nuevo porvenir. Entonces, involuntariamente, me creí un miembro activo entre la vida y las relaciones de las gentes que hasta aquel día constituían para mí el mundo entero, y temía por mí. ¿Conque llegaba yo, extraña no invitada?... ¿Qué aportaba?... ¿Cómo se desenlazarían aquellos vínculos que de una manera tan inesperada me ligaban al

secreto de los demás? ¿Cómo saberlo?... ¿Acaso mi nuevo papel sería penoso para ellos y para mí?... Con todo, no podía ya separarme ni aceptar aquel papel... ¿Qué sería de mí?... ¿Qué había aprendido?... Millares de preguntas, aún oscuras y vagas, surgían en mi mente y me oprimían el corazón. Me consideraba perdida.

Recuerdo cómo me asaltaban en otros momentos impresiones nuevas, extrañas, que jamás había experimentado. Me parecía que algo se escapaba de mi pecho; la angustia que llenaba mi corazón desaparecía de pronto, dando entrada a algo nuevo, por lo cual no sabía si debía entristecerme o regocijarme. Entonces era como el que, para siempre, abandona su casa y su vida, hasta aquel día tranquila y sin nubes, a fin de emprender un viaje lejano y desconocido. Por última vez mira a su alrededor, diciendo mentalmente adiós a su pasado, mientras un triste presentimiento por el porvenir que le espera, quizá severo y hostil, se despierta en su corazón.

Por fin, se escaparon de mi pecho sollozos convulsivos. Necesitaba ver, escuchar a alguien, abrazarlo fuertemente, muy fuertemente... No podía, no quería y permanecer ya sola. Corrí a reunirme con Alejandra Mijailovna, y me quedé con ella durante toda la velada. Estábamos solas. Le rogué que no hiciera nada, y me negué a cantar, a despecho de su insistencia. Todo de súbito se me tornaba doloroso, y no podía detenerme en nada. Creo que lloramos. Solo recuerdo que le daba miedo. Me observaba ansiosa, diciéndome que estaba enferma, que no debía trabajar demasiado... Por último, la abandoné, toda trastornada. Me hallaba como si delirase, y me acosté con fiebre. Pasaron algunos días antes de haberme restablecido, antes de haber podido ver más clara mi situación.

En aquella época vivíamos las dos «Alejandra Mijailovna y yo» completamente aisladas. Piotr Alexandrovich no estaba en Petersburgo. Había sido llamado para un asunto a Moscú, donde pasó tres semanas. No obstante la poca duración de aquella ausencia, Alejandra Mijailovna se sumió en una tristeza horrible. A veces se quedaba más tranquila; pero se encerraba sola, pues yo misma era un estorbo para ella.

Por mi parte, buscaba también la soledad. Mi cerebro, repleto de niebla, funcionaba como en un estado enfermizo. A veces me parecía que alguien se burlaba de mí por lo bajo, que algo había entrado en mí y turbaba y envenenaba cada uno de mis pensamientos. No podía desembarazarme de las imágenes penosas que se me aparecían a cada instante y no me dejaban reposo. Me parecía padecer una enfermedad larga, insólita, soportando el martirio, el sacrificio, dolorosa e inútilmente. Me parecía ver a un criminal que perdonaba a un justo sus pecados, y se desgarraba mi corazón. Al mismo tiempo deseaba, con todas mis energías, desembarazarme de aquella suposición. Me maldecía, me odiaba, porque mis convicciones no eran, en suma, sino presentimientos, porque no podía justificar mis impresiones ante mi conciencia.

Después analizaba en mi espíritu ciertas frases, y aquel último grito del terrible

adiós. Me representaba a aquel hombre —el inferior—; me esforzaba por penetrar el sentido penoso de esta palabra; me conmovía ante aquel adiós doloroso. Soy ridículo, y yo mismo me avergüenzo de tu elección. ¿Qué significaba aquello? ¿Quiénes serían aquellas gentes?... ¿Por qué sufrían?... ¿Qué habrían perdido?... Leía de nuevo aquella carta, en la cual se expresaba tanta desesperación, y cuyo sentido era tan extraño, tan indescifrable para mí... En fin, todo aquello debía resolverse de alguna manera; pero yo no veía el desenlace, o temía verlo.

Me sentía verdaderamente enferma cuando, un día, se dejó oír el ruido de un coche al entrar en el patio. Era Piotr Alexandrovich, que volvía de Moscú. Alejandra Mijailovna, lanzando un grito de júbilo, salió al encuentro de su marido. En cuanto a mí, permanecí en mi sitio, como si estuviese allí clavada. Recuerdo que yo misma me horroricé de mi súbita emoción. Sin poderlo evitar, huí a mi cuarto. No sabía por qué había sentido miedo de repente.

Un cuarto de hora después, me llamaron y me entregaron una carta del príncipe. En el salón encontré a un señor que había llegado de Moscú con Piotr Alexandrovich. Por algunas palabras que oí, comprendí que venía a instalarse con nosotros para mucho tiempo. Era el apoderado del príncipe. Había llegado a Petersburgo para resolver importantes asuntos concernientes a la familia del príncipe, de los cuales se ocupaba, desde hacía mucho tiempo, Piotr Alexandrovich. Me entregó la carta del príncipe, diciéndome que la joven princesa había querido escribirme también y había afirmado, hasta el último momento, que escribiría su carta; pero le había dejado partir con las manos vacías, rogándole me comunicara que no tenía absolutamente nada que contarme, que en una carta no se podía decir nada, que había inutilizado cinco hojas de papel y las había roto, y por último, que se requería reanudar una amistad para mantener su correspondencia. Por otra parte, le habían encargado anunciarme que nos veríamos muy pronto. El emisario respondió a mi pregunta impaciente que, en efecto, era cierto que nos veríamos en breve, pues la familia no debía tardar en llegar a San Petersburgo.

Al saber aquella noticia, no pude contener mi júbilo. Corrí a mi habitación, me encerré en ella, y deshaciéndome en llanto, abrí la carta del príncipe. El príncipe me prometía un próximo encuentro con él y con Catalina. De un modo cordial, me felicitaba por mi talento, y al cabo me bendecía para mi porvenir, por el cual me prometía velar. Lloré al leer aquella carta, y a mis dulces lágrimas se mezclaba una angustia tan insoportable, que tuve miedo de mí. No sabía lo que me pasaba. Transcurrieron algunos días. En la habitación próxima a la mía, donde antes se alojaba el secretario de Piotr Alexandrovich, se alojaba entonces el recién llegado, que trabajaba durante toda la mañana, y con frecuencia por la tarde, y también hasta muy avanzada la noche. Otras veces se encerraba en el despacho de Piotr Alexandrovich, y ambos trabajaban juntos.

Un día, después de comer, Alejandra Mijailovna me rogó que fuese al despacho de su marido y le preguntara si tomaría el té con nosotras. No encontré a Piotr Alexandrovich, y creyendo que no tardaría en volver, me quedé a esperarle. En uno de los muros, estaba colgado su retrato. De pronto, me estremecí y me puse a examinarlo atentamente. Estaba bastante alto; además, en la estancia había poca luz, y para verlo mejor, coloqué convenientemente una silla y me subí a ella. Buscaba algo en él, como si pretendiera encontrar allí la solución de mis dudas. Recuerdo que, sobre todo, me conmovían los ojos de aquel retrato. También me extrañaba el hecho de que casi nunca había visto los ojos de aquel hombre, quien los ocultaba siempre tras sus gafas.

Cuando todavía era niña, por una prevención incomprensible y extraña, no me agradaba su mirada. Pero entonces, aquella prevención parecía justificarse. Mi imaginación trabajaba. Se me antojó de súbito que los ojos del retrato evitaban, confusos, mi mirada penetrante, que se esforzaban por conseguirlo que se leían en ellos la mentira y el engaño... Creía haberlo adivinado, y no sé por qué, me invadió un misterioso júbilo.

De improviso un ligero grito se escapó de mi pecho. Detrás de mí había oído un leve ruido. Me volví. En mi presencia estaba Piotr Alexandrovich. Me miraba atentamente. Me pareció que había enrojecido de pronto. Enrojecí a mi vez y me bajé de la silla.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó con voz severa—. ¿Por qué está usted aquí?

Yo no sabía qué replicar. Cuando me repuse un poco, le transmití, balbuceando, la invitación de Alejandra Mijailovna. No recuerdo lo que me respondió ni cómo salí de su despacho, pero, cuando llegué donde estaba Alejandra Mijailovna, había olvidado totalmente la respuesta que ella esperaba y sin vacilar le dije que iría.

—¿Qué tienes, Niétotchka —me preguntó—, que estás tan sofocada?... Mírate al espejo. ¿Qué tienes?...

—No sé... He venido demasiado de prisa —tartamudeé.

—¿Qué ha dicho Piotr Alexandrovich? —inquirió, turbada.

No respondí.

En aquel momento, se dejaron oír los pasos de Piotr Alexandrovich, e inmediatamente salí del salón. Esperé, angustiada, durante dos horas. Por fin, fueron a buscarme de parte de Alejandra Mijailovna. Estaba silenciosa y preocupada. En cuanto entré, me dirigió una mirada escrutadora; pero al punto bajé los ojos. Me pareció que en su semblante se reflejaba una contrariedad. Desde luego comprendí que estaba malhumorada. Hablaba poco, no me miraba, y respondiendo a las preguntas de B... se quejaba de tener dolor de cabeza. Piotr Alexandrovich estaba más locuaz que nunca, aunque casi no hablaba más que con B...

Alejandra Mijailovna se acercó distraídamente al piano.

—Cántenos algo —pidió B..., dirigiéndose a mí.

—Sí, Anita; cántanos tu nueva canción —apoyó Alejandra Mijailovna, como si se encontrara satisfecha con aquel pretexto.

La miré. Ella me observaba en una inquieta espera.

Pero yo no sabía reprimirme. En vez de aproximarme al piano y cantar algo, me sentí contrariada, confusa, y no sabía cómo contenerme. A la postre, llena de despecho, rehusé resueltamente.

—¿Por qué no quieres cantar? —indagó Alejandra Mijailovna, contemplándome con gravedad y dirigiendo al mismo tiempo una mirada furtiva a su marido.

Aquellas dos miradas colmaron mi nerviosismo. Me levanté de la mesa, muy turbada, y ya sin disimular, temblando de emoción incomprensible, repetí con calor que no quería, que no podía cantar, que me hallaba indispuesta. Después de decir esto, los miré a todos a los ojos; pero solo Dios sabe cuánto deseaba en aquel momento estar en mi habitación y ocultarme de todos ellos. B... estaba asombrado. Alejandra Mijailovna, muy angustiada, no pronunciaba una palabra. Piotr Alexandrovich pretextó que se había olvidado de hacer una cosa, se levantó de su silla y salió apresuradamente de la estancia, diciendo que tal vez volviera. Sin embargo, como distraído, le estrechó la mano a B... en señal de despedida.

—Pero ¿qué le pasa? —me interrogó B...—. Parece usted realmente enferma...

—Estoy mala; muy mala —confirmé impacientemente.

—En efecto, estás pálida desde hace algunos minutos, y antes estabas muy sofocada —observó Alejandra Mijailovna, que se calló de pronto.

—Basta —dije, acercándome a ella y mirándola, fija, a los ojos.

Cogí su mano y la besé. Alejandra Mijailovna me miró con un júbilo visible e ingenuo.

—Perdóneme por haber sido tan mala hoy —repuse con emoción—; pero de veras me siento indispuesta. ¿Quiere usted dejarme que me retire a mi cuarto?

—Somos todos unos niños —notó ella, esbozando una tímida sonrisa—. Yo también soy una niña, y aún más niña que tú. Vete, cuídate, y sobre todo, no te enfades conmigo...

—¿Por qué? —pregunté, conmovida, ante aquella suposición ingenua.

—¿Por qué? —repitió ella, toda turbada—. ¿Ves tú, Niétochka?... No digo más que tonterías... Eres más inteligente que yo... Yo no soy más que una niña...

—Bueno, adiós... —murmuré, muy conmovida, no sabiendo qué decirle.

La besé, una vez más, y salí, presurosa, de la estancia. Experimentaba disgusto y tristeza; por otra parte, me hallaba enojada conmigo misma por haber sido tan imprudente y no haber sabido contenerme. Estaba avergonzada hasta saltárseme las lágrimas sin saber en concreto por qué, y me dormí profundamente entristecida.

Cuando me desperté, por la mañana, mi primera idea fue la de que todo lo sucedido la víspera era una pesadilla, un espejismo; no habíamos hecho sino fingir, unos y otros; habíamos tomado en serio aquellas bagatelas, y todo era debido a nuestra falta de experiencia, a nuestra poca costumbre de recibir las impresiones exteriores. Comprendí que todo se debía a aquella carta que exaltaba demasiado mi imaginación y decidí que lo mejor sería no pensar en ello para lo sucesivo. Después de haber calmado así, con una facilidad aparente, toda mi angustia, y convencida de que ejecutaría con la misma facilidad lo que había resuelto, me quedé más tranquila y acudí a dar mi lección de canto, tan alegre.

El aire de la mañana me despejó definitivamente la cabeza. Me agradaban mucho aquellas salidas matinales para ir a casa de mi profesor. ¡Era tan agradable atravesar la ciudad, que a eso de las nueve de la mañana se hallaba ya muy animada y reanudaba su acostumbrada vida!... Atravesábamos de ordinario las calles más concurridas, las más bulliciosas, y aquella parte de mi vida artística me satisfacía muchísimo. El contraste entre las pequeñeces del día y el arte, que me esperaba a dos pasos de allí, en el tercer piso de una inmensa casa, llena de vecinos que, al parecer, no se interesaban por el arte lo más mínimo, era un contraste muy divertido... Yo, con mi música debajo del brazo, pasando por entre los transeúntes atareados; la vieja Natalia, que me acompañaba, sin que yo lograra adivinar lo que pensaba de todo aquello; por último, mi profesor, mitad italiano, mitad francés, un hombre original, a veces entusiasta, con más frecuencia pedante y casi siempre avaro; todo aquello me distraía y me ayudaba a regocijarme o a reflexionar. Por otra parte, aunque de un modo tímido, me gustaba mi arte; con una esperanza apasionada, levantaba castillos en el aire, me representaba un porvenir maravilloso, exaltándolo, al volver de mi lección, mi propia fantasía. En una palabra, durante dos horas me consideraba casi feliz...

Me hallaba precisamente en tal disposición de ánimo, cuando, a las diez, volví de mi lección a casa. Lo había olvidado todo, y recuerdo que pensaba, alegre, en algo agradable para mí. De repente, conforme subía la escalera, me estremecí como si recibiese una quemadura. Se dejó escuchar la voz de Piotr Alexandrovich, que en aquel instante bajaba por la escalera. El sentimiento de desagrado que se apoderó de mí era tan grande y el recuerdo de la víspera me conmovió tanto, que no pude disimular mi disgusto. Le saludé; pero, sin duda, mi semblante se tornó muy expresivo, pues se detuvo ante mí, extrañado. Cuando noté su actitud, enrojecí y subí a toda prisa. Él murmuró no sé qué detrás de mí, y continuó su camino.

Me sentía a punto de llorar de coraje, y no podía comprender qué me pasaba. Durante toda la mañana estuve completamente desorientada, sin saber qué hacer para acabar con todo aquello. Mil veces me prometí ser más prudente y mil veces el temor se apoderó de mí. Comprendía que odiaba al marido de Alejandra Mijailovna, y a la

vez, que me inquietaba por mí misma.

Aquella vez me puse seriamente enferma y no lograba reponerme. Me quedé en mi habitación toda la mañana y no fui siquiera a ver a Alejandra Mijailovna. Ella fue la que acudió a buscarme. Cuando me vio, no pudo menos de lanzar un grito. Yo estaba tan pálida, que cuando me miré en el espejo me dio miedo. Alejandra Mijailovna permaneció conmigo durante una hora entera, cuidándome como a un niño.

Pero me encontraba tan triste, sus atenciones y sus caricias me eran tan penosas, sufría tanto al recibirlas, que le rogué, por fin, que me dejara sola. Se fue, muy inquieta por mí. Al cabo, mi angustia se resolvió en una crisis de lágrimas. Al anoecer, me sentí mejor. Me sentía mejor, porque estaba decidida a ir a ver a Alejandra Mijailovna, a arrojarme a sus pies de rodillas, a devolverle la carta que había perdido, a confesárselo todo, a declararle todos los sufrimientos que había padecido, todas mis dudas y a abrazarla con todo el amor infinito que sentía hacia ella; a decirle que yo era su hija, su amiga, y que mi corazón estaba abierto para ella, quien con solo mirarlo vería todo el afecto ardiente e inquebrantable que le profesaba... ¡Dios mío!... Sabía, comprendía que yo era la última persona a la cual pudiese abrir su alma; pero precisamente por eso me parecía el éxito más seguro. Comprendía, aunque con vaguedad, su angustia, y mi corazón se colmaba de indignación ante la idea de que ella pudiera enrojecer delante de mí a causa de mis juicios... Todo esto quería decirle llorando a sus pies. El sentimiento de la justicia se había revelado en mí. No sé lo que hubiera hecho. Solo me repuse después, cuando el azar nos hubo salvado, a ella y a mí, de nuestra perdición, deteniéndome en los primeros pasos.

He aquí lo que ocurrió:

Estaba ya cerca de su habitación cuando por una puerta lateral salió Piotr Alexandrovich. No me había visto, y pasó sin decir nada. Iba también a ver a Alejandra Mijailovna. Me paré, como aturdida. Aquel era el último hombre que debía encontrar en tal momento. Quise huir; pero la curiosidad me obligó a permanecer en el sitio. Se había detenido delante del espejo para reparar sus cabellos, y con gran asombro mío, de pronto le oí cantar. Inmediatamente, un recuerdo lejano de la infancia acudió a mi memoria. Para hacer que se comprenda la extraña impresión que recibí, diré algunas palabras acerca de aquel recuerdo.

El primer año de mi estancia en aquella casa, un acontecimiento me conmovió profundamente. Solo entonces se esclareció mi conciencia, porque solo entonces comprendí cuál era el origen de la antipatía inexplicable que me inspiraba aquel hombre. Ya he dicho que su presencia me era penosa. Ya he explicado qué clase de expresión entristecedora tenían para mí su aspecto de hombre minucioso y gruñón, su semblante a menudo taciturno y cuál era el peso que me parecía sentir después de

haber pasado algunas horas con él en torno a la mesa cuando tomábamos el té con Alejandra Mijailovna, y por último, qué clase de angustia había henchido mi corazón cuando, por dos o tres veces, fui testigo de las escenas extrañas y violentas de que he hablado al comienzo. Me ocurría entonces encontrarme con él, como entonces, en el mismo sitio y a la misma hora, cuando se dirigía, como yo, a la habitación de Alejandra Mijailovna. Experimentaba una timidez infantil si me encontraba sola con él, y me acurrucaba en un rincón, como si fuese una culpable, rogando a Dios que no me viese.

Lo mismo que a la sazón, se detenía delante del espejo, y yo me estremecía con un sentimiento vago, que no tenía nada de infantil. Me parecía que transformaba su semblante antes de acercarse al espejo. Veía su sonrisa, no vista por mí en ningún otro momento, pues —recuerdo que esto era lo que me impresionaba más— no sonreía nunca en presencia de Alejandra Mijailovna. De pronto, apenas había dirigido una mirada al espejo, su semblante se transformaba en absoluto, la sonrisa desaparecía al punto, y una expresión de amargura, de un sentimiento que parecía dejarse apreciar irresistiblemente, que no se podía ocultar mediante ningún esfuerzo, aparecía sobre sus labios. Un ceño de preocupación plegaba su frente y reunía sus cejas; la mirada se ocultaba bajo las gafas, y, en un instante, como por encanto, se tornaba otro hombre. Recuerdo que siendo todavía niña, temblaba ante el temor de comprender lo que veía, y luego, aquella impresión penosa y desagradable no se borró de mi corazón. Después de haberse contemplado durante un minuto en el espejo, bajaba la cabeza, se inclinaba, como hacía de ordinario cuando se presentaba ante Alejandra Mijailovna, y de puntillas entraba en la habitación.

Este era el recuerdo que acababa de acudir a mi imaginación. Entonces, como ahora, creía estar solo cuando se detenía ante el espejo. Ahora, como entonces, con una impresión desagradable, me encontraba yo no lejos de él. Y cuando oí aquel canto —lo cual no se podía esperar de él— me conmoví de una manera tan inesperada, que me quedé como si se me hubiera clavado en aquel sitio, y en el mismo instante, la memoria me recordó una escena de mi infancia. Todos mis nervios se estremecieron, y respondiendo a aquella torpe canción, solté una carcajada. El pobre cantante dio un grito, saltó a dos pasos del espejo, y pálido como si hubiera sido cogido en flagrante delito, me miró lleno de horror, de asombro y de furia. Su mirada obró sobre mí maléficamente. Respondí a ella con una risa nerviosa, y sin cesar de reír, entré en la habitación de Alejandra Mijailovna.

Sabía que él estaba detrás de la cortina, que vacilaba antes de entrar, que el furor y el temor le habían dejado quieto en aquel sitio, y con una impaciencia provocativa, esperaba que se decidiera. Me hallaba dispuesta a apostar algo a que no entraría y habría ganado. Llegó medía hora después. Alejandra Mijailovna, durante un momento, me miró muy asombrada. Por más que me preguntó qué me pasaba, no

pude responderle: me ahogaba. A la postre, comprendió que tenía un ataque de nervios y me miró, inquieta. Cuando me serené un poco, le cogí las manos y comencé a besárselas. Solo entonces me repuse.

Piotr Alexandrovich entró.

Le miré a hurtadillas. Parecía que no había pasado nada entre nosotros, pues estaba severo y taciturno como siempre; pero por la palidez de su rostro y por el ligero temblor de sus labios comprendí que disimulaba con dificultad su emoción. Saludó fríamente a Alejandra Mijailovna y se sentó en su sitio, silencioso. Su mano temblaba cuando tomó la taza del té. Yo esperaba la explosión y me invadió el miedo. Deseaba irme; mas no me decidía a abandonar a Alejandra Mijailovna, cuyo rostro palidecía cuando miraba a su marido. Ella también presentía algo malo. Por fin ocurrió lo que con tanto temor esperaba. En medio del profundo silencio, levanté los ojos y vi que las gafas de Piotr Alexandrovich estaban dirigidas hacia mí. Encontré aquello tan inesperado, que me estremecí, y faltó poco para que exhalase un grito. Bajé los ojos. Alejandra Mijailovna observó aquel movimiento.

—¿Qué le pasa a usted? ¿Por qué ha enrojecido? —estalló la voz grosera y ruda de Piotr Alexandrovich.

No respondí. Mi corazón latía tan fuertemente, que no pude pronunciar una palabra.

—¿Por qué ha enrojecido? ¿Por qué enrojece siempre? —preguntó, dirigiéndose a Alejandra Mijailovna, y señalándome con descaro.

La indignación me cortaba el aliento. Dirigí una mirada a Alejandra Mijailovna. Ella me comprendió. Sus pálidas mejillas se tiñeron de púrpura.

—Anita —me dijo con voz firme que yo no esperaba—, vete a tu cuarto, y dentro de un instante iré a reunirme contigo para que pasemos juntas la velada.

—¿Me ha oído usted? ¿Sí o no? —interrumpió Piotr Alexandrovich, alzando la voz, como si no oyera él lo que decía su mujer—. ¿Por qué enrojece usted cuando se encuentra conmigo?... Responda...

—¿Por qué la hace enrojecer y a mí también? —preguntó Alejandra Mijailovna a su vez con voz entrecortada por la emoción.

Miró él con asombro a Alejandra Mijailovna. La vehemencia de su observación me resultó, por el momento, incomprensible.

—¿Soy yo quien le hace enrojecer?... ¿Yo?... —prosiguió Piotr Alexandrovich, quien también pareció asombrarse, subrayando particularmente la palabra yo—. ¿Es a causa mía por lo que enrojece? ¿Acaso yo pude hacerle enrojecer por mi mismo?... ¿Cuál de nosotros debe enrojecer? ¿Usted o yo?... ¿Qué le parece?...

Aquella frase, tan clara para mí, fue pronunciada con un tono tan burlón, que lancé un grito y me volví hacia Alejandra Mijailovna. El asombro, el sufrimiento, el reproche, el horror se reflejaban en su rostro, pálido como el de la muerte. Miré a

Piotr Alexandrovich, juntando las manos en actitud suplicante. Parecía haberse repuesto ya; pero el furor que le arrancara aquella frase no había pasado todavía. No obstante, cuando observó mi muda súplica, se turbó. Mi gesto decía a las claras que sabía muchas cosas secretas para ellos y que había comprendido perfectamente sus palabras.

—Anita, retírate a tu habitación —repitió Alejandra Mijailovna con voz débil, aunque firme, levantándose—. Necesito hablar con Piotr Alexandrovich.

Parecía tranquila; pero yo temía más aquella tranquilidad que otra emoción cualquiera. Estuve a punto de no atender a sus palabras y quedarme allí. Empleé todas mis energías para leer en su semblante lo que en aquel momento pasaba por su alma. Me pareció que no había comprendido mi gesto ni mi exclamación.

—Mire usted lo que ha hecho —indicó Piotr Alexandrovich, cogiéndome por un brazo y mostrándome a su mujer.

¡Dios mío!... No había presenciado yo nunca una desesperación semejante a la que leí entonces en su rostro. Me cogió por un brazo y me arrojó fuera de la estancia. Los miré por última vez. Alejandra Mijailovna, estaba de pie, acodada sobre la chimenea, con la cabeza oculta entre sus manos. Toda la actitud de su cuerpo reflejaba un sufrimiento intolerable. Cogí la mano de Piotr Alexandrovich y se la estreché con fuerza.

—¡Por Dios, por Dios, tenga usted piedad! —supliqué con voz entrecortada.

—No tema, no tema —dijo, mirándome extrañamente—. ¡No es nada!... ¡Es una crisis!... ¡Vaya, vaya!...

Cuando llegué a mi habitación me eché en el diván y oculté el rostro entre las manos. Permanecí así durante tres horas mortales. Al cabo, no pudiendo resistir más, mandé a preguntar si podía ir a visitar a Alejandra Mijailovna. La señora Léotard fue la que me llevó la respuesta. Piotr Alexandrovich enviaba a decir que la crisis había pasado, que no había peligro alguno, pero que Alejandra Mijailovna necesitaba reposo.

No me acosté hasta las tres de la madrugada. Estuve reflexionando durante todo el tiempo y paseándome por el cuarto. Mi situación era más difícil que nunca, y sin embargo, me sentía más tranquila, tal vez porque me consideraba como la más culpable. Me metí en el lecho, esperando con impaciencia el día siguiente.

Pero al día siguiente, con gran asombro mío, observé en Alejandra Mijailovna una frialdad inexplicable. Primero me pareció que aquella pura y noble criatura sufría al encontrarse en mi compañía, después de la escena sostenida la víspera con su marido, escena de la cual, sin querer, había sido testigo. Sabía que era capaz de enrojecer delante de mí y aun de pedirme perdón en caso de que la desdichada escena de la víspera hubiera ofendido mi corazón. Pero bien pronto noté en ella otro cuidado y un despecho que se manifestaba de modo muy torpe. Ora me respondía fría,

secamente; ora se traslucía en sus palabras un sentido particular; ora, en fin, de pronto se tornaba muy cariñosa conmigo, como si se reprochaba a si misma aquella severidad que no podía albergar en su corazón y sus frases afectuosas adquirían la entonación de un reproche. Por último, le pregunté, sin embargo, si tenía algo que decirme. Mi brusca pregunta la turbó un poco al principio; pero en seguida, levantando hacia mí sus grandes y dulces ojos, mirándome con una afectuosa sonrisa, me contestó:

—Nada, Niétochka. Pero la pregunta ha sido tan inesperada... ¿sabes?... que me he aturrido un poco... Porque tu pregunta ha sido muy brusca, te lo aseguro... Bueno; escúchame, hija mía, y dime la verdad: ¿sientes en tu corazón algo que te habría hecho turbarte, si se te hubiera interrogado tan bruscamente y de improviso?...

—No —negué, mirándola francamente.

—Está bien. ¡Si supieses, amiga mía, cómo te agradezco esa respuesta!... No es porque pueda suponer en ti algo malo; eso, nunca... No me perdonaría semejante pensamiento... Pero ya ves: cuando te acogí, eras una niña, y ahora tienes diecisiete años. Repara en que estoy enferma y soy como una niña a quien se ha de cuidar aún... No he podido, pues, reemplazar a una madre, aunque te quiero mucho. Si ahora hay algo que me atormenta, no eres tú, por cierto, la culpable de ello, sino yo... Perdóname, por tanto, esta pregunta, no he cumplido todas las promesas que te hice a ti y a mi padre cuando te acogí para que vinieras conmigo... Eso me ha inquietado muy a menudo, querida mía.

La besé y lloré.

—¡Muchas gracias, muchas gracias por todo! —dije—. Pero no me hable así. Usted ha sido para mí más que una madre. ¡Dios la bendiga por cuanto los dos, usted y el príncipe, han hecho por mí, pobre abandonada!... ¡Querida mía, querida mía!...

—¡Basta, Niétochka, basta!... Abrázame muy fuerte; eso es... ¿Ves tú? Dios sabe por qué me parece que esta va a ser la última vez que me abrace...

—¡No, no! —exclamé, sollozando como una niña—. ¡No; eso, no!... Será usted dichosa. Créame; seremos felices...

—Muchas gracias por tu afecto... Ahora tengo a mi lado pocas personas que me quieran... ¡Todos me han abandonado!...

—¿Que la han abandonado?... ¿Quiénes?

—En otro tiempo tenía otras personas a mi lado. Tú no sabes, Niétochka... Todos me han abandonado... Todos se han desvanecido ante mí como si fueran visiones... ¡Y yo los he esperado de tal manera!... Mira, Niétochka... Se acerca la sombra del otoño; muy pronto nevará, y al caer la primera nieve moriré... Sí. Pero no estoy triste... ¡Adiós!...

Su rostro aparecía pálido y enjuto; sus mejillas estaban enrojecidas; sus labios temblaban y los secaba un fuego interior.

Se acercó al piano y le arrancó algunos acordes. En aquel momento, se rompió una cuerda y se apagó su sonido, tembloroso y prolongado...

—¿Has oído, Niétochka; has oído?... —dijo de pronto, sintiéndose inspirada y señalando al piano—. Esa cuerda estaba demasiado tensa, no ha podido soportarlo y se ha roto... ¿Has oído cómo el sonido se ha apagado quejumbrosamente?

Hablaba con dificultad. Un sordo mal interior se reflejaba en su semblante. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Bueno, Niétochka; basta, amiga mía; basta... Tráete a los niños...

Los llevé. Parecía reposar mientras los contemplaba. Al cabo de una hora los dejó salir.

—Cuando yo muera, no los abandones, Anita —me recomendó en voz baja, como si temiese que estuvieran escuchándonos.

—¡Basta! ¡Me matará usted!...

No encontré otra cosa que responder.

—Me quejaba —repuso ella tras de un corto silencio. Y sonriendo añadió—: ¿Y tú lo has creído?... A veces, solo Dios sabe lo que digo. Ahora soy como una niña; hay que perdonármelo todo...

Me miró tímidamente, como si tuviera miedo de pronunciar algo... Algo que yo esperaba...

—Ten cuidado... No le asustes —dijo, por fin, con los ojos bajos, con un ligero rubor en su cara, y tan bajo, que apenas lo oí.

—¿A quién? —pregunté, asombrada.

—A mi marido... ¡Acaso se lo cuentas todo!...

—¿Por qué?... ¿Por qué?... —repetí, cada vez más asombrada.

—No, no es nada. Basta... Me quejaba.

Mi corazón se oprimía cada vez más.

—Sólo que... Escucha... Los querrás cuando yo muera, ¿no es verdad? —agregó con seriedad, y adoptando de nuevo un tono misterioso—: Los querrás como querrías a tus propios hijos... Acuérdate de que te he considerado siempre como a una hija y no he establecido diferencia alguna entre ellos y tú...

—Sí, sí —asentí, sin saber lo que decía, ahogada por las lágrimas y la angustia.

Un beso abrasador, recibido en la mano, me sorprendió antes de darme tiempo a retirarla.

¿Qué tiene? ¿Qué piensa? ¿Qué ocurrió ayer entre ellos? Tal fue la idea que acudió a mi imaginación.

Un instante después se quejaba de estar fatigada.

—Estoy enferma desde hace ya mucho tiempo; pero no quería asustaros a los dos —murmuró—. Los dos me queréis, ¿verdad?... Hasta luego; déjame, Niétochka... Pero esta tarde no dejes de venir... ¿Vendrás?...

Se lo prometí, sintiéndome feliz al marcharme. No podía resistir más. ¡Pobre, pobre!... ¡Aquel prolongado sufrimiento que entonces conocía totalmente, aquella vida sin luz, aquel amor tímido..., y todavía adoptaba la actitud de una criminal, temía el menor reproche, se había forjado un nuevo dolor, sometiéndose ya a él, y se había resignado!...

Por la tarde, durante el crepúsculo, aprovechando la ausencia de Ovroff —el recién llegado de Moscú—, entré en la biblioteca. Abrí un armario y empecé a buscar entre los libros algo para leérselo en alta voz a Alejandra Mijailovna. Quería distraerla de sus lúgubres ideas y escoger alguna cosa alegre... Estuve buscando distraídamente durante mucho tiempo. Caía la noche y aumentaba mi angustia. En mis manos se hallaba de nuevo el libro, abierto por la misma página sobre la cual se veían las huellas de la carta que a la sazón no me abandonaba nunca, de aquella carta que encerraba un secreto, a partir de cuyo conocimiento mi existencia parecía romperse. ¿Qué será de nosotros? —pensé—. El nido donde he sido tan feliz, donde he hallado tanto calor, se vacía; el espíritu puro y claro que veló por mi juventud, me abandona... ¿Cuál será el porvenir?

Olvidé por el momento todo mi pasado, que ahora no es tan caro como para prever mejor el porvenir desconocido que me amenazaba... Recuerdo aquel minuto cual si lo viviera de nuevo: tan fuertemente se grabó en mi memoria.

Tenía en mi mano la carta y el libro abierto. Mi rostro estaba humedecido por las lágrimas. De repente, sentí un estremecimiento de miedo y oí una voz conocida. En el mismo instante noté que me arrebataban la carta de la mano. Lancé un grito y me volví. Piotr Alexandrovich estaba en mi presencia. Me cogió por un brazo, obligándome a permanecer quieta en mi sitio. Con el brazo derecho extendido hacia la luz, trató de leer la carta. Lancé un grito. ¡Antes morir que dejar entre sus manos aquella carta! Por su sonrisa de triunfo, comprendí que había podido leer las primeras líneas. Perdí el juicio. Me precipité sobre él sin saber lo que hacía y le arranqué la carta de las manos. Todo aquello ocurrió tan rápidamente, que yo misma no comprendí cómo la carta se encontraba de nuevo en mi poder. Suponiendo su intención de quitármela, la oculté, presurosa, en mi pecho y retrocedí unos tres pasos. Durante medio minuto nos contemplamos en silencio uno a otro. Me estremecí de miedo una vez más. Él, pálido, con los labios temblorosos y amarrotados de cólera, fue el primero en romper la pausa.

—¡Basta! —dijo con voz sorda por la emoción—. Supongo que no preferirá usted que emplee la violencia... Deme, pues, de buen grado esa carta.

Sólo entonces fue cuando me rehíce. La ofensa, la vergüenza, la indignación contra su brutalidad me había trastornado. Lágrimas abrasadoras corrieron por mis empurpuradas mejillas. Temblaba de emoción, y durante cierto tiempo me fue imposible pronunciar una palabra.

—¿Ha oído usted? —preguntó, dando dos pasos hacia mí.

—¡Déjeme, déjeme! —protesté, alejándome de él—. Ha obrado usted ruinmente. Está usted equivocado... ¡Déjeme pasar!

—¿Cómo? ¿Qué significa eso?... ¿Todavía se atreve usted a adoptar esa actitud?... ¡Deme esa carta, repito!

Avanzó de nuevo hacia mí; pero al dirigirme una mirada, vio en mis ojos tal resolución, que se detuvo, como si hubiera reflexionado.

—Bueno —repuso al cabo secamente, como si hubiera tomado una decisión—. Todo llegará... Primeramente...

Dirigió una mirada circular.

—Y usted... ¿Quién la ha dejado entrar en la biblioteca?... ¿Por qué está abierto este armario?... ¿De dónde ha cogido usted la llave?

—No responderé —le dije—. No puedo hablar con usted... ¡Déjeme, déjeme!...

Avancé hacia la puerta.

—Permítame —intervino, cogiéndome por una mano—. No se irá usted como si tal cosa...

Sin decir una palabra, separé la mano, y nuevamente inicié un movimiento hacia la puerta.

—Está bien... Sin embargo, no puedo permitirle que reciba en mi casa las cartas de sus amantes.

Volví a gritar y le miré como una loca.

—Porque...

—¡Cállese! —exclamé—. ¿Cómo puede usted?... ¿Cómo puede usted hablar así?... ¡Dios mío, Dios mío!...

—¡Cómo! ¿Conque me amenaza usted, además?...

Le miré, pálida, loca de desesperación.

Aquella escena que se desarrollaba entre nosotros había llegado al último grado del odio. Le supliqué con la mirada que no continuara. Me hallaba dispuesta a perdonar la ofensa con tal que se detuviera. Me miraba, fijo, y visiblemente, vacilaba.

—No me obligue usted a nada más —murmuré, horrorizada.

—No; es menester acabar con esto —dijo, por fin, como rehaciéndose—. Le confieso que esa mirada me hace vacilar —añadió con una sonrisa extraña—; pero, desgraciadamente, está claro: pude leer el comienzo de la carta, y es una carta de amor... No, no me convencerá usted. Si he podido dudar un momento, eso prueba solo que a todas sus buenas cualidades debe agregar la capacidad de mentir a maravilla... Por lo cual, le repito...

A medida que hablaba, la cólera deformaba cada vez más su semblante. Palidecía; sus labios temblaban, de suerte que las últimas palabras las pronunció con suma dificultad. Caía la tarde. Yo me hallaba sin defensa, sola, delante de un hombre que

podía insultar a una mujer. Todo estaba, pues, contra mí. Sufría de vergüenza; no podía comprender la cólera de aquel hombre. Sin responderle, fuera de mí por el terror, salí de la biblioteca y no me detuve hasta que llegué al umbral de la habitación de Alejandra Mijailovna. En aquel momento, oí pasos. Ya iba a entrar, cuando me detuve, como alcanzada por un rayo.

—¿Qué voy a hacer? —pensé—. ¡Esta carta!... ¡No! ¡Todo, antes que asestar este golpe a su corazón!...

Y di un paso hacia atrás. Pero era demasiado tarde. Él estaba a mi lado.

—Vamos donde usted quiera; pero aquí no, aquí no —murmuró, cogiéndome por un brazo—. Tenga piedad de ella... Volveré a la biblioteca, si usted quiere... ¡La mataría usted!...

—Usted sería el que la matara —contesté, separándome de él.

Toda mi esperanza se desvaneció. Comprendí que quería precisamente trasladar la escena a la habitación de Alejandra Mijailovna.

—¡Por Dios! —imploré, reteniéndole con todas mis fuerzas.

Pero en aquel momento se levantó la cortina, y Alejandra Mijailovna apareció ante nosotros. Nos miró. Nos miró, asombrada. Su rostro estaba más pálido aún que de costumbre; sus piernas apenas podían sostenerla. Se veía que había hecho grandes esfuerzos para llegar hasta nosotros, cuando oyó nuestras voces.

—¿Qué ocurre? ¿De qué hablaban ustedes? —preguntó, mirándonos con extrañeza.

El silencio duró algunos minutos. Alejandra Mijailovna estaba pálida como una muerta. Me arrojé sobre ella, la abracé fuertemente y la conduje hacia su gabinete.

Piotr Alexandrovich nos siguió. Yo ocultaba mi rostro en el pecho de Alejandra Mijailovna y la abrazaba cada vez más fuerte.

—¿Qué te pasa? ¿Qué les pasa a ustedes? —preguntó por segunda vez.

—Pregúnteselo a ella... ¡Ayer la defendió usted con tanto calor!... —dijo Piotr Alexandrovich, dejándose caer pesadamente sobre una butaca.

Yo temía cada vez más por Alejandra Mijailovna.

—¡Dios mío!... Pero ¿qué ocurre? —inquirió esta, de todo punto horrorizada—. Están ustedes excitados los dos. Ella tiembla y llora... Anita, dime: ¿qué ha pasado entre vosotros?

—No; permítame a mí antes... —terció Piotr Alexandrovich, acercándose a nosotras.

Me cogió por un brazo y me separó de Alejandra Mijailovna.

—Quédese ahí —ordenó, señalando al centro de la estancia—. Quiero juzgarla en presencia de ella, que la ha cuidado como una madre. Y usted, tranquilícese y siéntese —añadió, ayudando a Alejandra Mijailovna para que se sentara en una butaca—. Lamento no poder librarla de esta penosa explicación; pero es necesaria...

—¡Dios mío! ¿Qué podrá ocurrir? —suspiró Alejandra Mijailovna, angustiada a más no poder, y dirigiendo su mirada, alternativamente, hacia mí y hacia su marido.

Yo me retorció las manos, presintiendo el momento fatal. De él, no esperaba piedad alguna.

—En una palabra —prosiguió Piotr Alexandrovich—; quiero que la juzgue usted, juntamente conmigo... Siempre «y esta es una de sus fantasías», siempre ha creído usted... Pero no sé cómo expresarme... Me avergüenzo de tales suposiciones... En una palabra: usted la defendía y me acusaba a mí de una severidad excesiva... Aludía usted a otro sentimiento que, digámoslo así, provocaba esta severidad... Usted... Pero no sé por qué dominar mi turbación ante la idea de sus hipótesis, por qué no he de hablar claro delante de ella... En suma, usted...

—¡Oh! ¡Usted no hará semejante cosa! No, no lo diré... —interrumpió Alejandra Mijailovna, toda conmovida, roja de vergüenza—. No; tendrá lástima de ella... He sido yo quien ha imaginado todo eso. Ahora no me queda la menor sospecha. Perdóneme, discúlpeme. Estoy enferma, y hay que perdonarme... No le diga usted nada... No... Anita —repuso, adelantándose hacia mí—, vete de aquí... ¡Pronto, pronto!... Bromeaba... He sido yo la culpable de todo... Se trata de una broma pesada...

—En suma, usted se sentía celosa de ella —dijo Piotr Alexandrovich, dejando caer las palabras, sin piedad alguna, en respuesta de la súplica de ella.

Alejandra Mijailovna exhaló un grito, palideció y se apoyó en una silla. Sus piernas no podían ya sostenerla.

—¡Dios le perdone! —articuló, por fin, con voz débil—. Perdóname, Niétochka; perdón para él... Yo he sido la culpable de todo... Estaba enferma, y...

—¡Eso es una titanía! ¡Eso es una vergüenza, una infamia! —protesté, loca de ira, comprendiéndolo al cabo todo, explicándome por qué había querido juzgarme en presencia de su mujer—. Es usted digno del desprecio...

—¡Anita! —invocó Alejandra Mijailovna, aterrada, tomándome de una mano.

—Comedia, comedia, y nada más —advirtió Piotr Alexandrovich, muy conmovido—. Comedia, le digo —continuó, mirando con fijeza a su mujer—. Y en esta comedia, la única perjudicada es usted... Crea que nosotros... —indicó, sofocado, y señalando hacia mí—. Crea que nosotros no tenemos miedo a semejantes explicaciones... Crea que no somos ya tan castos... para ofendernos, enrojecer y taparnos los oídos cuando se nos habla de ciertas cosas... Dispénsame: me expreso claramente, groseramente quizá; pero así es menester... ¿Está usted segura, señora, de la buena conducta de esta... señorita?...

—¡Dios mío! ¿Qué le pasa?... Desvaría usted... —extrañó Alejandra Mijailovna, horrorizada, muerta de miedo.

—Le ruego... que no haga frases —continuó en tono despectivo Piotr

Alexandrovich—. No me gusta eso. La cosa es sencilla, vulgar, desprovista de toda complejidad... Le interrogo acerca de su conducta. ¿Conoce usted?

Pero yo no le dejé acabar. Cogíéndole por un brazo, tiré de él con violencia. Un momento más, y todo podría estar perdido.

—No hable de la carta —murmuré rápidamente a su oído—. La mataría usted en el acto. No puede juzgarme, porque lo sé todo... ¿Comprende?... Lo sé todo...

Me miró fijamente, con una curiosidad salvaje, y se desconcertó. La sangre se le agolpó en las mejillas.

—Lo sé todo, todo... —repetí.

Vacilaba aún. La pregunta estaba próxima a escaparse de sus labios. Le previne:

—He aquí lo que ha ocurrido —dije en alta voz, dirigiéndome a Alejandra Mijailovna que nos contemplaba, muy asombrada—. Yo sola soy la culpable... Hace ya cuatro años que la engañé a usted. Me apropié de la llave de la biblioteca, y durante cuatro años vengo leyendo a escondidas. Piotr Alexandrovich me ha sorprendido leyendo un libro que no podía..., que no debía ser puesto en mis manos... Temiendo por mí, ha exagerado el peligro ante sus ojos... Pero no me justifico... Soy culpable... La tentación era más fuerte que yo, y una vez cometida la falta, me avergüenzo de mi acción... Eso es todo, casi todo lo que ha pasado entre nosotros...

—¡Bien urdido! —murmuró a mi oído Piotr Alexandrovich.

Alejandra Mijailovna me escuchaba con una atención profunda; pero la desconfianza se reflejaba en su rostro. Miraba tan pronto hacia mí como hacia su marido. Se hizo el silencio. Apenas podía respirar. Ella inclinó la cabeza sobre su pecho y cerró los ojos, reflexionando, por lo visto, en cada una de las palabras que yo había pronunciado. Por último, levantó la cabeza y me miró fija.

—Niétochka, hija mía, estoy convencida de que no sabes mentir —concluyó—. ¿Es eso todo, absolutamente todo lo que ha pasado?...

—Todo —respondí.

—¿Es eso todo? —preguntó a su marido.

—Sí, sí —confirmó él, haciendo un esfuerzo—; todo. Respiré.

—¿Me das tu palabra, Niétochka?

—Sí —asentí sin vacilar.

Pero no pude menos de mirar a Piotr Alexandrovich. Sonreía al oírme empeñar así mi palabra. Enrojecí, y mi turbación no pasó inadvertida para la pobre Alejandra Mijailovna. Una angustia indecible se reflejaba en su semblante.

—Está bien —dijo tristemente—. Os creo. No puedo dejar de creerlos.

—Entiendo que esa palabra basta —manifestó Piotr Alexandrovich—. ¿La ha oído?...

Alejandra Mijailovna no replicó. La escena se hacía cada vez más penosa.

—Mañana mismo revisaré todos los libros —continuó Piotr Alexandrovich—. No sé qué hay allí; pero...

—¿Y qué libros ha leído? —preguntó Alejandra Mijailovna.

—¿Qué libros?... Responda usted —dijo Piotr Alexandrovich, dirigiéndose a mí. Usted sabrá explicarse mejor... Explíquese— añadió, con una sonrisa prolongada.

Me hallaba confusa y no podía pronunciar una palabra. Alejandra Mijailovna enrojeció y bajó los ojos. Se produjo una larga pausa. Piotr Alexandrovich se paseaba por la estancia.

—No sé qué existe entre ustedes —insinuó, por último Alejandra Mijailovna, pronunciando temerosamente sus palabras—; pero si no es más que *eso* —repuso—, no comprendo por qué hemos de estar tan tristes y tan desesperados... Solo yo soy la culpable de todo, y ello me atormenta... He descuidado su educación, y solo yo debo responder de todo... Ella debe perdonarme... Yo me acuso de todo, y no me atrevo a reñirla... Pero ¿por qué desesperarnos de nuevo?... Ha pasado el peligro... Mírela —dijo, animándose cada vez más y dirigiendo una mirada escrutadora a su marido—. Mírela... ¿Ha tenido ese acto imprudente algunas consecuencias?... ¿Acaso no conozco a mi niña, a mi hija?... ¿Acaso no sé que su corazón es puro y noble, que en esta linda cabecita —prosiguió, acariciándome y atrayéndome hacia ella— la inteligencia es clara, y que su conciencia tiene miedo a la mentira?... Basta, amigos míos...; basta... Seguramente, otra cosa se ha deslizado entre nosotros y ha interpuesto su sombra hostil; pero nosotros triunfaremos mediante el amor y el mutuo acuerdo. Tal vez nos hemos dicho demasiadas cosas, y esta falta solo a mi puede imputárseme... Yo soy la primera que me he ocultado, yo soy la que he tenido Dios sabe qué sospechas... Sin embargo... Puesto que nos hemos explicado algo, deben ustedes perdonarme, porque..., en fin..., no es un gran pecado que haya presumido...

Después de hablar así, miró a su esposo tímidamente, enrojeciendo, y angustiada, aguardó sus palabras. A medida que él la escuchaba, una sonrisa burlona se iba dibujando en sus labios. Dejó de caminar, y se detuvo, erguido, delante de ella. Parecía gozar con su confusión.

Aquella mirada, fija en ella, la desconcertó. Esperó un momento, como preguntándose qué pasaría después. La turbación de Alejandra Mijailovna iba en aumento. A la postre, él interrumpió la penosa escena, prorrumpiendo en una carcajada prolongada y burlona.

—La compadezco a usted, pobre mujer —dijo, por fin, seriamente, cesando de reír—. Ha asumido una tarea que sobrepasa sus fuerzas. ¿Qué pretendía usted?... Quería mortificarme con su discurso, anonadarme con nuevas sospechas o más bien con viejas sospechas, que ha ocultado mal en sus palabras... El sentido de sus frases dice que no hay por qué enfadarse con ella, que es buena, aun después de la lectura de libros inmorales, cuya moral parece que ha dado ya sus frutos, y además, que usted

misma responde de ella, ¿no es cierto?... Luego, después de haber expuesto eso, alude usted a alguna otra cosa... Le parece que mi desconfianza y mi severidad obedecen a otro sentimiento... Ayer mismo hizo usted una alusión... Le ruego que no me interrumpa; me gusta hablar claro... Ayer hizo usted alusión a que, en algunas personas, el amor no puede manifestarse sino por la dureza, por sospechas y persecuciones... No recuerdo bien si fueron exactamente estas las palabras que empleó ayer... Vuelvo a rogarle que no me interrumpa... Conozco bien a su pupila y puede oírlo todo... Se lo repito por centésima vez: todo... Está usted equivocada... Pero no sé por qué le gusta insistir en hacer de mí un hombre así, por qué quiere atribuirme esa apariencia grotesca... No es propio de mi edad el amor de esta muchacha... En fin, créame, señora, conozco mi deber, y estoy convencido de lo que he dicho otras veces; que el crimen será siempre el crimen, que el pecado será siempre el pecado... Y basta, basta ya; no quiero oír ya hablar más de esas cosas viles.

—Pues bien: todo eso lo soporto yo sola —declaró Alejandra Mijailovna, sollozando y abrazándose—. Sean mis sospechas vergonzosas... Pero tú, pobrecita mía, ¿por qué estás condenada a escuchar semejantes ofensas?... Y yo no puedo defenderte... No tengo derecho a hablar... ¡Dios mío!... No puedo callarme, Señor. ¡No soportaré todo esto!... Su conducta es desatinada...

Alejandra Mijailovna lloraba.

—Basta, basta —murmuré, procurando calmar su emoción y temiendo que aquel golpe cruel le hiciese perder la paciencia.

—Pero, mujer ciega... —terció Piotr Alexandrovich—. ¿No sabe usted, no ve usted que...?

Se detuvo un momento.

—¡Váyase! —ordenó, dirigiéndose a mí y separando mi mano de la de Alejandra Mijailovna—. No le permitiré que toque a mi mujer. La mancha usted, la ofende con su presencia... Yo también —agregó— lo diré todo, todo... Escuche —continuó, dirigiéndose a Alejandra Mijailovna—, escuche...

—¡Cállese! —corté, adelantándome hacia él.

—Escuche...

—¡Cállese, en nombre de...!

—¿En nombre de quién, señorita? —me atajó vivamente, mirándome a los ojos—. ¿En nombre de quién? Sepa usted que le he arrebatado de entre sus manos la carta de su amante... Esto es lo que ocurre en nuestra casa... Esto es lo que pasa a nuestro lado... Esto es lo que no ha visto usted ni ha sospechado nunca...

Apenas podía tenerme en pie. Alejandra Mijailovna estaba pálida como una muerta.

—¡No es posible! —musitó con voz apenas apreciable.

—He visto esa carta, señora; la he tenido en mis manos, he leído las primeras líneas y no me he equivocado. ¡La carta era de su amante!... Me la ha arrebatado de las manos, y ahora es ella la que guarda esa carta. Está claro, no cabe la menor duda, y si duda usted aún, no tiene más que mirarla...

—¡Niétochka! —exclamó Alejandra Mijailovna, dirigiéndose hacia mí—. ¡No, no! ¡No hables! No quiero saber cómo ha sido... ¡Dios mío, Dios mío!...

Sollozaba y permanecía con el rostro oculto entre sus manos.

—No... ¡No es posible! —exclamó de nuevo—. Se ha equivocado usted... Tengo... Sé lo que eso significa —recalcó, mirando fijamente a su marido—. No me engañarás; tú no puedes engañarme... Cuéntamelo todo, sin ocultarme nada... Se ha equivocado, ¿verdad? Ha visto otra cosa... Está ciego, ¿no es cierto?... Escucha, Anita, hija mía, ¿por qué no has de decírmelo todo?...

—Responda, responda usted —insistió Piotr Alexandrovich—. ¿He visto la carta entre sus manos?... ¿Sí o no?...

—Sí —afirmé, ahogándome de emoción.

—¿Es una carta de su amante?

—Sí.

—¿Duran aún sus relaciones?

—¡Sí, sí, sí! —repetí, sin comprender nada y respondiendo afirmativamente a todas sus preguntas para poner fin a aquella tortura.

—Ya lo ha oído usted... ¿Y qué?... ¿Qué dice usted ahora?... Créame, su corazón es demasiado bueno, demasiado confiado —añadió, tomando la mano de su mujer—. Vea usted ahora quién es esta... señorita... Hace mucho tiempo que lo había notado, y al cabo me siento satisfecho de mostrársela tal cual es... Me era penoso verla a nuestro lado, que se sentara a nuestra mesa, que estuviera en mi casa... Me indignaba su ceguera... He aquí por qué, únicamente por qué fijaba mi atención en ella: la vigilaba... Y esta atención es la que usted notó, y sabe Dios qué clase de sospechas concibió por ello... Pero ahora la situación está clara; todo se ha disipado, y mañana, mañana mismo, la señorita dejará de habitar esta casa —terminó, dirigiéndose a mí.

—Espere... —dijo Alejandra Mijailovna, levantándose de su asiento—. No creo esa historia... No me mire tan terriblemente ni se burle... Anita, hija mía, ven junto a mí, dame tu mano. Todos somos pecadores —repuso con voz temblorosa, mirando, humilde, a su marido—. ¿Quién de nosotros puede rechazar una mano que necesita socorro?... Dame tu mano, Anita, mi querida niña... No soy más digna ni mejor que tú... No puede ofenderme con tu presencia, porque yo también soy una pecadora...

—¡Señora! —exclamó Piotr Alexandrovich, asombrado—. ¡Deténgase!... No olvide que...

—No olvido nada... No me interrumpa; déjeme acabar... Ha visto usted entre sus manos una carta, y usted mismo la ha leído... Dice usted, y ella lo confiesa, que es

una carta del hombre a quien ama... ¿Prueba eso, acaso, que ese amor sea criminal? ... ¿Acaso eso le autoriza a usted para tratarla así en presencia de su mujer?... Si... ¿Acaso sabe usted cómo ha ocurrido eso?...

—Entonces, solo me resta pedir perdón. ¿Es eso lo que quiere usted? —dedujo Piotr Alexandrovich—. He perdido la paciencia escuchándola... ¡Piense lo que dice! ¿Sabe usted, quizá, de qué se le habla? ¿Sabe a quién defiende?... Yo lo veo todo...

—Y no ve lo principal, porque la cólera y la soberbia le ciegan... Usted no ve qué defiendo yo y de qué quiero hablar. No es el vicio lo que defiendo; tal vez no haya usted comprendido que esta niña es inocente... No, no defiendo el vicio... No... Si ella fuese esposa y madre y hubiera olvidado sus deberes, entonces estaríamos de acuerdo. Usted ve que yo no falto a ellos. Pero ¿y si ella ha recibido esa carta sin pensar en el mal? ¿Y si hubiera sido arrastrada por un sentimiento inexperto, sin que nadie haya hecho por detenerla?... ¿Y si hubiera sido yo la principal culpable por no haber vigilado su corazón?... ¿Y si usted, con sus groseras sospechas, hubiese manchado su sentimiento más precioso?... ¿Y si hubiese usted manchado su imaginación con sus cínicas observaciones relativas a esa carta?... ¿Y si usted no hubiera apreciado ese pudor virginal que brilla en su semblante y que yo veo ahora, que he visto cuando, sufriendo, sin saber qué decir, respondía con la confesión a sus preguntas inhumanas?... Sí, sí; eso es inhumano, eso es cruel... No se lo perdonaré nunca... ¡nunca, nunca!

—¡Tenga piedad de mí! ¡Tenga piedad de mí! —rogué, estrechándola entre mis brazos—. Créame, no me rechace...

Caí a sus pies de rodillas.

—¿Y si, por último —continuó ella con voz entrecortada—, usted la hubiese horrorizado con sus palabras, hasta el punto de que la pobre niña se creyera culpable? ... ¿Y si hubiese usted turbado su conciencia, su alma y el reposo de su corazón?... ¡Dios mío!... ¡Ha querido echarla de la casa!... ¿Sabe usted acaso a quién trata de esa suerte? ¿Sabe usted acaso que, si la echase a ella, nos echaría a las dos, a ella y a mí? ... ¿Me ha oído usted?...

Sus ojos brillaban; jadeaba su pecho; su excitación llegaba al paroxismo.

—Basta, señora; ya la he oído. ¡Basta! —pidió, por fin, Piotr Alexandrovich—. Si la idea de abandonar mi casa le agrada..., entonces solo me resta decirle que hizo usted mal al no poner en ejecución ese proyecto cuando era el momento oportuno... Si usted lo había olvidado le recordaré cuántos años hace...

Miré a Alejandra Mijailovna. Se apoyaba en mí. Sus ojos estaban casi cerrados; un instante más, y caería al suelo sin conocimiento...

—¡Por Dios! Tenga usted piedad de ella esta vez... No pronuncié una palabra más —exclamé, olvidando que así me delataba.

Pero ya era demasiado tarde. Un débil grito respondió a mis frases, y la pobre

mujer se desvaneció y cayó al suelo.

—¡Muerta! ¡Usted la ha matado! —dije—. Llame a la gente... Sávela, si es posible... Le espero en su despacho... Necesito hablarle... Se lo contaré todo...

—¿Qué, qué?

—Después.

El síncope y la crisis duraron dos horas. Toda la casa se hallaba en movimiento. El doctor movía la cabeza. Al cabo de aquellas dos horas, fui al despacho de Piotr Alexandrovich. Acababa de abandonar a su mujer; se paseaba por la habitación y se mordía las uñas hasta hacerse sangre. Estaba pálido... Nunca le había visto así.

—¿Qué quiere usted decirme? —preguntó con voz ronca.

—Aquí está la carta que me arrebató. ¿La reconoce usted?

—Sí.

—Tómela.

Tomó la carta. Yo le observaba atenta. Al cabo de algunos minutos volvió rápidamente la cuarta página y leyó la firma. Vi cómo la sangre se agolpaba a sus mejillas.

—¿Qué significa esto? —me interrogó, profundamente asombrado.

—Hace tres años que encontré esa carta en un libro. Comprendí que ella la había olvidado. La leí y me enteré de todo. Desde entonces, esa carta no me abandonó nunca, porque no sabía a quién entregársela. A ella no debía... A usted... Pero usted no puede ignorar el contenido de esa carta y toda esa triste historia...

No sé por qué ha fingido; no logro aún penetrar en su alma oscura. Querría usted conservar alguna superioridad sobre ella; pero ¿para qué? ¿Para triunfar de la imaginación turbada de una enferma, para probarle que estaba equivocada y que usted era más irreprochable que ella?... Ha conseguido usted su objeto... Su sospecha era la idea fija de una inteligencia que se extingue. Era quizá la última queja de un corazón roto por la injusticia de un designio humano. ¡Qué importa que la haya usted amado! He aquí lo que decía, lo que quería demostrarle. Su soberbia, su egoísmo celoso no experimentaron piedad... Adiós. No necesito explicaciones... Pero tenga cuidado, ahora que le conozco, porque no le olvidaré...

Me fui a mi habitación, dándome apenas cuenta de lo que ocurría. Ovroff, el secretario de Piotr Alexandrovich, me detuvo junto a la puerta.

—Deseo hablarle —dijo, saludándome respetuosamente.

Le miré, casi sin entender no que me decía.

—Más tarde. Dispénseme... Estoy mala —alegué por fin, retirándome—. Está bien. Hasta mañana —murmuré, saludándome con una sonrisa ambigua.

Tal vez fuese una figuración mía.

Todo aquello pasó ante mis ojos como a través de espesa niebla...

Fin.



FIÓDOR MIJAILOVICH DOSTOYEVSKI, Moscú, 1821-San Petersburgo, 1881. Novelista ruso. Educado por su padre, un médico de carácter despótico y brutal, encontró protección y cariño en su madre, que murió prematuramente. Al quedar viudo, el padre se entregó al alcohol, y envió finalmente a su hijo a la Escuela de Ingenieros de San Petersburgo, lo que no impidió que el joven Dostoyevski se apasionara por la literatura y empezara a desarrollar sus cualidades de escritor.

A los dieciocho años, la noticia de la muerte de su padre, torturado y asesinado por un grupo de campesinos, estuvo cerca de hacerle perder la razón. Ese acontecimiento lo marcó como una revelación, ya que sintió ese crimen como suyo, por haber llegado a desearlo inconscientemente. Al terminar sus estudios, tenía veinte años; decidió entonces permanecer en San Petersburgo, donde ganó algún dinero realizando traducciones.

La publicación, en 1846, de su novela epistolar *Pobres gentes*, que estaba avalada por el poeta Nekrásov y por el crítico literario Belinski, le valió una fama ruidosa y efímera, ya que sus siguientes obras, escritas entre ese mismo año y 1849, no tuvieron ninguna repercusión, de modo que su autor cayó en un olvido total.

Entre sus publicaciones encontramos *Recuerdos de la casa de los muertos* (1861) novela que le devolvió la celebridad, *Memorias del subsuelo* (1864), *El jugador* (1866), y la primera obra de la serie de grandes novelas que lo consagraron definitivamente como uno de los mayores genios de su época, *Crimen y castigo*. La

presión de sus acreedores lo llevó a abandonar Rusia y a viajar indefinidamente por Europa junto a su nueva y joven esposa, Ana Grigorievna. Durante uno de esos viajes su esposa dio a luz una niña que moriría pocos días después, lo cual sumió al escritor en un profundo dolor.

A partir de ese momento sucumbió a la tentación del juego y sufrió frecuentes ataques epilépticos. Tras nacer su segundo hijo, estableció un elevado ritmo de trabajo que le permitió publicar obras como *El idiota* (1868) o *Los endemoniados* (1870), que le proporcionaron una gran fama y la posibilidad de volver a su país, en el que fue recibido con entusiasmo.

En 1880 apareció la que el propio escritor consideró su obra maestra, *Los hermanos Karamazov*, que condensa los temas más característicos de su literatura: agudos análisis psicológicos, la relación del hombre con Dios, la angustia moral del hombre moderno y las aporías de la libertad humana.

Notas

[1] John Falstaff es un personaje de ficción creado por William Shakespeare. Su carácter festivo, cobardón, vanidoso y pendenciero ha sido inspiración para multitud de obras posteriores en la literatura, la ópera y el cine. *Wikipedia*. 31 marzo 2013. <http://es.wikipedia.org/wiki/Falstaff>. (N. del E. D.) <<

[2] El río Rubicón (en italiano, *Rubicone*; en latín *Rubico*) es un corto río de régimen torrencial del nordeste de Italia, que discurre por la provincia de Forlì-Cesena y desemboca en el mar Adriático. Parece que el nombre deriva del color del agua, ya que corre por una región arcillosa, que tiñe el agua de un color rubí. Entró en la historia por ser su cruce el detonante o «casus belli» de la Segunda Guerra Civil de la República de Roma. Marcaba el límite del poder del gobernador de las Galias y este no podía «más que ilegalmente» adentrarse en Italia con sus tropas. La noche del 11 al 12 de enero de 49 a. C. Julio César se detuvo un instante ante el Rubicón atormentado por las dudas. Cruzarlo significaba cometer una ilegalidad: convertirse en enemigo de la República e iniciar la guerra civil. Julio César dio la orden a sus tropas de cruzar el río, pronunciando en latín la frase «alea iacta est» «la suerte está echada». De este evento proviene la expresión «cruzar el Rubicón» que expresa el hecho de lanzarse irrevocablemente a una empresa de arriesgadas consecuencias. *Wikipedia*. 31 julio 2013. http://es.wikipedia.org/wiki/Río_Rubicón. (N. del E. D.) <<

[3] Guardería, jardín de infancia. *Reverso* <http://diccionario.reverso.net/ingles-espanol/nursery>. (N. del E. D.) <<